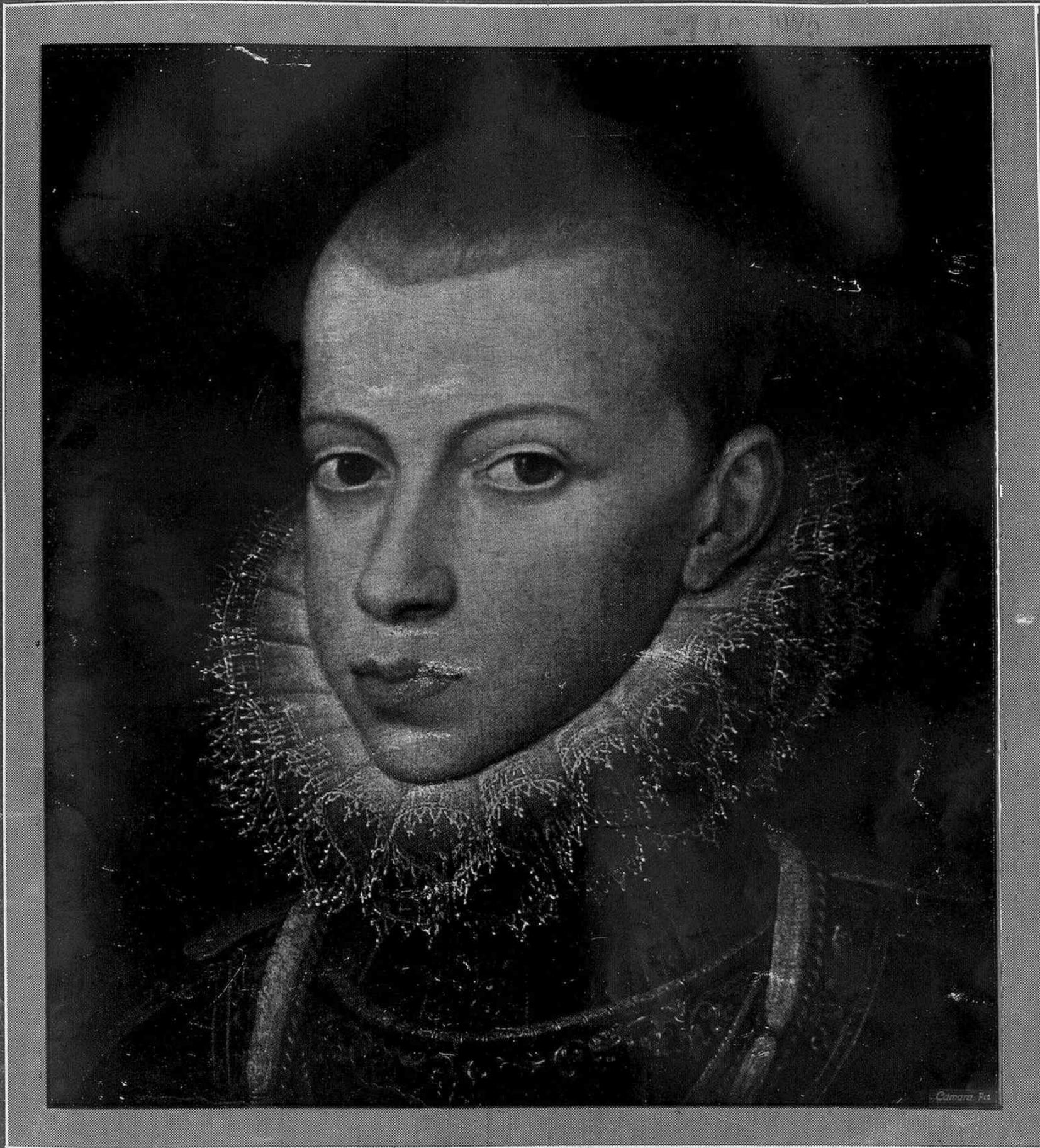


La Esfera

Año XII

Núm. 604



«Retrato de niño», cuadro de Sánchez Coello, que figuró en la Exposición de Amigos del Arte

Precio: Una peseta

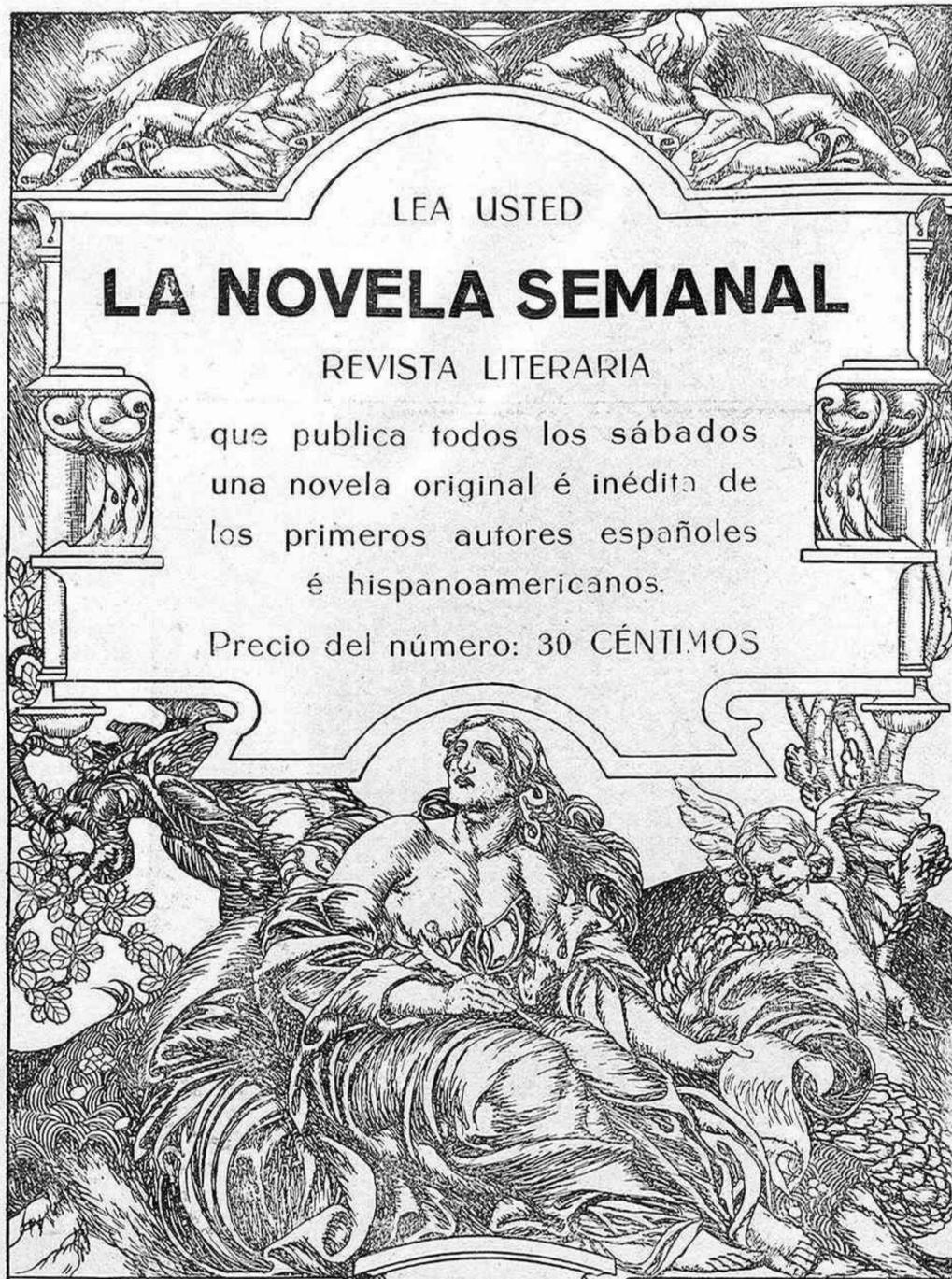
LEA USTED

LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados una novela original é inédita de los primeros autores españoles é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS

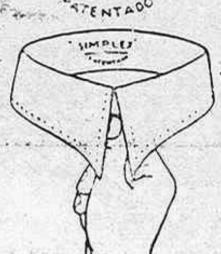


LEA USTED ESTA SEMANA **La española de Gante** POR ALFONSO PÉREZ NIEVA

ALFONSO FOTÓGRAFO
Fuencarral, 6 MADRID

CUELLO "SIMPLEX" SIN FORROS

2 PLZ



2.50 PLZ

Inarrugable, cómodo, sencillo, elegante, intencogible, suave y económico

De venta en las principales camiserías

Fabricado por
Manufacturas Domingo Fábregas SA
Rosellón, 302-Barcelona

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

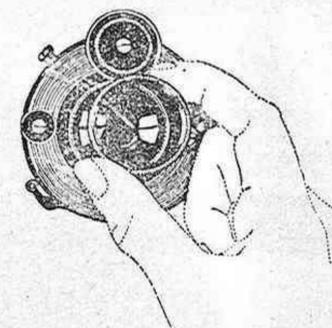
"GEORGIA"
Es un engrase de alta calidad
Dpto. de España
S.A.E. Georgia-Oil, Málaga

AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones á
AGENCIA GRÁFICA
Apartado 571
MADRID



En una cámara con fuelle largo y Tessar Zeiss, la distancia focal del objetivo se puede aumentar arbitrariamente, según las necesidades, sin más que poner delante las lentes "Distar" de Zeiss. Esto permite, ante todo, obtener fotografías de los objetos en un tamaño mucho mayor que el que se obtiene con una distancia focal menor, consiguiéndose gran libertad para elegir las proporciones más favorables, la mejor perspectiva y un buen y artístico efecto de la imagen.

ZEISS

LENTE DISTAR

Las LENTES DISTAR hacen del Tessar Zeiss un objetivo de serie, y, por consiguiente, un objetivo universal en el más perfecto sentido de la palabra.

Los comercios de artículos fotográficos facilitan gustosamente toda clase de detalles y vistas de comprobación.

De venta en los comercios de artículos fotográficos

Pidan catálogo "PD 619" al representante general en España de Carl Zeiss, Jena, Dr. Niemeyer, Plaza Canalejas, 3, Madrid



DEBILIDAD SEXUAL

Curada en el acto por nuevo aparato. Escribid con sello de 35 céntimos, para recibir folleto. Aparato completo, 25 pesetas. Giro postal ó billete. W. HEILMANN. Paris, 205, Barcelona.

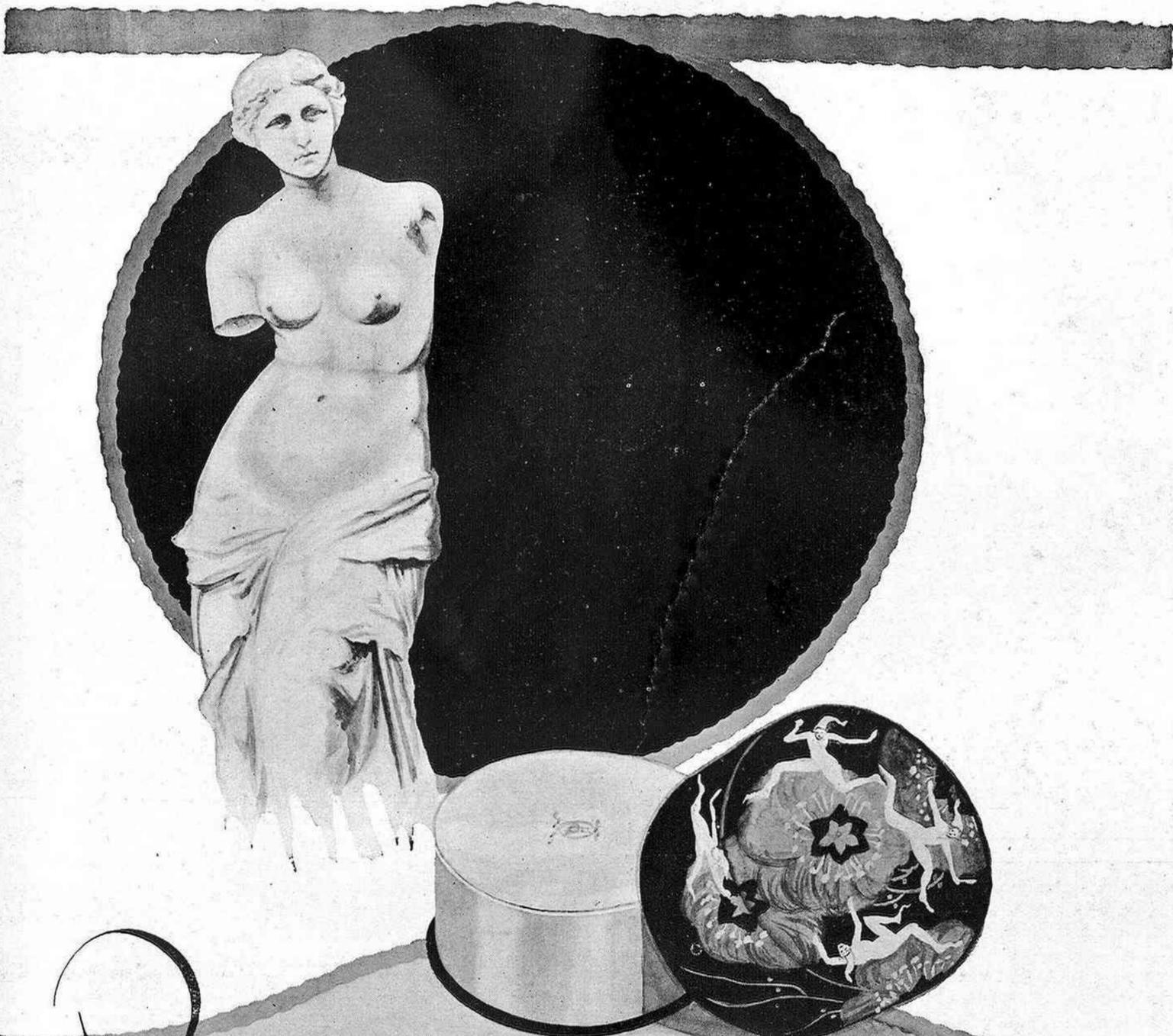
ROLDÁN

Camisería
Encajes
Equipos para novias
Ropa blanca
Canastillas
Bordados

FUENCARRAL, 85 MADRID
Teléfono 35-89 N.

Para anunciar en esta Revista, dirijase á la Administración de la Publicidad de Prensa Gráfica

"PUBLICITAS"
Avenida Conde Peñalver, 13, entlo. Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, p.º al.
Apartado 911. Teléf. 61-46 M MADRID Apartado 223. T. 151. 14-79 A.



Polvos
Jalenas

Son una
caricia al tacto
y al olfato

Tabón
Extracto
Agua de Colonia
Loción

CORTÉS HERMANOS
BARCELONA



Como una enfermera abnegada
el JARABE de

HIPOFOSFITOS SALUD

asiste al convaleciente de-
volviéndole sus fuerzas
agotadas.

Desarrolla el apetito.
Restaura el organismo.
Tonifica los nervios.

Infiltra nueva vida en el
cuerpo haciendo desapare-
cer como por encanto la
postración y anima el es-
píritu con risueñas espe-
ranzas.

Más de 35 años de éxito creciente.—Apro-
bado por la Real Academia de Medicina. **AVISO** Rechace todo frasco que no lleve en la etiqueta
exterior HIPOFOSFITOS SALUD en rojo.



Tintes

Durholtz

LOS MEJORES
TINTES DOMESTICOS

LAVABLES
NO DESTIÑEN

ANUNCIOS PUBLICITARIOS

Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

"LA MODERNA POESÍA"

Pi y Margall, 135-139
HABANA

Maravillosa Crema de Belleza-Inalterable-Perfume suave.

REINE DES CRÈMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS

CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

De venta en toda España Agente J. ROS & Cuesta Santo Domingo, MADRID



TINTAS LITOGRAFICAS
Y TIPOGRAFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70

Despacho: Unión, 21

BARCELONA



INDUSTRIAS FORB S A
TRAVESERA 516 BARCELONA

Lea usted todos los martes

AIRE LIBRE

50 céntimos el ejemplar

"EL CABALLERO AUDAZ"

**EL DOLOR DE LAS CARICIAS
LOS CUERVOS SOBRE EL AMOR**

La virgen desnuda
Desamor
De pecado en pecado
El pozo de las pasiones
La bien pagada
Emocionario
La sin ventura
El divino pecado
Con el pie en el corazón
San Sebastián
Hombre de amor
Un hombre extraño
Una cualquiera
Horas cortesananas
El jefe político
A besos y á muerte
Los desterrados
¡Una pasión en París!
Lo que sé por mí

(Diez volúmenes de interesantísimas entrevistas)

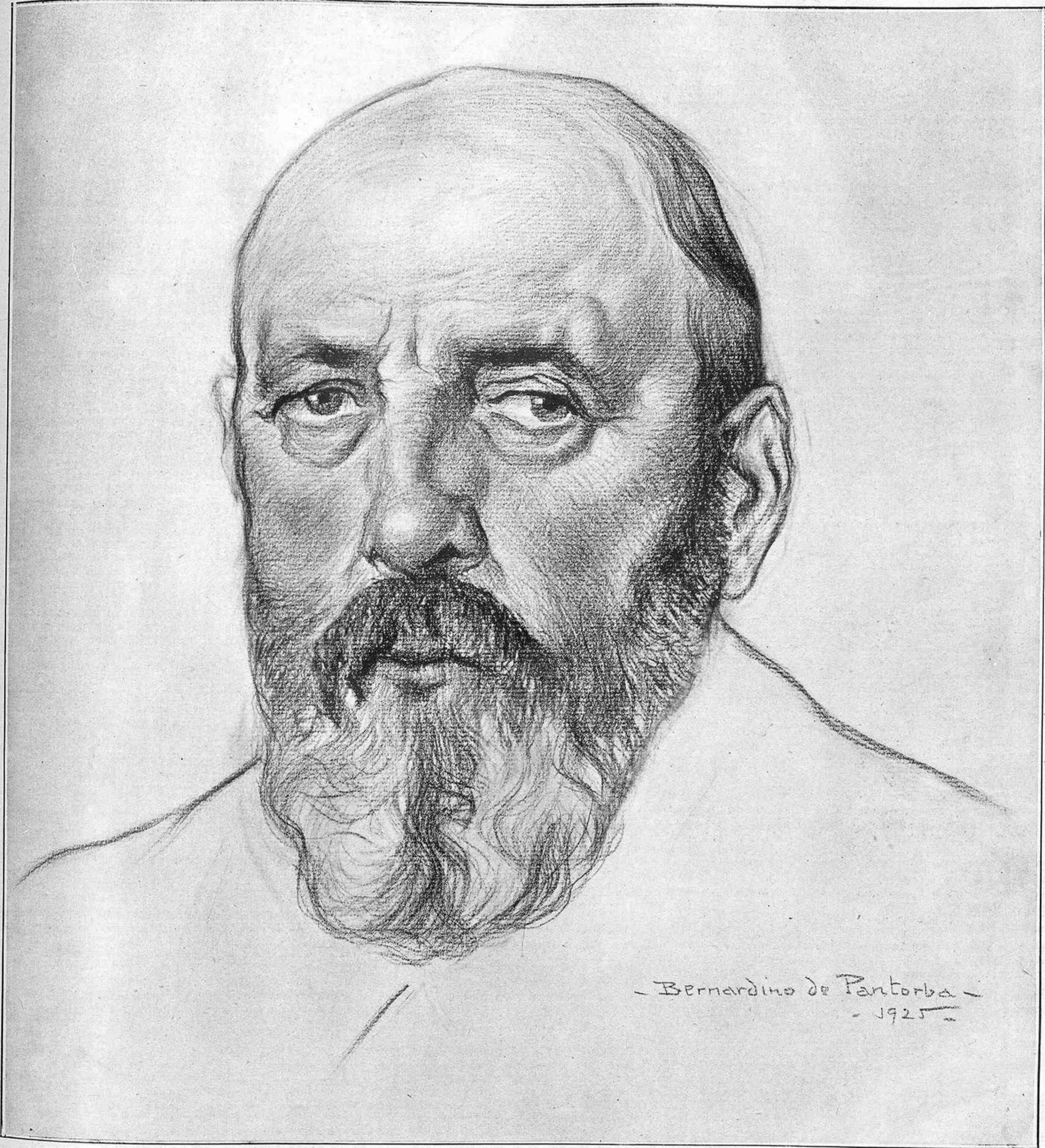
EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6



ROSTROS ESPAÑOLES

LEONARDO TORRES QUEVEDO

Como una testa clásica del buen siglo helénico, este español de los castizos apellidos y del renombre dilatado más allá de los horizontes, tiene la serena nobleza de la frente desnuda y de las barbas pluviales. Es el rostro del sabio encanecido frente a los misterios de la Naturaleza que la ciencia va desvelando poco a poco, adquiriendo sobre ella sus plenos derechos de conquista. Torres Quevedo señala a lo largo de nuestra época hitos de sabiduría. Es el creador, el inventor por excelencia. Contribuye a facilitar y a iluminar la vida de sus contemporáneos. Colabora en las Academias de ciencias y de letras, dirige laboratorios y talleres. Y en la suave hora de los atardecidos, los paseantes frívolos de las alturas de la Castellana ven pasar lentamente la hercúlea figura del sabio español, abstraído, obsesionado por el deseo de rasgar un poco más el velo de Isis...

DIBUJO DE BERNARDINO DE PANTORBA

EL POETA CATALÁN FERNANDO MARISTANY

HACE ya más de un año que en la paz florida del renacer se fué de este mundo de dolor el poeta catalán Fernando Maristany. Como no acogieron la noticia de aquella muerte los grandes diarios de la Corte, así tampoco han dedicado al primer aniversario de su tránsito esos artículos necrológicos con que suelen á veces los escritores aprovechados recordar á los vivos que no todos los muertos lo son. Y sólo vemos que en *Heraldo de Madrid* hace excepción á la ley de silencio don Fernando González en sentido artículo publicado en el número de 11 de Junio.

Conocimos á Maristany á principios de 1921, y desde aquella fecha hasta la de su muerte, en Mayo de 1924, no cesamos de cambiar nutrida y variada correspondencia. No sólo me envió Maristany todas sus obras y los principales trabajos impresos referentes á ellas, sino que no dejó de favorecerme con el obsequio de las más valiosas publicaciones de la *Editorial Cervantes*, que, trasladada á Barcelona desde Valencia, le interesaba muy directamente, sobre todo en el ramo de la poesía y novela corta extranjera, de que saben todos que publicaba unas elegantes y acendradas selecciones. De aquel montón de cartas nos será, sin duda, lícito entresacar unos párrafos que echan sobre el tan poco conocido poeta y traductor de poetas una luz del todo nueva. No es esto violar los fueros de la discreción, sino corresponder al deseo de los verdaderos amantes de las letras hispanas, los que—cual el difunto Andrés González-Blanco—abogan por la publicación de las correspondencias particulares cuando encierran valiosos datos de historia literaria.

Era D. Fernando Maristany barcelonés, hijo de una distinguida familia catalana. Nacido en 1883, cursó el bachillerato en su ciudad y emprendió luego la carrera de ingeniero industrial, que dejó al cuarto curso por causa de larga y grave enfermedad, debida á tardío crecimiento. El interminable sufrimiento de varios años, herencia de aquellos achaques, fué trocando su «afición» literaria—iniciada en el teatro, aunque sin producir nada—por afición á la novela y luego á la filosofía.

A los treinta años publica Maristany su primer libro de versos: *En el Azul*. Lo mandó destruir en cuanto llevó su entusiasmo á la poesía lírica. Se dedicó entonces á traducir poesías extranjeras, comenzando por las francesas—es su señora hija de padres franceses, si bien nacida en la Argentina, y había empezado la traducción al francés de las obras de su marido cuando otra dama se ofreció á realizarla, sin cumplir hasta hoy con lo prometido, á causa de un viaje que hizo á Méjico, creemos—y luego inglesas, portuguesas, alemanas, italianas, griegas y latinas. De vez en cuando componía alguna que otra poesía original, que no publicó, empero, nunca en diario ó revista.

Su primer libro formal fué *Las cien mejores poesías líricas francesas*, que salió en 1917, y desde entonces fué publicando cada medio año aproximadamente una nueva antología. «De las traducciones francesas—nos escribía en Octubre de 1921—se han hecho tres ediciones; en conjunto, 16.000 ejemplares—y no quedan ya muchos de la última edición. De las inglesas, dos ediciones. Las demás son más recientes.»

Desde 1916 á 1920 vivió Maristany la mayor parte del tiempo en una finca—*El Mur*, en San Pedro de Ribas, en pleno campo, no lejos de Barcelona—de familia, casi consagrado á la poesía, pues ni su salud ni sus aficiones le permitían llevar el negocio de algodones de su padre, en cuyo despacho asistía sólo temporalmente. Dormían, al parecer, sus versos en algún cajón cuando en el verano de 1918 estuvo en Barcelona para dar unas conferencias el vate portugués Teixeira de Pascoas. A él debe Maristany haberse decidido á publicar con un comentario suyo el libro que tituló, cual el anterior, *En el Azul*, muy bien acogido por la crítica. Luego, en el invierno de 1920, dió á luz otra coleccioncita: *La dicha y el dolor*, generalmente considerada como superior á la precedente. En aquel mismo año de 1920 tuvo el poeta que resolverse á dejar el campo para ocuparse de la educación de sus dos hijos—niño y niña—, y no amando ni el negocio de algodones ni la ciudad, y teniendo necesidad moral de una ocupación activa, pidió á su editor si quería trasladar su casa de Valencia á Barcelona para que él se ocupase de la dirección literaria. Así se hizo, y con muy buen éxito.

«Mi salud—me decía en otra carta del mismo año que la antes citada—no es muy brillante. Pero me permite trabajar en mis estudios literarios de la «Editorial», sobre todo en lo que á la poesía se re-



FERNANDO MARISTANY

fiere. La selección: *Las mejores poesías líricas de los mejores poetas*, que yo he dirigido, ha sido acogida con cariño y consideración.» Por cierto que no necesitaba afirmarme que «ningún Parnaso había sido por él estudiado con más detalle que el francés». De ello da fe su bella *Antología General de Poetas Líricos Franceses*, publicada en Octubre de 1921 con estudio preliminar de D. Alejandro Plana. «Escribí—nos dice al enviarnos el tomo—esa obra hace unos cuatro años, y diversas causas han ido retrasando su aparición. De escribir hoy ese libro, habría en él algunas ligeras modificaciones, ya que las corrientes se han modificado, y desde luego yo he estudiado mucho de entonces acá y he cambiado también mis gustos. Pero en líneas generales, la obra es una amplia antología de los poetas más salientes de Francia. Ultimamente añadí media docena de poesías, que juzgué indispensables.» Comprende la tal antología desde Charles d'Orleans hasta Jules Romains. Entre los simbolistas y los últimos, nacidos hasta 1885, se nota la ausencia de René Ghil, de Ephraim Mikael, de Saint-Pol-Roux, de Emile Despax, de Max Elskamp, de Sébastien-Charles Leconte, de Klingsor, de Paul Valéry, de Guillaume Apollinaire y de André Salmon, por ejemplo. Hechas estas salvedades, refleja la obra bastante bien el desenvolvimiento de nuestra poesía nacional y su falta se hacía realmente sentir, ya que es Francia la que en definitiva ha influido más la poesía de lengua castellana; y si sólo el amor puede traducir sin traicionar los poemas escritos en idiomas extranjeros, es tal el empeño con que Maristany hizo su labor que nos ha acontecido más de una vez olvidarnos del carácter que tenían sus páginas y creíamos tener ante nosotros un raro libro brujo donde una sola voz tuviera cien voces consecutivas, desde los balbuceos de d'Orleans y Villon en 1400 hasta las polifónicas melodías de la condesa de Noailles, de Paul Fort y de George Duhamel en 1900.

Solíamos en nuestra correspondencia tratar á veces del problema catalán. En una de sus epístolas, con fecha de 9 de Febrero de 1922, me hizo Maristany las siguientes declaraciones, que creo merecen ser reproducidas: «Es muy interesante ese asunto de Cataluña; pero creo yo que en último resultado lo que menos puede tenerse es tolerancia con aquellos que manifiestan con plena sinceridad las inti-

midades de su alma y se expresan en una lengua que es la primera que de niños les han enseñado—á mí por lo menos—y la que han aprendido luego en el colegio y la que han hablado toda la vida en su casa, yo por lo menos. El poeta épico, que estudia lo de afuera, las costumbres, los aspectos externos de la vida, tal vez sólo en catalán podría pintar determinados cuadros. Pero el lírico, que habla por intuición sentimental, hablará en el lenguaje que le es natural. Y no creo que haya nadie que dominando una lengua que le permite dirigirse á varios millones de hombres la abandone para ponerse á aprender la lengua local, que le significa un gran esfuerzo y desde luego un gran perjuicio, para su propia región. Y por lo mismo que profeso esa teoría de la sinceridad no voy en contra de que un lírico como Salvador Albert, por ejemplo—que desde niño se ha expresado en catalán—, muestre las intimidades de su alma en lengua catalana siempre y cuando no se muestre intransigente con otros poetas que por hallarse en circunstancias distintas de él se expresen *sin afectación* en la lengua castellana. Lo único que puede exigirse es la sinceridad más grande, la falta de afectación, y si en tal poeta sería acaso afectado escribir en castellano, en otros puede ser afectado escribir en catalán. Yo he soñado siempre en una patria grande, cuanto más grande y amplia en todos sentidos, mejor, sin dejar de ser por esto fiel á lo mío. Jamás he negado mi simpatía á ningún poeta hondo y sincero, prescindiendo de que escriba en catalán, en castellano ó en... chino. En cuanto á las modalidades de un país, ya es otra cosa. Tengo mis simpatías como todo el mundo; pero procuro no ser nunca injusto. Y si un día voy á América, procuraré llevar á ella mi alma de catalán y contribuir en la medida de mis fuerzas á hacer amar y respetar á Cataluña y por ende á mi patria. Y lo mismo donde vaya, sea donde sea.»

Pero no se disimulaba Maristany que necesitaba pasar aún tiempo para que entrara dentro de la cabeza de ciertos paisanos suyos que «bien se puede ser—como añade—catalán amatísimo y escribir en castellano».

A estos sensatos catalanes pertenecía su gran amigo D. Alfonso Maseras, que lo mismo compone un artículo en el idioma de la «meseta central» como en el raudal hablar lemosín. En carta de 29 de Enero de 1923 me enviaba Maristany un ejemplar de la edición de pocos ejemplares y de carácter privado: *La obra lírica de Fernando Maristany*, que debía, traducida al francés, servir de prólogo á la edición francesa de sus obras, sueño no realizado de todas sus horas. En este estudio cita Maseras, en la página 20, dos estudios que antes publicáramos—uno en la *Renaissance d'Occident*, otro en el *Mercur de France*—sobre nuestro amigo. Este se mostraba muy reconocido á nuestras atenciones, y en 26 de Octubre de 1923, con ocasión de otro artículo nuestro á él dedicado y de informes sobre él por nosotros enviados á Carlo Boselli, de Milán, se confunde, siempre caballero, en gracias no merecidas. Acababa por entonces de salir su última obra original, puesta en venta sólo en Diciembre de 1923: *Gusano de luz*, su único libro en prosa, una novelita corta que viene á ser un como diálogo entre el pesimismo y el optimismo, envuelto en una trama imaginativa, pero tratado con un sentido puramente dramático y humano, es decir, sin nada de filosofía racional y citas, todo «carne viva». De ella di cuenta en la *Renaissance d'Occident*.

Soñaba Maristany con vivir largos años, abrigaba dilatados planes de porvenir, y la muerte tronchó el hilo de sus días en pleno florecer de su alma ambiciosa de gloria. Entre los pocos buenos jueces que en España han sabido hacer justicia á su talento tan hondo como poco apreciado por la muchedumbre figuran D. Rafael Altamira en un trabajo publicado en *La Unión*, de Buenos Aires, el martes 8 de Noviembre de 1921, y D. Adolfo Bonilla y San Martín al frente del abultado *Florilegio* en que en el verano de 1920 reunió Maristany sus versiones de las mejores poesías líricas griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas. Nosotros hemos contribuido también por nuestra modesta parte á que suene en el Extranjero el nombre de tan excelente artífice de versos que tiene el gran, el inmenso mérito de haber, en todas aquellas sus versiones de poemas extranjeros, sabido volver á concebir la idea ajena en la mente propia, de suerte que en todas siempre flota la sutil vibración del alma propia, esencia y gracia de toda poesía.

CAMILLE PITOLLET



EL EMBAJADOR JOSÉ NICOLÁS DE AZARA

LOS VARONES PRECLAROS DEL "PARTIDO ARAGONÉS"

HABLEMOS del célebre «Partido aragonés» y de sus normas de acción. No se trata de ningún Partido de hogaño, sino pretérito en algunos lustros. Su política fué, como la calificó Costa, substantiva, y como substantiva, de silencio.

Aragón ha sido en todo tiempo enemigo de la vana garrulería; ha pensado y ha obrado sin hablar más de lo preciso. La manoseada fórmula de «Nos, que valemos tanto como Vos...», etc., si no es cierta, merece serlo, porque compendia, exprime, esta precisión aragonesa, enemiga de huecas discusiones. Llena está la Historia de esta tierra de ejemplos confortantes. Las Cortes, el Compromiso de Caspe, el Justicia, las Hermandades ó Junterías, cien instituciones más, son otros tantos órganos de experiencia, de buen sentido, de política substantiva, de obras al imperio de la razón.

En Literatura ha acontecido lo mismo. Los aragoneses han sido, por lo general, poco amigos de fantasmagorías y artificiosos retruécanos. Gracián ha sido calificado de representante del alma aragonesa de su tiempo. Pues bien: Baltasar Gracián vivió en el siglo XVII en la centuria de la pomposidad, del culteranismo y de la monomanía de grandezas—que alcanzó hasta á los agricultores, afanosos de infanzonías—, personificadas en el rey Felipe IV; y, no obstante, el célebre jesuita es la quintaesencia de la concisión, de la precisión; cada frase envuelve un concepto profundo; no hay palabras vanas en su obra, y al pan le llama pan y al vino, vino. Es Tácito con ropaje aragonés.

La Compilación foral es un alarde de practicismo y de substantividad; una extravasación del buen sentido y del cálculo ante la embrollada concepción del Derecho peninsular.

Preguntad por ahí el juicio que merece el aragonés; os responderán que de seriedad. El aragones es, pese á las diatribas apasionadas de Pío Baroja, enemigo de ficciones; lo que algunos diputados desconfianza y sequedad es, en puridad, buen sentido que no quiere dejarse sorprender. Esa seriedad y ese buen sentido han sido los propulsores de la política del silencio, que es decir de la política substantiva, cuando á Aragón le ha tocado gobernar.

Viriato, según Costa, fué aragonés. No lo fué Sertorio; pero para el caso como si lo hubiese sido: en Aragón tuvo sus acérrimos partidarios, sus «devoti», porque vieron en él, como habían visto en Viriato, al hombre organizador, de una ideología política que obraba más que hablaba. Era la impulsión madurada y razonada, en pugna con la irresolución de la Bética.

Pasaron los tiempos medievales y llegó el comienzo de la Edad Moderna con la etapa fecunda y feliz de los Reyes Católicos. ¿Qué destacó en ella según las más autorizadas investigaciones? La política seria y sagaz del aragonés Fernando, política incubada en silencio, pero revolucionaria y extirpadora de abusos sin fin al aplicarla. En este mis-

mo silencio trabajó el Rey Fernando la conquista de América, eficientemente debida á él, como ya afirmaba el poeta é historiador Argensola siglo y pico más tarde.

Después del Rey Católico, los delirios de los Austrias, el estruendo y la guerra; la expansión al exterior y el descuido de la política interior, es decir, de la riqueza nacional; el advenimiento de los Borbones... Hasta entonces Aragón había permanecido callado, expectante. Pero en cuanto columbra un oasis en el reinado de Carlos III, tan memorable, se lanza con su bagaje de política práctica, substantiva y silenciosa, á la gobernación del país, inyectando cordura á todos los organismos. Entonces se forma el Partido aragonés.

¿Quiénes lo personifican? El conde de Aranda, el marqués de Roda, el general Ricardos, el diplomático Azara, el canónigo Pignatelli.

De Aranda se dice que era tartamudo; no cabe mejor representación de la política del silencio. Vuelta la vista á los humildes, no reparó en los medios para su emancipación. Cuando Aranda llegó á la presidencia del Gobierno, estaba todo por hacer, aunque algo se había bosquejado en tiempo de Fernando VI, gracias á la oposición de este Rey á nuevas aventuras temerarias. Y Aragón se sintió pensador y reformista; pero como frente á él maniobraba, unas veces en la sombra, otras á la luz del día, la facción de Floridablanca, fué preciso crear un contrarresto, una fuerte concatenación de actividades.



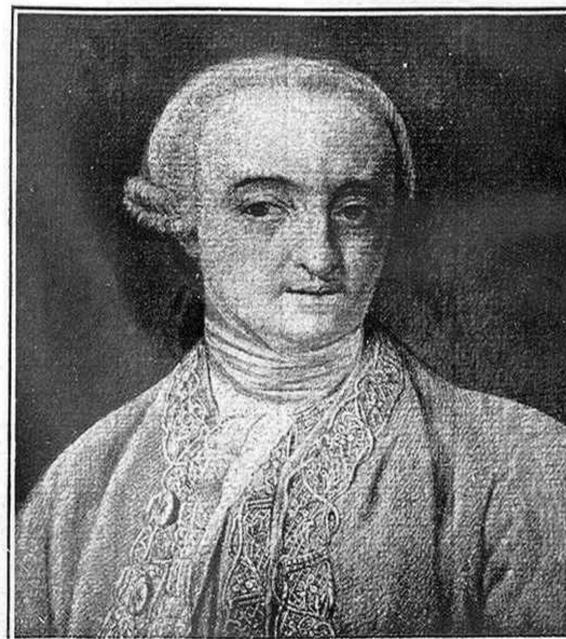
EL GENERAL RICARDOS

Para ello acudió á sus paisanos, cuyos quilates conocía. Y Roda fué el economista y el reformador de la Enseñanza, llena de podredumbre y en manos de paniaguados; las relaciones exteriores fueron reguladas por aquel Mecenaz magnífico que se llamó José Nicolás de Azara, salvando con tino las dificultades en que nos había envuelto un ridículo Pacto de familia y proporcionándonos el rango de Potencia europea. Ricardos mantuvo con las armas la dignidad de la Patria, pero con mesura, sin meterse en honduras ni en andanzas, no obstante ser el más formidable caudillo militar de Europa. El humilde Pignatelli, el buen prebendado zaragozano, y sus colaboradores, llevaban «sotto voce» al Gobierno su política hidráulica y su agrarismo, que Aranda desarrolló colonizando Sierra Morena, repartiendo tierras baldías y concejiles y fomentando las mejoras agrícolas.

Y Aranda, ¿qué puso «motu proprio»? Su enorme perspicacia, su criterio tutelar, su prudencia y su energía. Era el cirujano ideal que extirpa, pero también el constructor capaz que levanta. Su proyecto más clarividente fué la emancipación administrativa de las colonias ultramarinas, antes de que ninguna Potencia pensase en ello.

Léase la historia del reinado de Carlos III en el período regido por Aranda y se leerá el brevario de acción aragonesa con sus cardinales directivas.

Las dos etapas sobresalientes de las edades media y moderna llenanlas los aragoneses con sus intuiciones y sus logros. Como afirma Costa, los comienzos del siglo XX fueron de Aragón. Pero la política de zancadilla pudo más que la buena fe, que la política de honradez, de despensa y de calzón, y Godoy y sus monterillas se apoderaron de la presa española para devorarla y desterraron á Aranda poco menos que maniatado como un vulgar



EL MARQUÉS DE RODA

criminal. Pero el programa en pie quedó; tal era su virtualidad.

Una lucecilla de la estela aragonesa se alcanza en el reinado de Fernando VII: el ministro de Hacienda D. Martín de Garay; pero sus buenos propósitos se estrellan ante la enemiga encarnizada de los emboscados y la actividad negativa de los compañeros de Gobierno.

Con el ocaso del Partido aragonés se abrió otro paréntesis, mejor una nueva sima, en la recta gobernación del país. ¿Para qué hablar de lo ocurrido desde entonces? No obstante, Aragón ha destacado en el caos de actividades desmañadas ó rapaces con el Congreso de Jurisconsultos aragoneses, con el ferrocarril del Canfranc, con el Congreso filoxérico, con las Asambleas de Productores, con la Exposición de 1908, etc.

El programa del Rey Católico á fines del siglo XV fué recogido tres centurias después por el conde de Aranda. Con ese programa—afirma Costa—otro Partido aragonés podría levantarse hoy encaminado á mudar el temperamento golillesco, verboso, discreto ó idealista de nuestro Parlamento y á quebrar los moldes absolutistas y rutinarios de nuestra Administración, y tal vez á sus conjuros España acabara por resucitar. Pero ¿quedan todavía aragoneses en Aragón? ¿No habría sido Aranda la última manifestación de poder prolifero de nuestra raza? El nombre de Roma no quedó sepultado del todo con Aecio, y, sin embargo, Aecio había sido el último de los romanos.

Aragón, según él, era un pueblo sin hombres. No se atrevió á confesar paladinamente que el redentor, que el hombre era él, y debió de decirlo, porque virtualmente así fué. El recogió y adaptó á las modernas necesidades las normas impulsivas de Fernando el Católico y el conde de Aranda contra los desfallecimientos del país y contra la inactividad del Poder público. Y ¡ojalá hubiera podido llevarlas á la práctica!

Ante estos claros ejemplos de potencia política, en la recta acepción de la palabra, Aragón tiene un rumbo de reorganización que seguir, recordando con la acción los anhelos todos del memorable Partido aragonés.

RICARDO DEL ARCO



EL CONDE DE ARANDA



EL CANÓNIGO PIGNATELLI

SI LAS ESTATUAS
HABLARAN...
CASTELAR

HE aquí lo que diría:
«Yo estoy muy rico y contento de ver desde este basamento de mármol cómo España se agita, se constituye realmente, se regenera y de hace fuerte.

Yo asisto desde este pedestal de granito á una serie continua de renovaciones, guiadas por el espíritu democrático que yo amé tanto, y que durante años y aun siglos ha sido elevado á la categoría de deseo nacional.

Ha muerto la vieja política. Sus consecuencias todas no pueden hoy adivinarse. Muy pronto el pueblo español tocará los efectos morales y materiales de este cambio tan brusco. Ha muerto la vieja política. La muerte, á los ojos espirituales de las almas piadosas, es un holocausto en cuyas piras todo lo transitorio y malo y feo de nuestra vida se consume para dejar paso, en guisa de nube formada por la mirra y el incienso, á lo bueno, á lo inmortal y á lo etéreo, que disipado, á juicio de nuestros toscos sentidos, en el cielo, se posa y eterniza. Cuanto de contrario al progreso y engrandecimiento de su patria contenía la vieja política debía morir con ella. Los fríos despojos de estos muertos han pasado los mares... Un cadáver que se levantara de su ataúd, ó un alma que viniera del otro mundo, no causarían tanta extrañeza como la inesperada actitud del Directorio militar.

¿Pero quién me interrumpe? ¿Quiénes son estos personajes que se adelantan á escucharme? ¡Ah! Son los colosos oradores Cicerón y Demóstenes. ¿Por qué suben hacia mí? ¿Qué significado yo junto á ellos? ¿Los grandes oradores del pasado! ¿Los maestros del discurso! ¿Qué vale en comparación con ellos mi pobre palabra? ¿Qué representa mi oratoria junto á su aticismo, su elegancia, su oportunidad en callar cuanto debe callarse y decir lo apropiado, el relampagueo vivo de la fantasía, el sobrio vigor del raciocinio, la ironía fina, la observación justa, escondiendo su profundidad bajo la gasa transparente de un estilo alado y ligero? Después de todo, ellos me comprenderán mejor que mis contemporáneos. Porque siempre, siempre, no obstante mis ideales y lo mucho que me combatieron, concedí grande importancia á las cuestiones religiosas, por creer que no podemos llegar al pleno goce de las libertades modernas y de los derechos democráticos si no apaciguamos las conciencias, poniendo en relación lo social con lo divino, que deben corresponderse, para que hallen las ideas modernas sus arquetipos ideales en la religión, y la religión sus aplicaciones prácticas y tangibles en las ideas modernas.

Hasta las regiones del más allá ha repercutido el movimiento militar. La impresión que sufrí al conocer los escuetos informes, fué enorme. Yo presentí, hace tiempo, que se iniciaba algo anormal en la vida española. El ansia era tan general como justificada. Consecuencia de la equivocada política imperante, y con el sano y firme propósito de sanear el ambiente español, entrando en una nueva era de justicia y de paz. Dicho movimiento es altamente patriótico y responde á los anhelos del pueblo, harto de sufrir á los desprestigiados hombres políticos. ¡Amor á la Patria! Por ella luché siempre. Vuestro paso ha de quedar en los anales. ¡Bravo, dignos militares! Y gracias, una vez más, queridos artilleros. Ni en el Prado, ni en el Ángel Caído, ni en la plaza de Cánovas, ni en la de mi nombre, hallábame tan á gusto como en estas alturas de la Fuente Castellana, donde me trajeron vuestros esfuerzos y los del inolvidable alcalde D. Alberto Aguilera.

Yo tengo absoluta confianza en el triunfo. La historia de la humanidad lo demuestra. Roma logró su apogeo más esplendente en los días en que fué regida por el pueblo. Francia ha conquistado la primacía entre las naciones civilizadas desde que confió su gobierno á los hijos del estado más llano. La mejor forma de Gobierno es aquella que se penetra é identifica más con las muchedumbres



Estatua de Castelar

populares. Los primeros beneficios que el Directorio ha de reportar al pueblo han de ser la completa supresión del impuesto de consumos, la baratura de la vivienda, la autonomía de los Municipios, la integridad y pureza del sufragio universal.

Todos los movimientos políticos, triunfantes ó fracasados, desde la agitación de Mario en Roma y la Reforma en Alemania, han sido engendrados por el malestar económico.

Hay que triplicar el presupuesto de Instrucción pública para formar una generación de hombres honrados, inteligentes y libres.

Aún puede salvarse España; pero deber de todo español es trabajar para ello. Salvemos nuestra patria. Laboremos por ella, formando la conciencia del pueblo en sus santas doctrinas, y acabemos con la verdad inconcusa de la célebre frase: «Africa comienza en los Pirineos.»

Queden desechados y postergados para siempre los moldes antiguos, que concedían privilegios á las familias. Resuélvase de una vez la carestía de los artículos de primera necesidad.

Hay que convenir en que todos los actos de los gobernantes de estos últimos tiempos, de los gobernantes españoles hablo, acusan una altura de miras y un tacto político pasmosos. Examinense si no sus procedimientos gubernamentales. Todos, absolutamente todos, los Gobiernos de España han mantenido y sustentado el fracaso de la Hacienda española. Sin embargo..., no han suprimido

un solo céntimo de ciertos capítulos de gastos.

No olvidéis, dignos militares, que problema en extremo vitando para la vida nacional es el de romper con todos los planes pedagógicos vigentes, reformando la enseñanza. Los centros docentes han menester fueros y autonomía para transformarse radicalmente. La instrucción debe ser gratuita, oportuna, práctica y progresiva.

Os advierto de nuevo que nada hay más injusto, nada más impío, que industrializar el espíritu religioso, grande como el alma de que procede, infinito como Dios á quien se dirige. El sentimiento religioso es el eterno amor, la eterna poesía, la eterna idea, el alma inmortal de la Humanidad. Este sentimiento no es patrimonio de ninguna secta, de ninguna familia, de ningún partido; es el anhelo de toda la Humanidad; es el himno de todas las artes; es la luz de todas las ciencias; es la esperanza que se levanta de todos los sepulcros; es el incienso que exhalan todos los planetas; es el cielo infinito en que vuelan todas las almas.

Inquietos y malhadados en los estrechos límites de la realidad, busquemos más allá del espacio, más allá del tiempo, á Dios, en cuyo seno se dilatará, después de la noche que se llama muerte, nuestra pobre vida.

Otro día os podré hablar con mayor amplitud y espacio de todo este asunto.»

ANTONIO VELASCO ZAZO

LAS GRANDES GESTAS CIENTÍFICAS

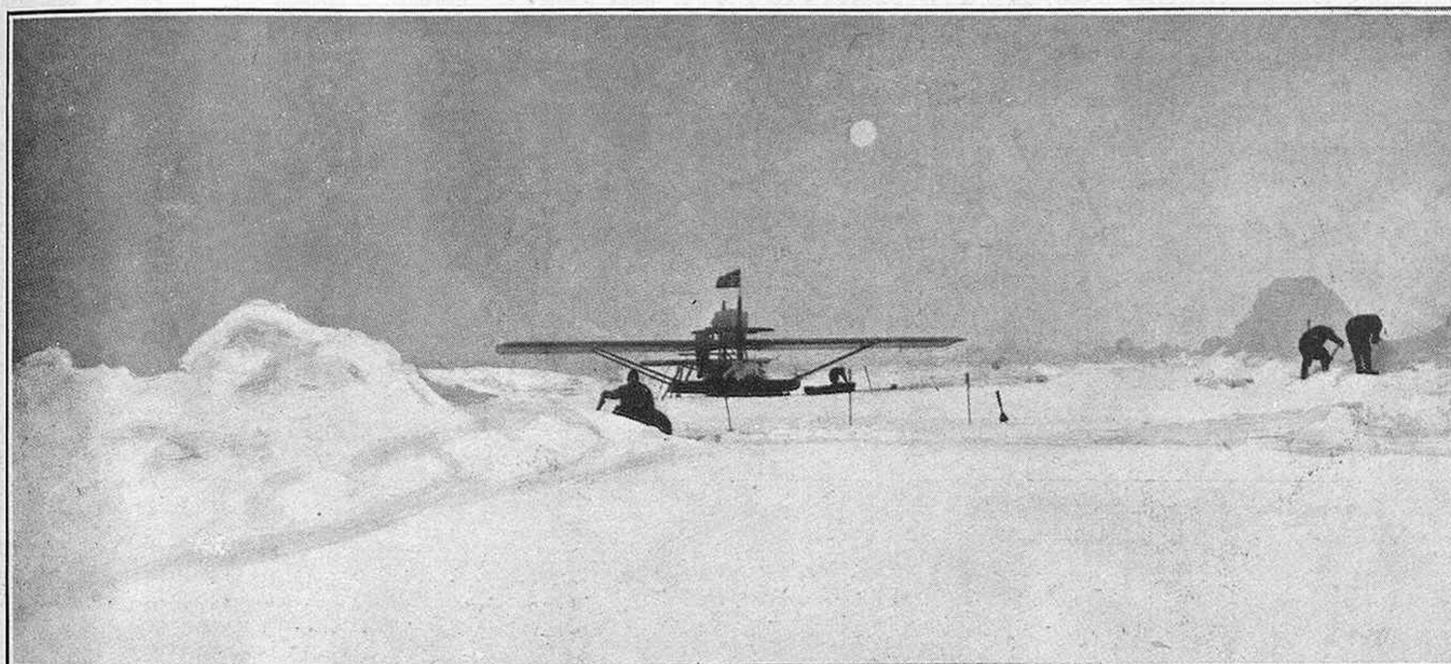
DE LA EXPLORACIÓN POLAR DE AMUNDSEN

OFRECEEN extraordinario interés las fotografías que ilustran la presente plana, por ser las primeras llegadas de la ya famosa aunque, desde el punto de vista científico, poco afortunada expedición Amundsen al Polo Norte. Como se recordará, dicha expedición, que utilizaba dos hidroplanos contruídos especialmente para esta audacísima jornada, partió de King's Bay (Spitzberg) el 21 de Mayo último.

Durante algunas horas, los aeronautas que avanzaban hacia el Polo a una altura media de 1.000 metros, hubieron de luchar con nieblas espesísimas y con vientos huracanados del Nordeste, que desviaron considerablemente á los expedicionarios de su ruta Norte. Casi agotada en los depósitos la gasolina y ante la necesidad de llenarlos de nuevo, Amundsen decidió el día 22, á medio día, descender inmediata-



Los exploradores desembarazando de nieve uno de los hidroplanos, después del aterrizaje forzoso á que se vieron obligados por efecto de las tempestades, y en cuyos trabajos de salvamento invirtieron veinticuatro días



El hidroplano "N. 25", después de ser libertado de su prisión de nieve, y ya en disposición de renovar el vuelo

dose obligados Amundsen y sus heroicos compañeros á emprender, sin pérdida de tiempo, los trabajos necesarios para poner los aparatos en condiciones de reanudar el viaje. Reduciendo las raciones al mínimo indispensable para la vida y manejando sin interrupción, durante veinticuatro días, las palas y picos, consiguieron libentar el aparato N. 25, único que por su posición menos comprometida podía presentar probabilidades de éxito. En cuanto al N. 24, arrastrado á la deriva por una fractura del campo de hielo y alejado, por consiguiente, del grupo de exploradores, quedó por completo abandonado.

Emprendido el retorno por los expedicionarios, no bien tuvieron vientos favorables, después de un vuelo de ocho horas y media tomaron tierra en Cabo Norte, partiendo luego con dirección á King's Bay, donde arribaron felizmente, dando con ello término á su peligrosa aventura

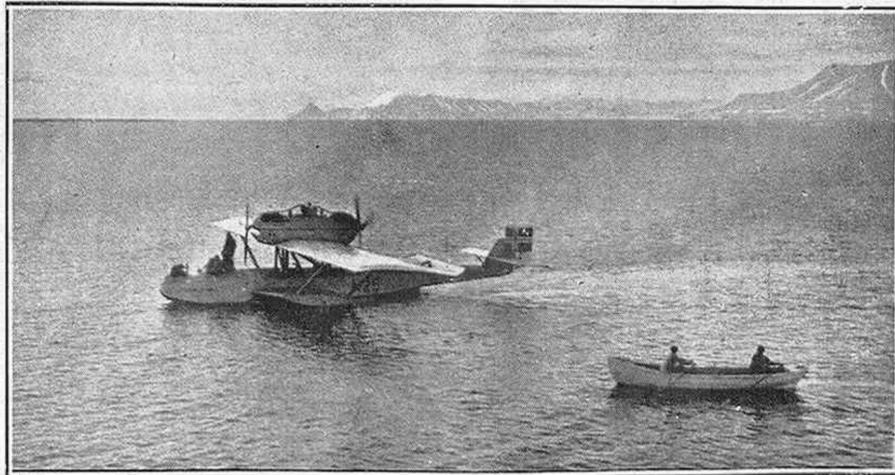
mente aprovechando la disposición, al parecer favorable, del campo de hielo.

La posición de los dos hidroaviones en el momento del descenso era algo más de los 87°44 grados de latitud Norte y 10°20 de longitud Oeste, ó sea á unas 136 millas geográficas del Polo Norte, que Amundsen esperaba alcanzar una vez repostados de combustible los aparatos. Sus cálculos resultaron fallidos, pues á poco de efectuarse el descenso, una terrible tempestad de nieve, seguida de intensísima helada, dejó casi sepultados los dos hidroaviones. vién-

tura científica. De regreso Amundsen en Oslo, donde se le ha dispensado por la realeza y el pueblo entusiástico recibimiento, ha expuesto hasta los menores detalles de su viaje, que, como decimos antes y aparte de su aspecto dramático, no ha sido fecundo en aquellos resultados de orden científico que principalmente se perseguían por el ilustre explorador. La única afirmación de positivo valor hecha por Amundsen respecto al insondable misterio polar es que, según todas las probabilidades, en ese lugar del globo no existe tierra alguna.



El explorador Amundsen (X) y sus compañeros de aventuras, los tenientes Orudal, Riiser-Larsen, Dietrichsen, Feucht y Gillsworth



El hidroplano "N. 25", en King's Bay (Spitzberg), después de haber conducido á los exploradores en su viaje de retorno



Castillo de Alba de Tormes

Es quizá la estampa más romántica de cuantas produjo el lápiz pródigo de Villa-Amil. Ha mezclado en ella, como era de rigor, elementos diversos, y entre las ruinas lamentables de muros, cubos y paredones; es decir, entre el castillo fuerte y la degradación á que le sometieron los años, ha dejado íntegros los dos cuerpos de una soberbia galería del Renacimiento salmantino. ¿Integros? No. Han empezado ya á desmoronarse; pero junto á las viejas piedras primitivas y las defensas y dependencias, vulgares y domésticas, construídas, sin duda, en el siglo XVIII, esa parte bellísima, labrada como una joya, luce igual que si ahora estuviesen edificándola. ¿Qué ha sido de esos restos? ¿Existían aún cuando alguien tomó el apunte que utilizó luego Pérez de Villa-Amil?

Probablemente, no. O, por lo menos, estarían ya más castigados por la injuria del tiempo. Cuando nosotros hemos llegado á las ruinas del castillo de Alba sólo alcanzamos á ver un triángulo avanzado, como la proa de una nave varada en la arena. De esa soberbia galería no quedaba una sola piedra.

Cuando llegó D. Pascual Madoz—ó la persona que le suministró datos para esta palabra de su benemérito Diccionario Geográfico—estaba ya el castillo completamente arruinado. Sólo se conservaba «su famoso torreón redondo». En la sala-armería quedaban algunas pinturas de mérito, como lo es la batalla de los titanes y los dioses. «De las seis torres que formaban el castillo, asiento principal un día del poder feudal de los duques, tres se hallan completamente arruinadas y las otras lo serán en breve, porque sufren los efectos de la intemperie y el descuido.»

No sólo por los curiosos datos que da sobre el castillo y el palacio de Alba, sino á título de homenaje en esta fecha de su segundo centenario, recordaremos que D. Antonio Ponz los describe en su *Viaje de España*, tal como él los vió hacia 1760.

«Al lado del mediodía de la villa—dice—está situado el castillo y palacio del excelentísimo duque de Alba, incluida la habitación dentro del mismo castillo, y pocos se mantienen tan bien conservados, atendiendo su antigüedad. (Fué el siglo XIX, como se ve por estas palabras de Ponz, el que los dejó hundirse.) En el patio principal hay galería alta y baja, figurando como cuerdas retorcidas entre istrias espirales desde la base al capitel. (La época más florida del Renacimiento español.) Las columnas de la galería baja son regulares, pero con capiteles también caprichosos; á este modo es el trepado de la coronación, el antepecho, los arcos de la escalera, el pasamano hasta la galería alta, etc. (Tiene, pues, estrecho parentesco con el palacio de Cisneros, hoy archivo de Alcalá de Henares.) La portada del palacio tiene también infinitas de estas labores, con similitud á las de la portada principal de la Universidad de Salamanca. Se entra en una pequeña galería, correspondiente á un balcón de dicha portada, y se ve adornada con pinturas de animalillos, medallas y lo demás que llaman de grotesco. (Esta es, sin duda, la que aparece en la estampa de Villa-Amil.) Desde esta pieza hay comunicación á otra redonda en el hueco de una de las torres de la portada, especie de gabinete ó tocador, toda pintada á fresco como la precedente y del mismo género de ornatos, con su cupulilla dorada. El autor de estas obras parece que fué un Thomas de Florencia, según un letrado que hay en la pieza anterior. (Aquí Ponz, como hace siempre, con el mayor escrúpulo copia la inscripción.) No tengo presente si se llamó Tomás alguno de los hijos de Bergamasco, Fabricio y Graneli, que pintaron las bóvedas de la sacristía y capítulos de El Escorial, conforme á las cuales pinturas son éstas. Hay porción de cuadros repartidos en las piezas de este palacio, que están bastante deteriorados; son de estilo flamenco, y juzgo que de Martín de Vos, ó de su escuela. Parecen invenciones para pintar por ellos

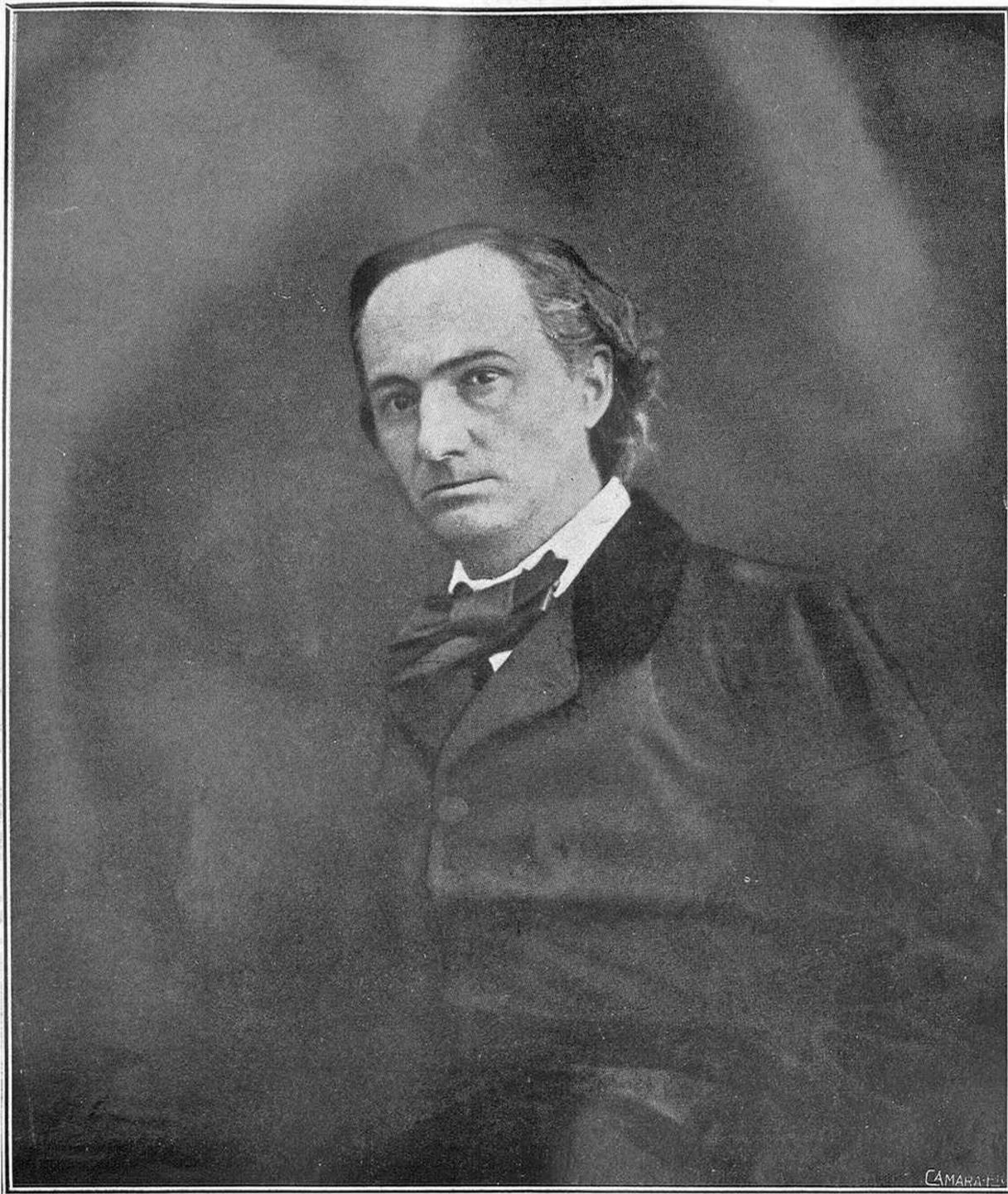
alguna bóveda; el mayor representa un congreso de los dioses... Del mismo estilo son otra porción de cuadros de la historia de Moisés y doce que, en figuras alegóricas, representan los meses del año. Las techumbres de algunas de estas piezas merecen observarse por sus labores. También es cosa digna de verse la armería, así por sus armas y armaduras como por las pinturas que adornan las paredes, ejecutadas por los mencionados Fabricio y Graneli. Se representan las batallas en que fué general y vencedor el gran duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo; una de ellas es en la que quedó prisionero el duque Mauricio de Sajonia, de quien se guarda allí mismo un busto de mármol. Se sale á una espaciosa galería, al mediodía de este palacio, adornada de seis columnas de mármol y medallas con cabezas de la misma materia en las enjutas. Dentro de la galería se ven algunos bustos de bronce sobre pedestales...»

Como puede apreciarse por esa descripción, en tiempos del concienzudo D. Antonio el castillo de Alba de Tormes conservaba vestigios importantes de su grandeza. El lápiz de Villa-Amil le recuerda aún. Para agregar elementos pintorescos el artista romántico ha poblado las ruinas de salmantinos con el traje típico, ha hecho pasar un rebaño hacia la próxima ribera del Tormes y ha dado al ambiente esa transparencia de la altiplanicie castellana que constituye el mayor encanto del paisaje.

Orillas del río, la tierra llana y la luz clara son las mismas. Todos los días nace inmortal y perennemente joven esta Naturaleza grave, tan llena de serenidad, como el curso del Tormes y como el cielo reflejado en sus aguas. El pasado se hunde, se ha hundido ya. Los recuerdos flotan y siguen el manso curso de la corriente, hacia el olvido. Algún testimonio de arte, alguna página caída al azar, tratan de retenerlo siquiera un momento.

MARTÍN BAYLE

LA REVISIÓN DEL "PROCESO BAUDELAIRE"



BAUDELAIRE

AFÁN reclamístico de los editores? ¿De los herederos? Pudiera ser. Mas el hecho de que el Ministerio Público haya mandado retirar, en una venta del Hotel Drouot, un ejemplar de lujo de *Las flores del mal*, que contenía las seis famosas poesías condenadas hace tres cuartos de siglo, justifica muy suficientemente el deseo de ver sobreseer, por fin, ó, como dicen nuestros vecinos, *liquidar el affaire Baudelaire*.

¿Que de entonces acá ya ha llovido y son innumerables las ediciones completas del «poeta maldito»? ¿Que incluso todas las ediciones modernas lo son y que, por lo tanto, cualquier colegial puede adquirir por unos francos las «piezas» prohibidas, por lo visto, al bibliófilo? ¡Ah! Claro. Empero, esta revisión del proceso de *Las flores del mal* no nos parece tan ociosa como á gran parte de la opinión literaria mundial, salida apasionadamente en defensa de quien, según Víctor Hugo, nos trajo «un estremecimiento nuevo». La revisión—cómica en el fondo, desde luego, á estas horas y á estas alturas en que ya ha sido, sin duda por siempre, elevado Baudelaire—, la revisión servirá siquiera para una cosa: para que la justicia se convenza una vez más de que nada tiene que ver con el Arte; y de que éste, á su vez, nada tiene que ver con la Moral. Al menos, con la Moral que por tal entienden las gentes morales.

Por otra parte, en lugar de un Baudelaire *ad usum del fine*, no estaría mal un Baudelaire limitado al uso de los que ya han pasado ese sarampión de los estremecimientos excesivamente ignotos. Hoy que cualquier modistilla habla de cocaína, los paraísos artificiales nos resultan, ó enfermedades que conviene combatir con un tratamiento energético y con duchas, ó de una ingenuidad desesperante. Aunque en ellos se escriban en latín un *Franciscæ meæ Laudes*, para dedicarlo «á una modista erudita y devota».

La última crinolina selló el último dibujo de Constantina Guys, y Rops produce impresiones extraartísticas tan sólo á algunos señores de edad provecta y provincianos. Pero el peor de los venenos es el literario, y aún no se conoce ningún contraveneno contra los trastornos digestivos causados por la literatura. Ahora que, casi siempre, sólo

el paciente tiene culpa de sus indigestiones. ¿Que á usted le sienta mal la langosta? Es muy de lamentar. Pero á mí me sienta bien y... no la coma usted.

El título de *Boileau histérico*, que le aplicaban con fruición los que se desmayaban al oír hablar del club de los hachischianos, es verídico precisamente en la parte en que no lo creían los que lo inventaron. Baudelaire tenía muy poco de histérico, pero mucho de Boileau. La delicatoria de *Las flores del mal* llámale con reverencia á Gautier «poeta impecable, mago perfecto en letras francesas». Ningún delirio hizo olvidar nunca al autor de *La carroña* de cincelar amorosamente la forma. Asonancias imprevistas, epítetos raros, sea; pero que al verso no le faltase ni le sobrase ningún pie. Que la frase se desarrollase con la amplitud de una ola, y que el delirio más imposible se apoyase en la cadencia más noble. El ritmo, dueño y señor. Y esto, si bien fué sólo Racine quien lo consiguió en francés antes que Baudelaire, fué lo que Boileau señaló como canon incontrovertible, en el siglo y el medio más antirománticos de la Historia.

En cuanto á lo del histerismo... Baudelaire se embriagaba con palabras como con perfumes—y más que con narcóticos—; pero sabía muy bien adónde le llevaban los delirios de sus embriagueces. Adónde le llevaban espiritualmente, que lo demás... ¿qué nos importa ahora, en que la *Benediction* se nos presenta con purezas de evangelio?

El club de los hachischianos, el famoso club espantaburgueses, tenía su sede en el hotel Pimodan,

en un salón con decoración Luis XIV y altos ventanales con cristales cuadrículados y muebles forrados con seda de tonos claros y tapicerías con escenas de caza. Nada de antro misterioso. Lo más extravagante era, encima de la chimenea, un elefante de bronce dorado con un reloj. Pero también Versalles amaba lo indio y lo chino. Se hacía música, es verdad: Fernando Boissard, pintor, violinista, *dandy* y tuberculoso, organizaba con frecuencia unos *quatuors* para tocar á Bach y á Beethoven, y también á los *modernos*: Mendelsohn y Meyerbeer. El espíritu de Boileau, si vagaba por allí, no tenía por qué asustarse. Más tarde, Baudelaire había de atraer sobre sí los más virulentos improprios: defendía á Manet en nombre del clasicismo, y á Wagner en nombre de esa música «que le embargaba á veces como un mar». Nueva prueba de histerismo; igual que de extravagancia en su amiga, la princesa de Metternich, que rompió de rabia el abanico contra la barandilla de su palco la noche en que se pateó *Tannhauser*. Nosotros no debemos olvidar que, en un tiempo en que Manet era rechazado precisamente por lo que tenía de exaltación nuestra, Baudelaire contó á Goya entre sus *faros*. Luego dedicó *A una Madona su Exvoto al gusto español*. Barrès debió de escucharle largas horas antes de exacerbar, él muy sereno y frío, el histerismo de su Pía.

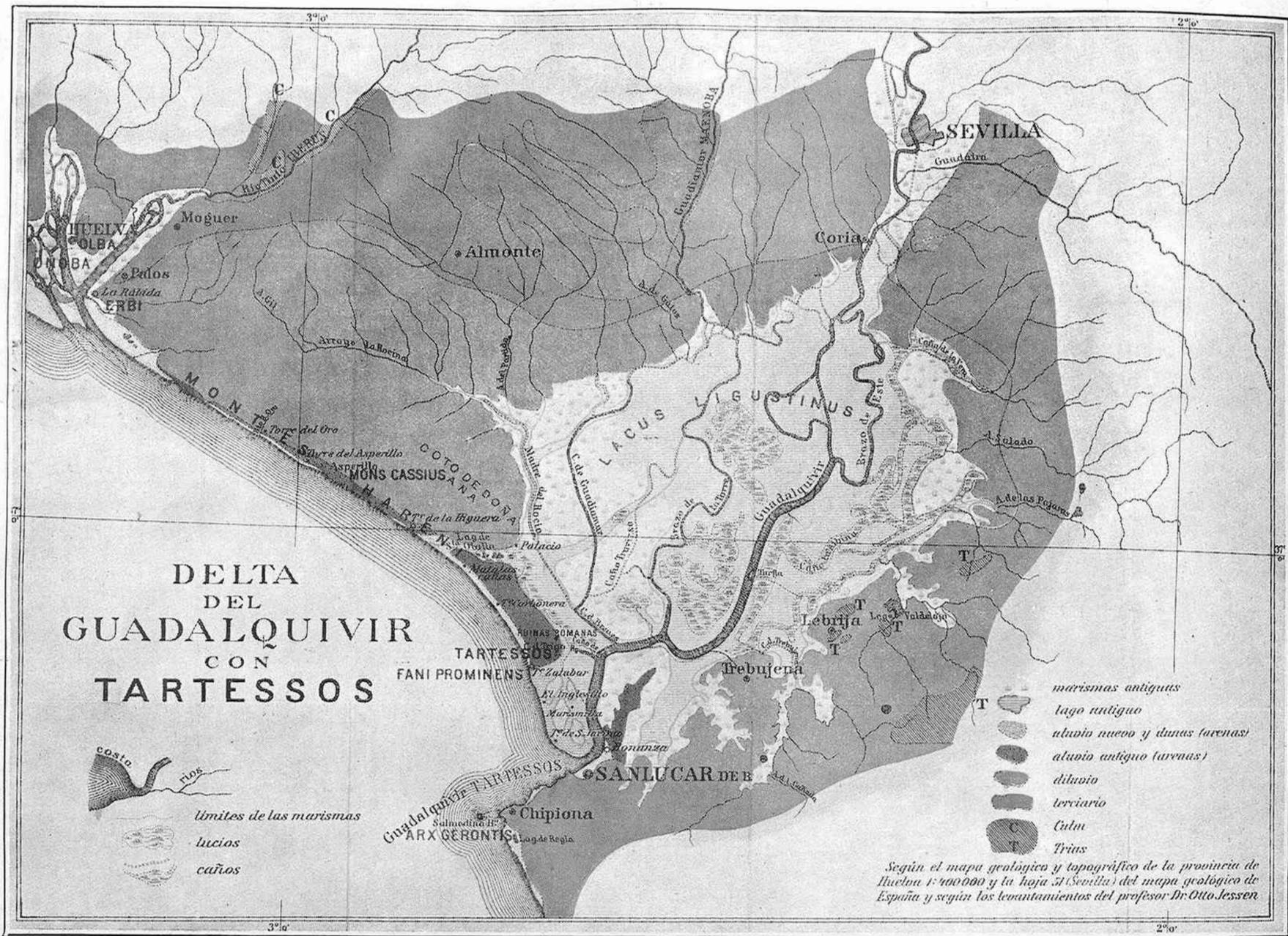
Revisión, revisión. No de un proceso ha tiempo fallado en contra de la decisión de la Justicia y acordado hasta por los Paul Morand, que tornan á entreabrir los exotismos traspasados por la adivinización y exaltación del poeta, sino de valores. De valores *iniciales*, que la creación consiste en empujar, y sólo merecen llamarse navegantes los que atracaron en orillas desconocidas conquistando continentes. Pero, para emprender un largo viaje por los océanos, mejor que probar embarcaciones, vale perfeccionar las que ya se tienen. De la nada, á no ser Dios, nada se ha de sacar. Baudelaire no quiso, para bogar con sus «estremecimientos nuevos», apartarse de la nave recomendada por Boileau. Y muy antiguo y prescientemente moderno...

Revisión, revisión. No de un proceso ha tiempo fallado en contra de la decisión de la Justicia y acordado hasta por los Paul Morand, que tornan á entreabrir los exotismos traspasados por la adivinización y exaltación del poeta, sino de valores. De valores *iniciales*, que la creación consiste en empujar, y sólo merecen llamarse navegantes los que atracaron en orillas desconocidas conquistando continentes. Pero, para emprender un largo viaje por los océanos, mejor que probar embarcaciones, vale perfeccionar las que ya se tienen. De la nada, á no ser Dios, nada se ha de sacar. Baudelaire no quiso, para bogar con sus «estremecimientos nuevos», apartarse de la nave recomendada por Boileau. Y muy antiguo y prescientemente moderno...

MARGARITA NELKEN



TARTESOS



El delta del Guadalquivir, con la ciudad de Tartessos

Traerán plata extendida de Tarsis y oro de Uphas.

(JEREMÍAS, 10, 9.)

La figura y la obra del profesor alemán Adolfo Schulten tiene entre los hombres preeminentes de España una amplia resonancia y un vivo destello de simpatía y admiración. Su labor ha llegado íntegra á las aulas universitarias y á los grandes centros de cultura; pero no cuenta con divulgadores encendidos y sistemáticos que lleven al corazón del pueblo hispano la trascendencia de su valor intrínseco y futuro. Perdura solamente entre los estudiosos que por desgracia no componen falange numerosa, ni se prestan á oficiar de cantores, con el fin de que llegue á la calle, de que repercute en todas las capas sociales y logre el éxito y la atención de las gentes. Y va siendo hora ya de que esto se haga, para que todos los españoles, sin distinción de jerarquías, le concedamos el inmenso tributo de gracias y de admiración que le debemos por el enorme caudal de datos antiguos que nos viene dando sobre nuestra Península. Tanto en lo que afecta á la parte geográfica como en lo que atañe á la histórica y se refiere á la etnográfica, sus conocimientos son portentosos y están contribuyendo de modo singular al esclarecimiento de lo que fué el territorio hispano durante la época romana y antirromana.

Producto exuberante de sus investigaciones sobre nuestro suelo son los libros *Numantia*, *Hispania* y *Tartessos*, aparte de otros estudios no recogidos aún en volumen. El tratado *Hispania* es indispensable para quien pretenda estudiar á fondo la progenie ibera. En él están fijados con exactitud los rasgos fundamentales del iberismo. Todo este rico material disperso que tropezamos en las viejas obras de la era griega y romana, definidor del ca-

rácter y origen de la raza ibera, sirve para la construcción sólida y didáctica de esta monografía de Schulten que nos patentiza con armónica luz la ruta de los iberos, la cronología de la rancia stirpe española, su evolución cultural y los enlaces y transfusiones que tuvo á través del tiempo.

Su edificio más pujante es *Numantia*. Lleva trabajando en él más de veinte años. Consta de tres volúmenes, habiéndose publicado el primero en 1914 y figurando ya impreso el tercero. Un caso de los más bochornosos, que pone al descubierto las lacras del espíritu español, es el de no haber traducido aún al castellano ese volumen que rueda por el mercado hace diez años, proliferado por nuestro viejo y glorioso espíritu y brava esencia de raza. Ello es en alto grado lamentable, como su autor indica algo condolido, porque *Numantia* encierra una gran trascendencia para la etnología é historia de España.

Yo no sé qué hacen esos hispanistas y patriotas tan guardadores del honor español que todos los días vemos alborotados y ofendidos por haber leído ó escuchado alguna frase ú opinión adversa á sus sentimientos nacionales, que tanto golpean á los que sin ambages y mixtificaciones dicen lo que somos y representamos, que en casos de labor evidente y edificante como ésta no afilian sus esfuerzos y entusiasmos á ella, y consiguen que se traiga á nuestra lengua lo que es ciencia y verbo del alma española. Pero, por lo que acontece, no se trata de gente constructora, sino de una segunda casta de negadores.

Al presente, Schulten imprime otro libro, titulado *Sertorio*, en el que trata con perfecto conocimiento topográfico las hazañas militares que realizó en la Península Ibérica aquel héroe y famoso general romano en lucha civil con los ejércitos de Metelo y Pompeyo adictos á la bandera de Sila.

Mas no es sólo por la aportación bibliográfica por lo que tenemos que manifestarle el agradecimiento. Hay, desde luego, algo más importante y altamente satisfactorio: sus descubrimientos arqueológicos. Después de desenterrar en Celtiberia la famosa ciudad de los arevacos—Numancia—, anda ahora por Turdetania en busca de algo sumamente quimérico y completamente olvidado de los españoles; rastrea la más antigua y venturosa ciudad de Occidente: Tartessos. ¿Qué clase de ciudad era ésta cuyo nombre y fama, plena de sugerencias, aparece tantas veces en las páginas del Antiguo Testamento? ¿Por qué vínculos estaba unida en tan lejano tiempo al Oriente poderoso y enervador?

Tartessos era, ante todo, un riquísimo y laborioso centro metalúrgico que expandía sus manufacturas fácilmente por todo el orbe. Se conocía por la ciudad de la Plata. Pero, más que por la plata que extraía del subsuelo, era codiciado y visitado por su bronce. El bronce tartesio colmaba la estimación. Al lado esplendoroso de estas materias de fama y uso universal se desarrollaban las artes, adquirían inusitada preponderancia y apogeo las técnicas y otros productos de civilización adelantada. Tan fuerte emporio comercial y anti-quísimo foco de cultura tuvo que tener entronque, levadura, antecedente. No pudo brotar de súbito y aisladamente como irrumpe el agua de la tierra al simple golpe del azadón. Los súbditos de Argantonios alardeaban de ello. Se gloriaban de poseer «anales, poemas y leyes de forma métrica viejos de seis mil años».

Por la paleontología conocemos esa línea generadora de cultura que culmina parabólicamente en el Sur español hacia el siglo v a. de J. Los hombres entregados á la ciencia paleontológica vienen á enseñarnos que Andalucía fué en los tiempos de la

prehistoria el punto predestinado á recibir el aire invasor, la comarca en cuyo suelo se posaron las razas más aptas para la vida civil, los seres de más rara constitución y agudeza para el progreso de las artes y las técnicas industriales. Y, en efecto, todo induce á creer que Andalucía era hace varios milenios la cabeza de la Península Ibérica. Una cabeza con admirable dirección, de fuerte poder asimilativo y entraña creadora. Sabía fertilizar el campo, explotar la riqueza subterránea, magnificar las materias, abrir rutas larguísimas á sus productos y prodigar por todo el orbe la felicidad de su ambiente.

Como tipos representativos de cultura, originarios ó, por mejor decir, fecundizados en el Sur de Iberia, corrían por el Continente europeo entre las fechas del 3000 al 2000, a. de J. los monumentos megalíticos de corredor y cúpula, el vaso campaniforme, la alabarda de bronce forjado en el Algar, y la primorosa confección del esparto, que tan elocuentemente testimonian Obermaier, Hubert, Schmidt y D. Manuel de Góngora en los tratados *El Dolmen de Maturrubilla*, *Edad de los Metales de España* y *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.

El Occidente surtía de primeras materias á los orientales en la antigüedad. Estas transacciones no se realizaban, al parecer, en forma directa, sino por endosos á lo largo del septentrion africano. Al decir Occidente, entiéndase por el Sur de Iberia, sin olvidar, claro está, la costa del Africa que acaricia el Atlántico, pues Ufa—hoy Ife—dió una inmensa cantidad de oro. En cierto modo, el Occidente venía á ser la placenta de los orientales. Sin embargo, del Asia procedía la luz. Con el intercambio de los productos se iban infiltrando las técnicas, y, gracias á la admirable capacidad asimilativa de los iberos, en poco tiempo lo bruto se transformó en prodigiosas labores, cuya codicia universal determinó el resurgimiento andaluz y el esplendor de Tartessos.

¿Dónde se hallaba situada esta opulenta y venturosa ciudad? Tartessos yace sepultada á orillas del Guadalquivir, en su desagüe al Atlántico. Schulten la busca en el coto de Doñana, al Suroeste del Cerro del Trigo. La cubren montañas de arena. Se alzaba en una pequeña isla que formaban dos brazos del Betis. En las excavaciones que se han hecho como tanteo se han encontrado ruinas romanas, pobres restos de un pueblecito pesquero. Pero en sus capas más hondas y extensas es probable que duerma esa magnífica ciudad evocada tan emotivamente por el eminente profesor de Erlange.

Los datos más remotos acerca de Tartessos son los que proporcionan las páginas bíblicas, y los más recientes y básicos los intercalados en los textos latinos. Hay, entre unas y otras referencias, el relato importantísimo de un marino massaliota, que sobre la fecha del 530 a. de J., partiendo de la colonia focense Massalia, recorre la costa del Mediterráneo y del Atlántico hasta Tartessos.

El reino tartesio comprendía el área de Andalucía, y sus moradores eran la gente más culta de la raza ibera. No solamente sabían explotar las riquezas naturales y practicar el comercio á grandes

distancias—Oriente y Norte europeo—, sino que figuraban constituidos en Estado, diferenciándose de los otros iberos confinados del territorio andaluz en que vivían agrupados en tribus, rebeldes á toda sumisión civil y caudillaje, pues únicamente admitían jefe en casos extremos de guerra.

A las bellas cualidades de la inteligencia, unían los tartesios el amor á la ancianidad. Al longevo le conferían su gobierno y le rodeaban de máximo prestigio. Contrasta, en verdad, esta manera de



ADOLFO SCHULTEN

proceder tartesio con la senectud, porque, por lo general, en aquellas edades el viejo aparecía tratado vandálicamente, y á veces se le inmolaba por atávica barbarie.

La más preciada prueba de glorificación senil la encontramos en Argantonios, que reinó ochenta años.

Antes de Argantonios hubo otros reyes: Gargaris, Habis, Geron...; pero aparecen envueltos en el manto nebuloso de la Mitología. Nada hay que acredite su realidad. En cambio, sobre Argantonios sí. Lo dice el historiador griego Herodoto. Anacreonte fija el reinado de este rey en ciento cincuenta años. Mas á esto no se puede dar fe. Herodoto, menos

poeta y más historiador (aun cuando en esta disciplina deja mucho que desear), afirma que reinó ochenta años y vivió ciento veinte.

La raza tartesio perdió su independencia y estuvo sometida á la metrópoli fenicia cerca de un siglo. Cuando Tiro cayó al empuje asirio, recobró la libertad, y como buenos comerciantes, los tartesios no dejaron de operar con los expertos mercaderes del Asia Menor.

En la época del rey Argantonios, Tartessos reventaba de felicidad. Atravesaba un período de vitalidad enormemente excesiva, en el que la superabundancia no sólo tenía su significación más elevada en el brillo y magnificencia pública, sino que irrumpía y anegaba los ajuares de las castas más ínfimas.

La plata rebotaba de tal modo que no alcanzaba valor. De plata se fabricaban pesbres, anclas, y estaban recubiertos los muros y torreones de la urbe.

El alma se regocija evocando su extenso perímetro y pujante vitalidad, anotando sus promontorios cercanos con edificios-guías, su río caudaloso, el entrar y salir de las naves asiáticas, europeas y etíopes; el puerto, con su tráfico vivo, acompañado siempre de voces y denuestos en las faenas de alijamiento y carga; el martilleo estridente de los talleres en plena actividad; la silueta de los orientales con sus arcos exóticos, y los tipos europeos andando por las vías centrales en algarabía con los tartesios. Todo el movimiento y compás acelerado de las gentes, semejante al que percibimos hoy en los grandes centros siderúrgicos y marítimos, atacados de alta fiebre comercial.

Los súbditos de Argantonios carecían de ardor guerrero. Esta cualidad tan ibera se había extinguido, tal vez á causa de la molición de su venturosa existencia, tal vez por efecto de su delicioso y enervante clima. Amaban las artes, las riquezas, la vida. Laboriosos y cultos, sabían como nadie conquistar las grandes plazas mercantiles; pero su flojedad é impericia guerrera daba fácil entrada al ejército invasor.

El imperio cartaginés acabó por cerrar el paso de las columnas de Hércules y destruir totalmente la bella ciudad. Poco á poco se fué olvidando, borrándose su huella, ignorándose su historia, su rica y pujante civilización.

Adolfo Schulten compara á Tartessos con Babilonia, con Menfis... Como aquellas magníficas ciudades que perfumaron el Oriente en la antigüedad, Tartessos ocupa idéntica posición geográfica, y su grandeza y realce emergían del seno profundo de su río.

Siempre es consolador para un español poder equiparar en rango y significación al Guadalquivir con el Eufrates y el Nilo, y saber que un tiempo, en los contrafuertes de sus márgenes, floreció un hermoso emporio comercial y se erguía estremecida de ventura una espléndida ciudad, envidia de mercaderes lejanos y orgullo de Occidente, cuyo estudio y reconstrucción empañaría el alma de ricos y sedantes emociones.

EUGENIO DOMINGO

O R A C I Ó N

Bendito el hierro cuando el hierro es reja que labra el hondo surco matriz de la simiente.

Bendito el hierro cuando el hierro es plato en donde ofrece un pan al peregrino.

Bendito el hierro cuando el hierro es hacha que del árbol desnudo supo hacer nuestro lecho.

Bendito el hierro cuando el hierro es vaso

para beber el zumo de las alegres vides.

Bendito el hierro cuando el hierro es limpia espada con que el justo defiende su derecho.

Bendito el hierro cuando el hierro es pico que hace brotar el puro venero de una fuente.

Bendito el hierro cuando el hierro es filo de hoz que siega el rubio

penacho de la espiga.

Bendito el hierro cuando el hierro es santa cruz de un blanco sepulcro por nosotros querido.

Bendito el hierro cuando el hierro choca contra la piedra rudo y enciende nuestro hogar.

Y bendito también si el hierro es clavo para colgar el nudo con que ahorcarnos si el mundo nos hastía.

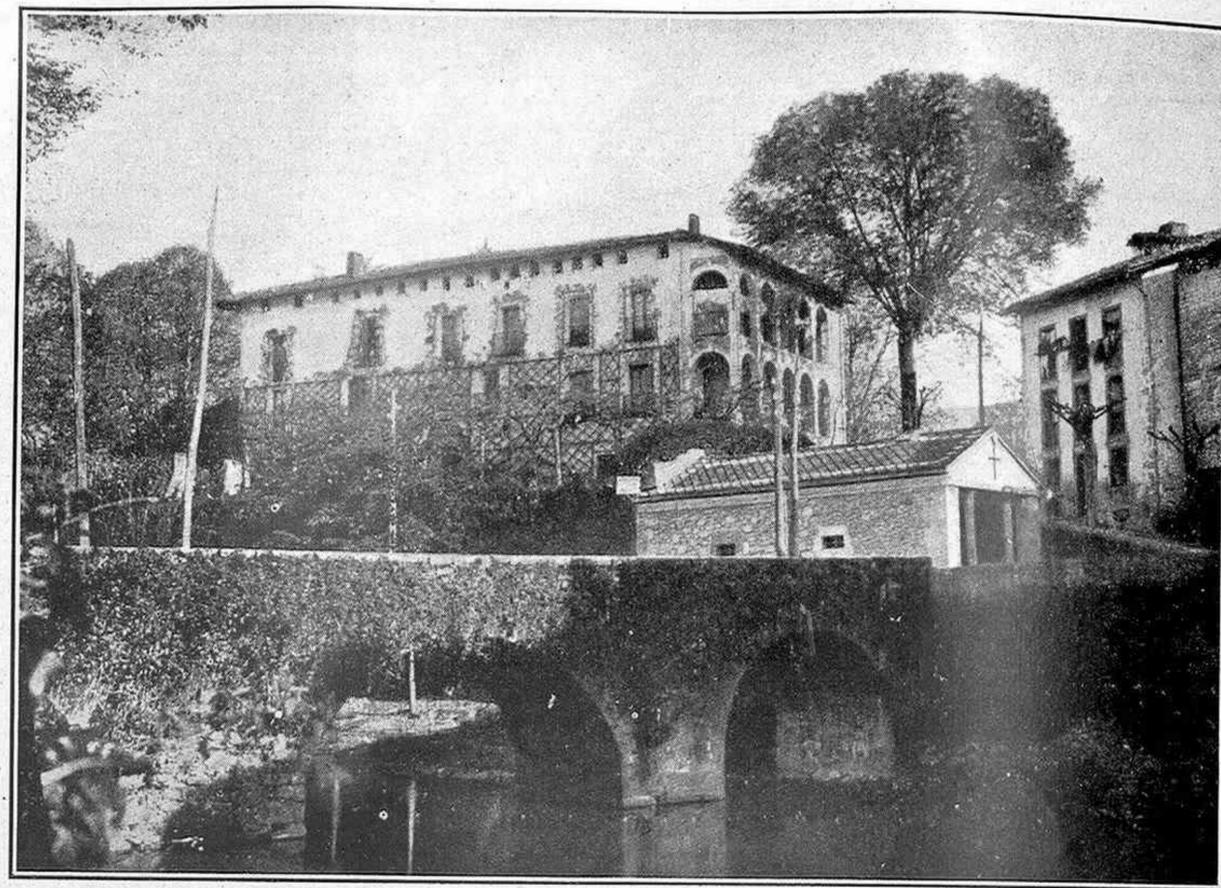
Fernando LÓPEZ MARTÍN

LA CASA DE ALTUNA-PORTU

ESTA es la casa de Azcoitia donde vivió D. Manuel Ignacio de Altuna, «el enemigo de Rousseau». Esta es la *Casa Blanca*, en oposición á otra no menos célebre de que hablaremos luego, cuyo nombre suena á leyenda medieval: la *Casa Negra de Altuna*. No procede tomar demasiado en serio lo de leyenda medieval, sobre todo tratándose de casas solariegas alzadas en el siglo XVIII. Pero vamos con orden. Primero la Casa Blanca, la Casa Solar de Altuna-Portu.

¿Cómo no proceder con orden si su solo aspecto invita al sosiego, á la pausa y la medida, igual que una de esas granjas toscanas, propicias al cultivo de los árboles y de las letras? La sencillez vasca aparece aquí enguarnaldada y empavesada por un emparrado que alza sus hojas y sus pámpanos hasta formar una orla para cada balcón del piso más alto. Dos galerías superpuestas—caso poco frecuente en la región—, con amplios y bellos arcos de piedra, dan sobre el jardín, y en la risueña plazuela frontera un haya esbelta, maravillosa de gracia y de armonía, sustituye con ventaja al pino solitario de los escenográficos paisajes napolitanos. La doble arcada, así como el jardín, complementan la gracia amable y señorial de la Casa de Altuna-Portu. De ningún modo puede confundirse su civilidad con el ceño rudo y fosco de otras casas solariegas de Azcoitia; por ejemplo: el palacio de Insausti—de los Peñaflorida—, casa torre, casa fuerte, que conserva aún algo de castillo y quizá de prisión. Sin embargo, el mismo espíritu del XVIII habitó en ellos y sus salas testimonian una vida interior mucho más semejante que sus fachadas. Altuna-Portu respira serenidad, alegre y plácida quietud, armonía... Es decir, orden. Tal es la primera impresión de estos paisajes de Vasconia semiurbanos, semicampesinos, de base firme, en las montañas circundantes, en los sillares de las recias construcciones, en los rasgos enérgicos de la raza.

Tal es la primera impresión. Corre el Urola bajo el macizo puente secular. Corre desde las brumas de San Adrián hacia las brumas del Cantábrico. La lluvia cae sobre Altuna-Portu días y días, tozuda, terca, y alguna vez ese risueño caserío y todo el blando país en torno parecen recién salidos del Urola. Han desentumecido sus miembros, un poco anquilosados. Se han despegado el capotón de náufragos. Y han pedido al sol una sonrisa que no les niega. Otra vez, en lugar del sol viene el viento del mar; ese viento de ímpetu virgen que todo lo cree llano y que necesita encontrarse con la sierra próxima para aprender á vivir. Vuelan las hojas, las ramas y aun las tejas. En el silencio del paisaje



Casa solar de Altuna-Portu

sólo triunfaría él si no fuera porque la lluvia vuelve...

Entonces todos se guarecen junto al fuego. Las mujeres tienen tiempo para sus quehaceres y sus devociones. Los hombres para sus ocios. En el caserón no entran la lluvia ni el viento; pero en la cabeza de los hombres tienen fuerza bastante para alterar las plácidas y serenas normas y para poner un poco de fuego fatuo y de llama de ponche en la clara llama de la razón. Resplandor pasajero; sólo por un momento, sólo por una obsesión. Pero ya el orden ha tomado un giro personal, arbitrario, una pequeña desviación que es como el matiz y el tono del paisaje espiritual.

Nos hemos desviado. Es preciso volver á la casa de Altuna-Portu. Y no seremos los primeros que hagamos esa peregrinación, en cierto modo, *laica*. El nombre de D. Manuel Ignacio de Altuna y Portu va unido á la historia del enciclopedismo en España. Vivió de joven en Francia. Viajó por Suiza é Italia, donde conoció á Juan Jacobo Rousseau. Le hospedó en su casa de París. Le ofreció la de Azcoitia, como retiro donde pasar una existencia pacífica, y la tradición dice que, en efecto, Juan Jacobo fué. Hay un busto suyo en el salón de Altuna-Portu. Autoriza esa creencia algún testimonio epistolar y algún párrafo de las *Confesiones*. Pero un erudito vasco, D. Julio de Urquijo, ha deshecho gran parte de la leyenda. Rousseau no llegó á visitar Azcoitia.

Rousseau no estuvo en Altuna-Portu, y el señor de Altuna, su amigo, uno de «los tres caballeros de Azcoitia», vivió y murió como cristiano viejo, sin que hiciera mérito alguno para figurar en la «Historia de los Heterodoxos». Creo firme la posición del Sr. Urquijo é Ibarra y bien probada su tesis. Así lo he hecho constar en otra parte, ya que este tema de las casas de Azcoitia no deja de tener un aspecto político. Don Manuel Ignacio de Altuna no fué un réprobo, y su Casa Blanca no puede alzarse como un castillo contra la Casa Negra.

De esta *Casa Negra* dice el Sr. Urquijo en una nota de erudito, algo que vale por la mejor descripción, á pesar de su intención polémica: «La *negrura* de la Casa Negra no proviene de la *pátina del tiempo*, sino del capricho de un antiguo administrador del duque de Granada. De vez en cuando *se da betún* al vetusto edificio. Ultimamente, cuando los delegados gubernativos ordenaron que se blanquearan las casas, hubo cierta zozobra entre los intelectuales del país. ¿Se blanquearía la Casa Negra? Por fin se impuso el buen gusto y la leyenda puede continuar. La casa *Altuna-Portu* seguirá siendo el emblema del libre pensamiento, y la *Casa Negra*, en la que casó el primer Don Carlos con la Princesa de Beira, el alcázar del oscurantismo y de la reacción...»

Así lo ha querido la leyenda que, como el corazón de la mujer, tiene sus razones. Ya es algo haber dado ocasión á una leyenda; y aunque sólo tuviera la villa de Azcoitia esa virtud, valdría la pena de hacer el viaje. Pero guarda otras; yo os lo aseguro. A orillas del Urola, en las casas blancas y negras, hay gentes afables, trabajadoras, con una tradición intelectual que llega desde las altas ciencias físicas y matemáticas y que no desdeña, por demasiado humilde, la buena cocina.

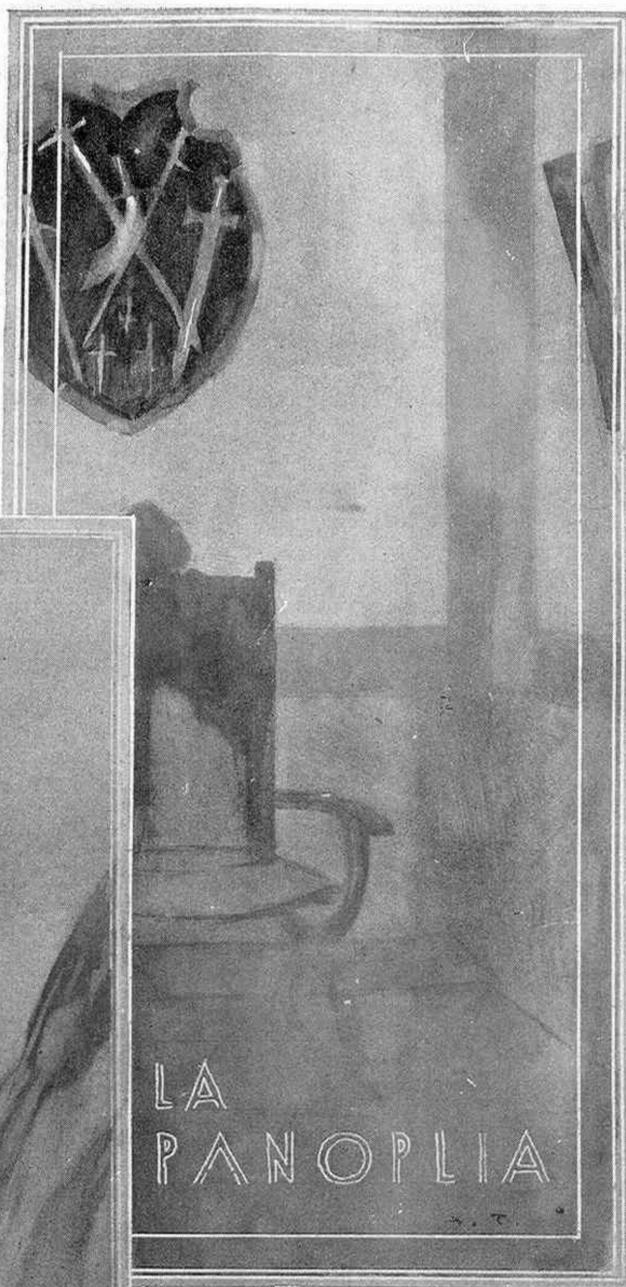
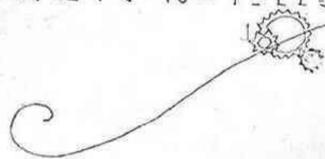


Palacio de Insausti

LUIS BELLO

POEMAS

por
A. HERNÁNDEZ-CATA
ILUSTRACIONES
por
ARISTO-TÉLLEZ



Normas

No vayas por las quiebras del camino
como ciego que duda de su tacto.
Que la luz inicial del pensamiento
baje á todos tus músculos; que sepan
tus sentidos medir todas las cosas,
y que tu diestra, alternativamente,
sea blanda en el fervor de las caricias
y recia en el domar adversidades.

No te embriagues de ideal y digas:
«Mi alma está fatigada de soportar mi cuerpo.»
Si sobre el vaso material desbordan
los ideales tesoros contenidos,
la materia se hará vibrante y noble,

y alma y cuerpo serán dos compañeros
enlazados, cordiales y felices
que sigan con amor la misma ruta.

No digas por disculpa á tu pereza:
«¡Por todos los caminos se va al mar!»
La miel está en la senda, no en la cima;
en el esfuerzo, no en el resultado.
La segur incansable de la Intrusa
no mata más que á los que encuentra vivos
La molicie es hermana de la muerte;
no afanarse es igual que no vivir.

La vida es ancha y bella para todos.
El mismo sol cada existencia dora.
¡Somos los hombres los que hallamos modos
de abrir la infausta caja de Pandora!

La panoplia

Bajo de los aceros homicidas
el terciopelo carmesí parece
un gigantesco corazón, que ofrece
el múltiple dolor de sus heridas.

Fieras sobre su víctima dormidas,
donde aún sangrienta gula se estremece,
en las armas la luz empalidece
temiendo descubrirle nuevas vidas.

Daga, mandoble, espadas y puñal,
funden en una atmósfera fatal
hoja lunada con soleado pomo.

Y la mirada pavorosa advierte
que sobre el muro serpentean como
los funestos atajos de la muerte.

UNA EXPOSICIÓN EN VALENCIA EL CERAMISTA PEYRÓ



"Cancionera"

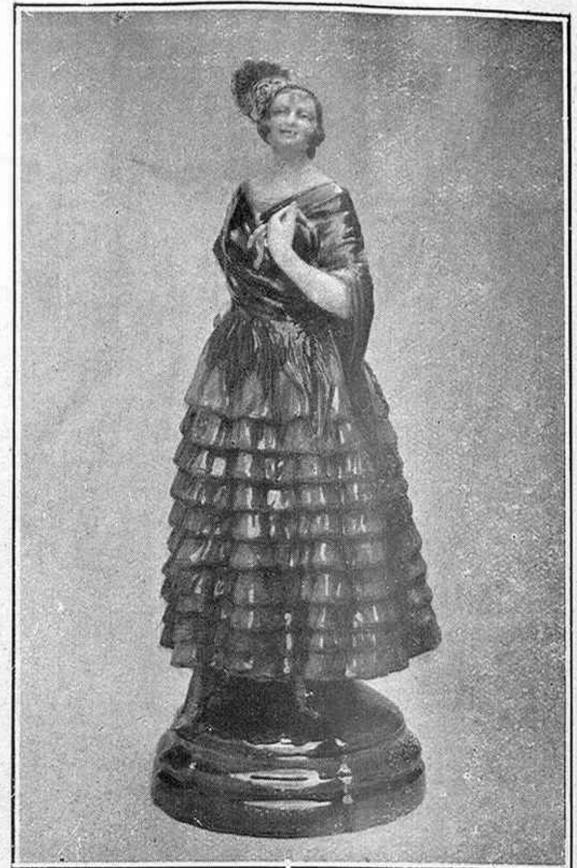


Objetos de loza policromada

una sutil capacidad estética que sitúa su producción en un plano superior al de otros industriales similares.

Antonio Peyró liberta a la cerámica de sus trabas tradicionalistas. No se somete a las normas de colorido, forma y aplicación perpetuadas con un criterio de gregarismo artístico.

Sus mayólicas responden, por el contrario, a las necesidades y gustos modernos. Sin caer en virtuosismos facturales que sólo podrían interesar a «los del oficio»; sin contribuir a la desorientación que las ultramodernas extravagancias de las artes decorativas imponen a los snobs y a una crítica subalterna, Antonio Peyró realiza un arte nuevo, sim-



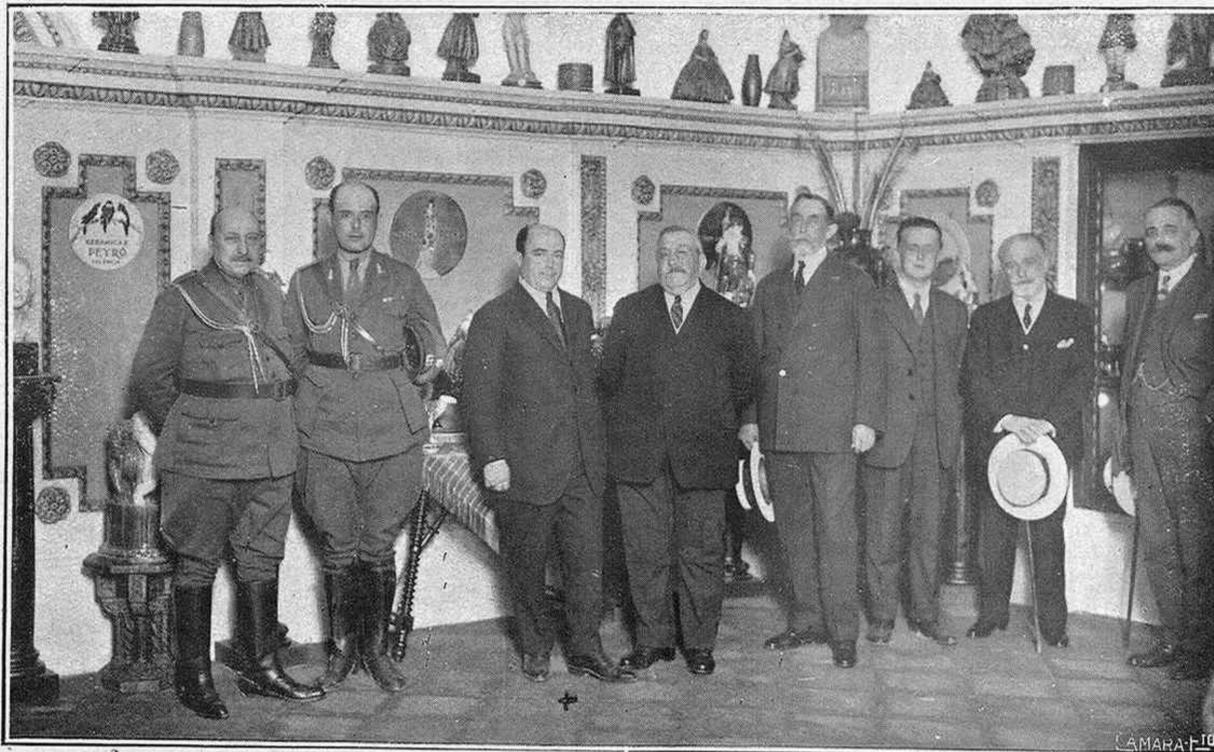
"Granadina"

EN diversas ocasiones hemos comentado desde estas mismas páginas la labor constante de Antonio Peyró por alcanzar una perfección, cada día mejor definida, de su arte.

Además, Peyró ha ido formándose «a la vista del público» sin tener esas pausas de ocultación que alejan de la crítica y de los aficionados el recuerdo de un artista.

Con frecuencia celebra Exposiciones particulares, concurre a los Certámenes Nacionales, sosteniendo el fecundo contacto con los que habrán de juzgarle y los que habrán de favorecer económicamente sus condiciones técnicas y su buen gusto estético.

Porque esto es lo que caracteriza al distinguido ceramista valenciano: el afán de aprovechar sus facultades de técnico y de demostrar cómo va adquiriendo



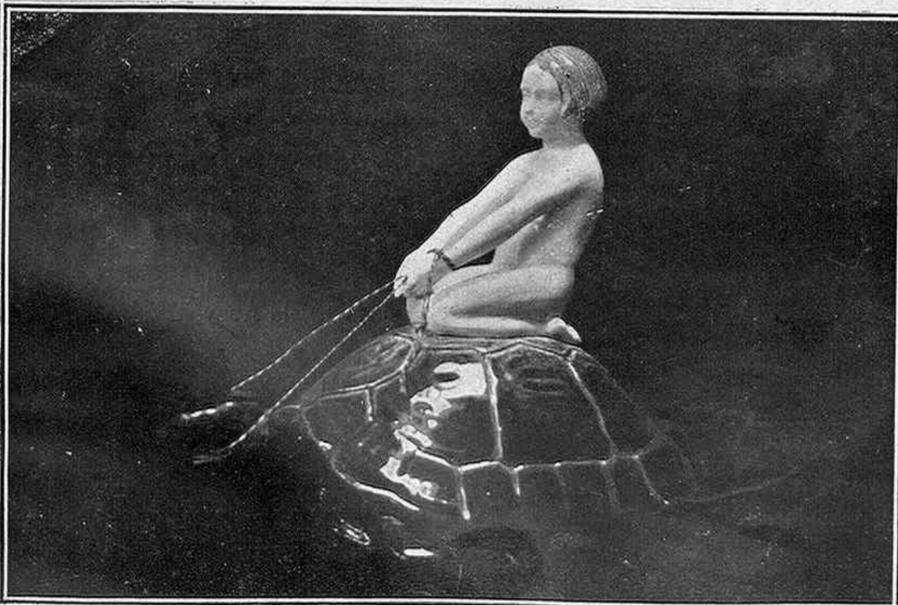
Antonio Peyró rodeado de las autoridades de Valencia el día de la inauguración de su Exposición

pático, atrayente, de verdadera distinción aristocrática.

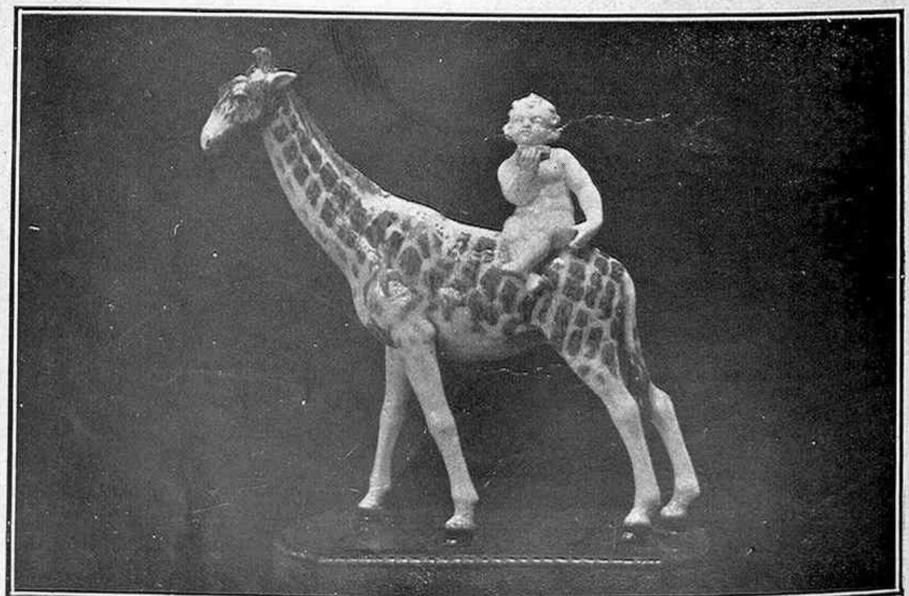
Compite incluso con la producción extranjera en el sentido de crear modelos semejantes a los que se estimaban como insuperables en las fábricas del Norte de Europa. Pero con línea, con acento español. No tanto por el indumento y actitud de sus figuras; no sólo por el carácter regionalista que les imprime, sino por cómo están latentes en ellas las gamas cerámicas de nuestra tierra.

Recientemente Peyró ha celebrado una Exposición de sus obras en Valencia, donde empezó a trabajar y donde encontró siempre favorable acogida.

El acto inaugural revistió gran solemnidad, y todo hace suponer que el notable ceramista añadirá un nuevo triunfo a los anteriormente logrados.



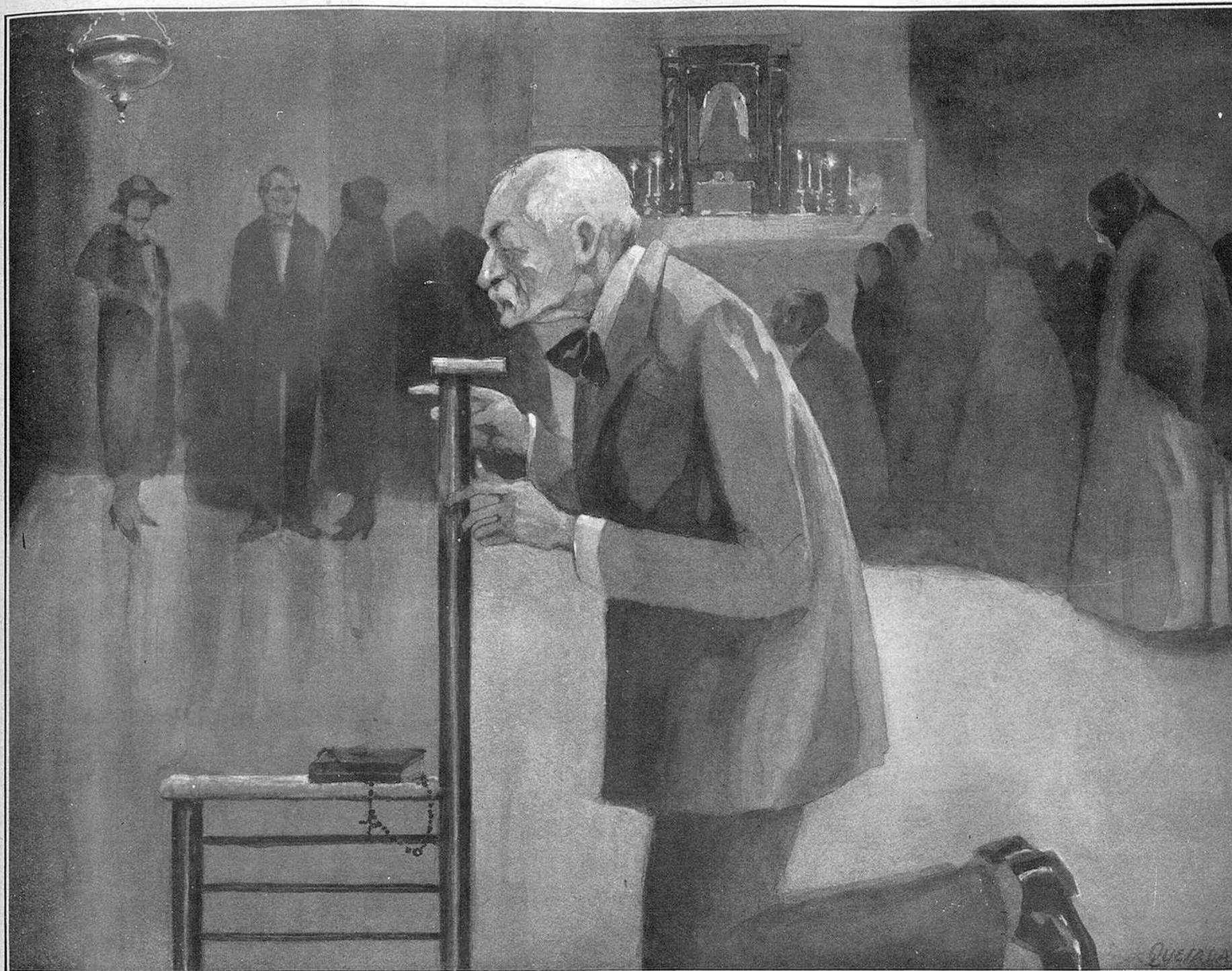
"A paso de tortuga"



"Cupido y la jirafa"

(Mayólicas originales de Antonio Peyró)

EL VIEJECITO DE LA MISA



Todos los vecinos de la barriada que asistían á aquella misa tempranera de la parroquia cono- cían al viejecito. El santo sacrificio, que se ce- lebraba á las ocho, era privativo de una Herman- dad de señoras bajo la advocación de la Inmacula- da. Así, constituía la masa de fieles una mancha azul de escapularios, descollando sobre los abrigos negros y diseminados por la ancha nave principal, cortada cerca de la puerta, como dos faros antiguos de aceite en una costa, por las pálidas lucécitas de los dos cirios, alumbrando el malecón de la mesa de petitorio, con su bandeja, sus cartillas de nove- na y sus estampas. Allí recibían en corte las dos hermanas de turno, un besamanos discreto, de son- risas, de confidencias, de recados, cuchicheados por las compañeras de Cofradía al entrar y salir en la iglesia, tal vez por urgencias necesitadas de reso- lución pronta, que exigieran abordar á la pareja mística representativa de la asociación en el templo.

Estas misas de Hermandad son á la vez de órga- no por ser á la vez de Comunión. La iglesia admite la música en sus ritos. La dulce voz de la música habla por unas cuerdas vocales que no radican sólo en la garganta, sino en el corazón; por eso acom- paña á la mística ingestión de la Sagrada Forma, que purifica y eleva al pensamiento, y que á la par hace sentir el reposo celeste de la conciencia limpia y como que completa la ventura del cre- yente por la gracia que se le acaba de conceder.

El viejecito no faltaba á ninguna misa así el termómetro bajara del cero en correspondencia á las escarchas de la helada ó se desgajara el cielo á llover á torrentes. Daba con ello pruebas de su valor decidido y de más fe profun- la, con las que

neutralizaba la carencia de la vida que se le iba á ojos vistos. Frisaría en los setenta y ocho, y du- rante el acto religioso esforzábese por contener la tos asmática sin conseguir otra cosa que transfor- marla en un casi equivalente ruidoso carraspeo.

El viejecito entraba, cogía una silla del haz de ellas apiladas en el rincón de una nave lateral, y revelando una devoción sincera y profunda pre- cursora de la cercana muerte oíase la misa de ro- dillas, apoyando las manos en el respaldo del asien- to y sin apartar la mirada de la casulla de oro y colores del celebrante, para no perder ninguno de sus movimientos.

Pero lo extraño, lo singular del caso, era que si el alma del viejecito se sumergía en las profundida- des del místico arrobamiento, sus manos se iban por otro derrotero durante la misa. Sus manos no permanecían abajo, en el nivel del pavimento, sino arriba en el coro y punto por punto y compás por compás seguían á los acordes del órgano teclean- do al unísono con ellas en el borde superior del res- paldo del asiento. Eran como dedos con vida pro- pia, unos dedos con voluntad y conciencia, unos dedos que no asistían á la santa misa, sino á las tocatas del órgano. Y sucedía alguna vez que los dedos censuraban, se detenían un cuarto de se- gundo, y sólo entonces los ojos y el rostro se apar- taban de la casulla para mirar, sin serle dado con- tenerse, el buen anciano hacia el sitio en que so- naban los arpegios del órgano, como si los repro- charan.

Claro es que no faltó alguien que concluyera por observar la maniobra de aquellas manos y que an- te lo inusitado del caso sintiera el deseo de descifrar el enigma. Desde luego el tecleo permitía su- poner en el viejecito un músico. Sus dedos seguían fielmente á los acordes; más que seguir coincidían con ellos sin vacilaciones; eran unos dedos experi- mentados, del oficio, unos dedos parejos de los que allá arriba en el coro acompañaban á la misa con las melodías augustas brotadas en el instru- mento religioso por excelencia.

Y hubo más: ese alguien asiduo también á la misa concluyó por interpelar al viejecito, animado por su cara de bondad, seguro de ser dispensada su indiscreción y su curiosidad en gracia á empu- jarlas un movimiento de simpático interés.

—Perdone usted la libertad que me tomo; pero ¿es usted músico?—le pregunté un día al viejeci- to ese alguien—Porque he observado la maniobra que usted practica con las manos durante la misa.

El viejecito se sonrió tristemente y replicó, mien- tras bajaba despacioso los dos escalones del um-bral en el que se le hacía la pregunta:

—Sí, señor, soy músico, y hasta hace poco era el organista de esta iglesia. Mis años han exigido que se me jubile, heredando la plaza un nieto mío, y sin poderlo remediar, y como conozco el reperto- rio, mis dedos siguen al órgano, al que están acos- tumbrados. Es un pecado de distracción que pido á Dios que me perdone.

¡Perdón seguramente obtenido por lo que entra- ñaba de ternura, aquel organista retirado acompa- ñando á la misa en una silla!

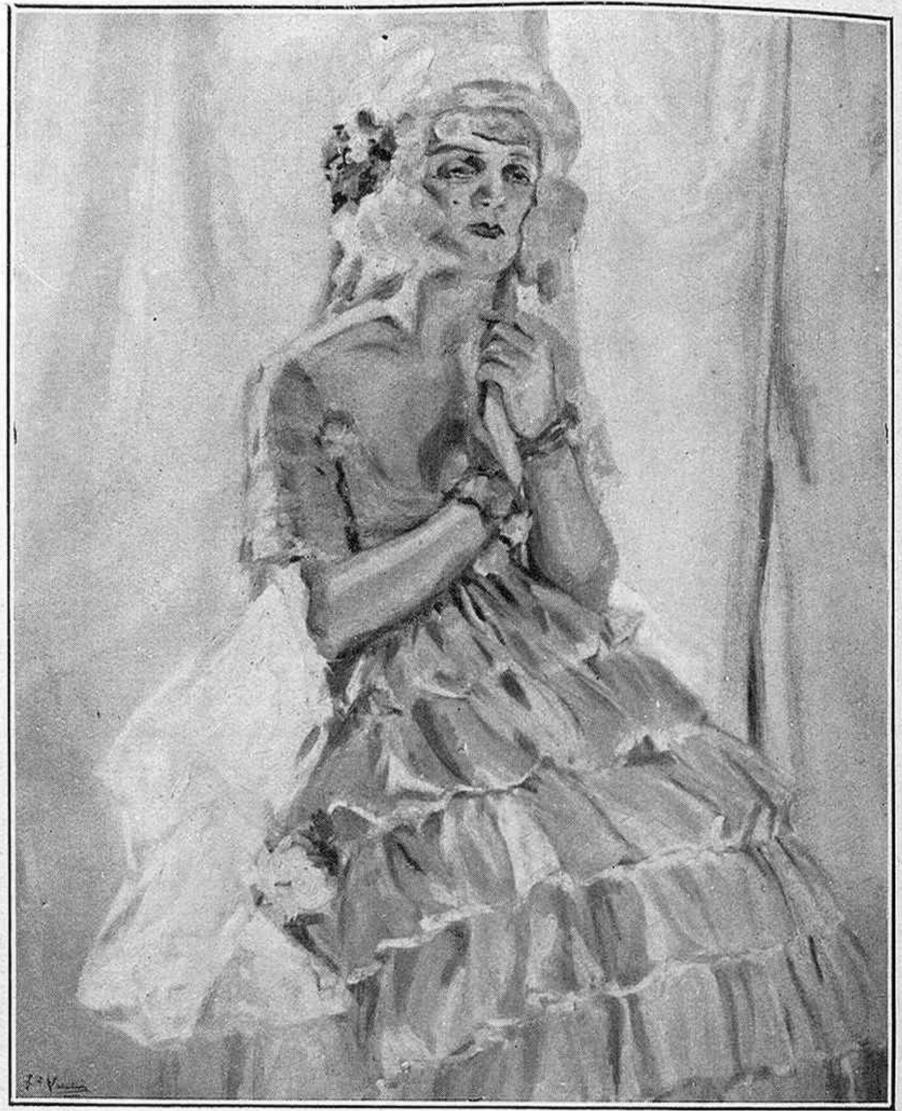
ALFONSO PEREZ NIEVA

DIBUJO DE QUESADA HOYO

EL PINTOR FERNANDO VISCAÍ



"Tocaora"



"La bailarina Corio"

SE suceden durante el invierno con tales profusión y rapidez las exposiciones artísticas, que tanto la crítica como el público no pueden sortear siempre el peligro de que algunas de aquellas le pasen inadvertidas.

O por lo menos que, aun advirtiéndolas, no halla el momento oportuno de comentarlas. No es una lamentación por el exceso de manifestaciones artísticas, porque realmente en este particular no debe sentirse lo que después de todo resulta conveniente. Es el sentimiento de un posible error, de una aparente falta de atención hacia artistas y obras que en otras condiciones serían atendidos con arreglo á sus merecimientos.

El tiempo que conceden el Estado, las entidades artísticas, los dueños de salones dedicados habitualmente á este género de exhibiciones, no suele exceder de quince días. Y ese plazo, dentro de las múltiples solicitudes, de las heterogéneas ocupaciones y distracciones que absorben á un madrileño de hoy es

harto insuficiente para darse cuenta de que nuevos expositores van sucediéndose fatalmente, puntualmente...

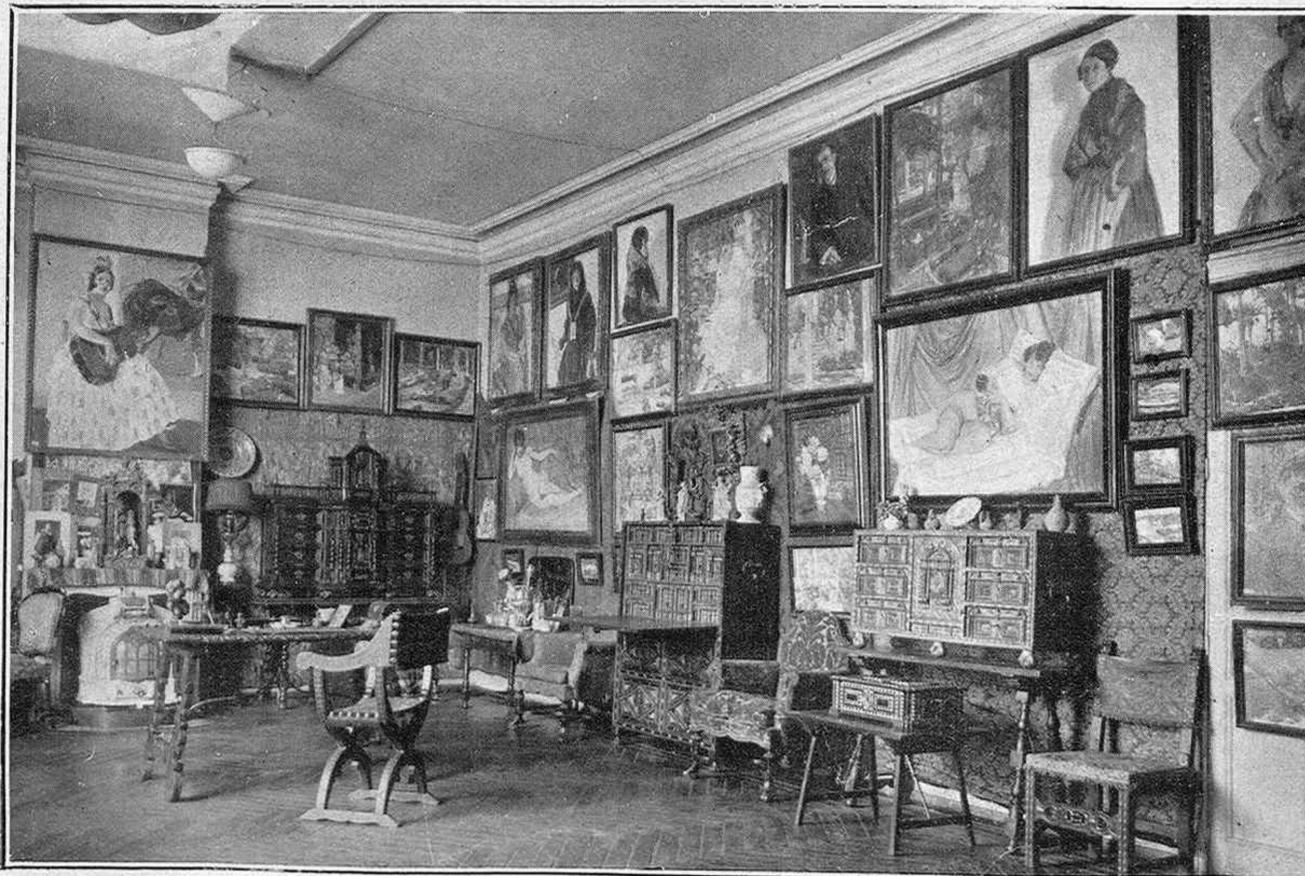
Una de esas exposiciones que pasó algo inadvertida para el público y para la crítica fué la de Fer-

nando Viscaí, hace no muchos meses. Se celebró en el Museo de Arte Moderno. El notable pintor había reunido considerable número de obras, donde su personalidad podía ser estudiada plenamente. De ellas retratos, composiciones, algún paisaje,

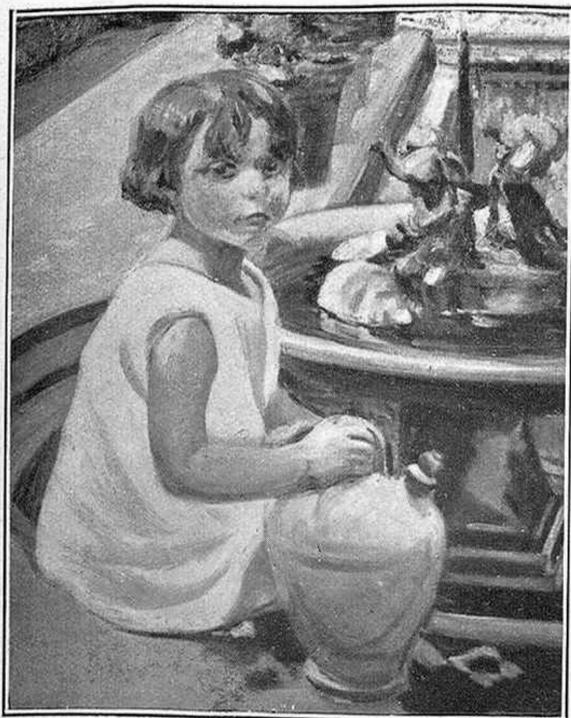
figuras femeninas y asuntos tratados con capacidad decorativista.

El Sr. Viscaí es valenciano. Nació en Valencia el año 1880, y desde muy niño se consagró al dibujo y á la pintura, con esa firme tozudez que señala desde los comienzos la inclinación de un artista.

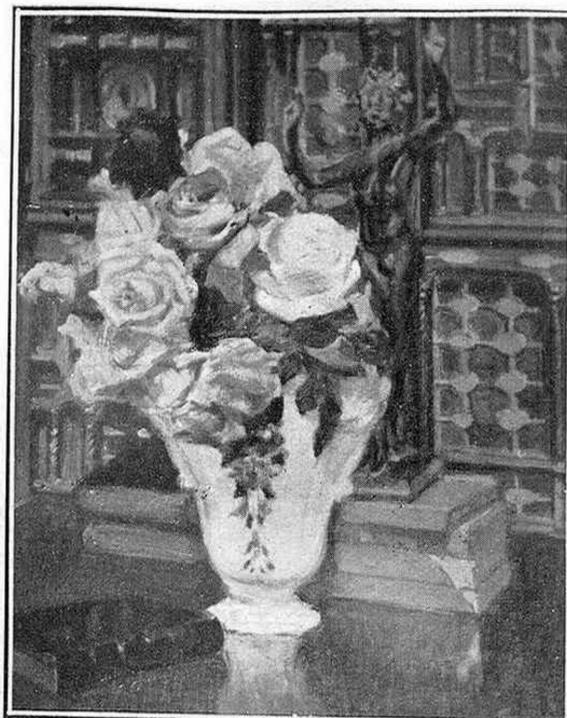
Y decimos esto porque es frecuente engañarse respecto de las disposiciones naturales de los niños para el dibujo. Raro es el que no aparece aficionado á trazar esquemáticas é ingenuas representaciones lineales de los seres y de las cosas que le rodean ó que la fantasía despertada por las primeras lecturas le dictan. Con frecuencia se supone en cada rapaz de los que trazan monigotes sobre toda clase de papeles que puede hallarse en potencia un futuro pintor.



Un aspecto del estudio de Fernando Viscaí



"La niña del botijo"



"Flores y libros"



"Retrato de niña"

Conviene, por lo tanto, aquilatar bien las posibilidades incipientes, los atisbos insinuados en los dibujos infantiles. Porque tan cruel, tan reprobable como torcer ó cercenar una inclinación positiva, es alentar una transitoria afición. De los millares de niños que empiezan á dibujar sólo un número reducidísimo, en una proporción limitada, tienen aquellas condiciones peculiares del futuro artista.

Fernando Viscaí fué de este reducido número. Así pudo verse desde los primeros dibujos la capacidad venidera con un carácter afirmativo. Adolescente, ingresa en el estudio de Joaquín Sorolla.

Ya hemos dicho varias veces, y en un número reciente la última de ellas, cómo Sorolla hizo girar en su órbita estética—técnica más bien—á muchos pintores coterráneos suyos. El período de la madurez en el gran maestro coincidente con el de su cenital gloria, atraía los discípulos, les seducía con un deslumbramiento ideológico semejante al colcrista dimanado de su arte.

Se sabe bien la cantidad y calidad de pintores que han salido del estudio de Sorolla. Muchos adquirieron luego una personalidad concreta, definida, que nada parece deber al sorollismo, sino es el primer principio de amor al aire libre. Otros permanecen obstinados en la trayectoria del maestro valenciano, procurando adoptar á las normas iniciales las renovaciones coetáneas.

El Sr. Viscaí ha sido siempre un fiel adepto de Sorolla. Aprendió en el autor de *Triste herencia* las audacias cromáticas frente al sol y el

mar. Secundó aquella libre interpretación de la figura humana viéndola antes como un tema colorista y luminista que psicológico. Luego también se asemejó á su maestro en la veracidad de los retratos, sacrificando para esto la primitiva embriaguez de la Naturaleza levantina.

Fernando Viscaí pinta alejado de los Certámenes Nacionales, y rara vez expone sus obras. Acaso la exhibición á que aludimos antes sea la segunda que ha hecho en su vida. Pero no por ello deja

de trabajar en el retrato, en el cuadro de género, en la pintura decorativa.

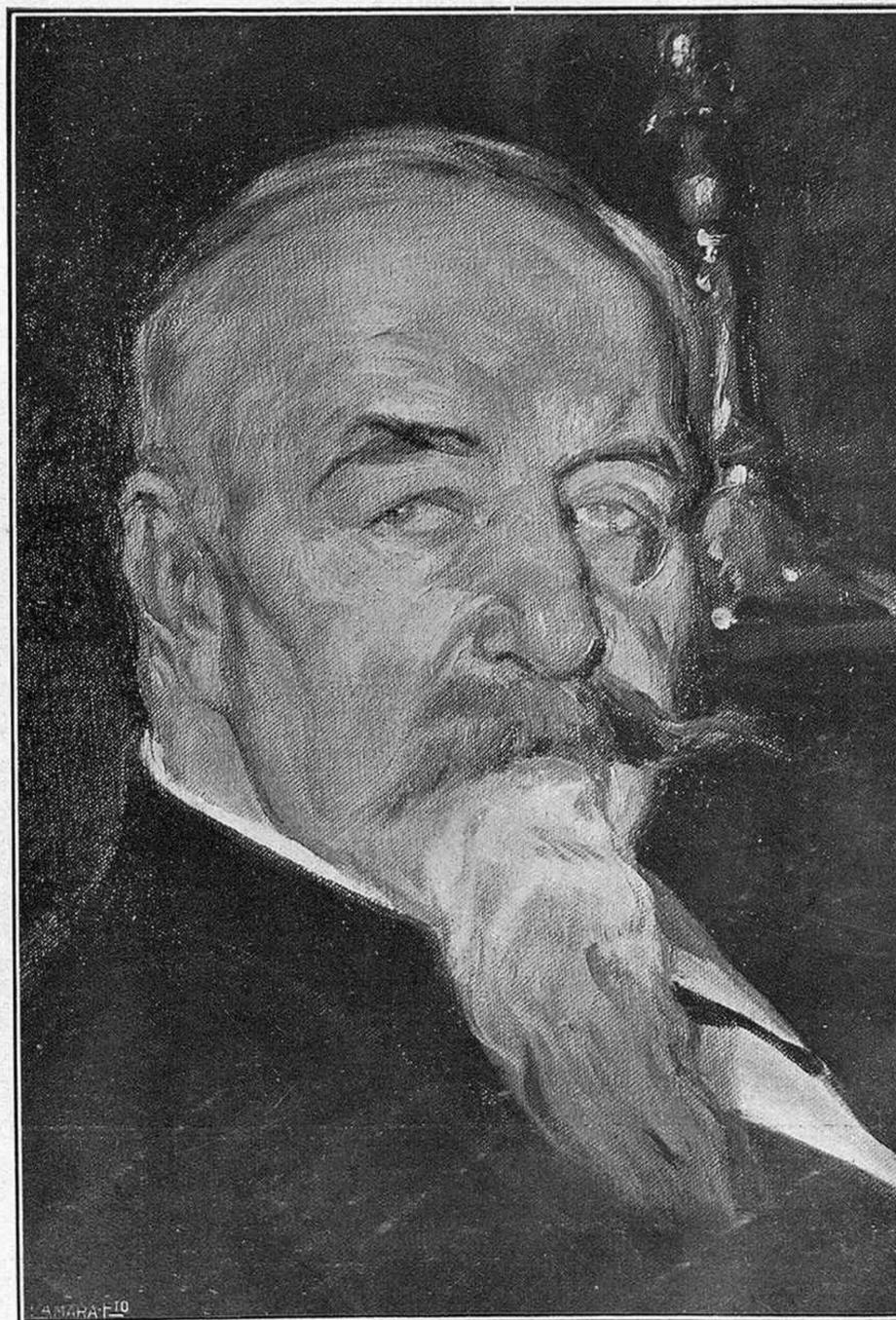
Para esta última posee notables aptitudes, ampliamente demostradas, por ejemplo, en el Teatro Reina Victoria y en alguna otra decoración de edificios públicos.

En el retrato, sin abandonar el estilo brioso, la ejecución rápida, efectista, que le caracteriza, cuida el Sr. Viscaí de dar al modelo su veracidad fisonómica—condición inexcusable—, y aun la más íntima y difícil del espíritu que no suelen lograr muchos pintores.

Como muestras de esta clase de obras suyas, recordemos el que hiciera en otro tiempo á D. Antonio Catena y el reproducido en esta página del insigne repúblico Nicolás Estévez, de aquella inolvidable figura tan española de fines del siglo XIX, con su traza de veterano y su parla pintoresca.

Finalmente debe citarse en la obra total del señor Viscaí su predilección por la figura femenina. Desde las huertanas y labradoras de su Valencia natal hasta las damas aristocráticas ó las mujeres de pecado y escenario, es una extensa teoría de figuras femeninas, interpretadas con visible complacencia, con grata sensación de facilidad y brillante colorido. Acaso este aspecto sea el mejor de cuantos ostenta el arte de Fernando Viscaí.

Es una larga serie de lienzos atrayentes, de gamas claras, de armonías plenas de brillantez, donde la tradicionalidad mediterránea y la fibración sorollista del pintor se ofrecen claramente.



"Retrato de D. Nicolás Estévez"



"Mercedes Fifi"



"Retrato de señora"

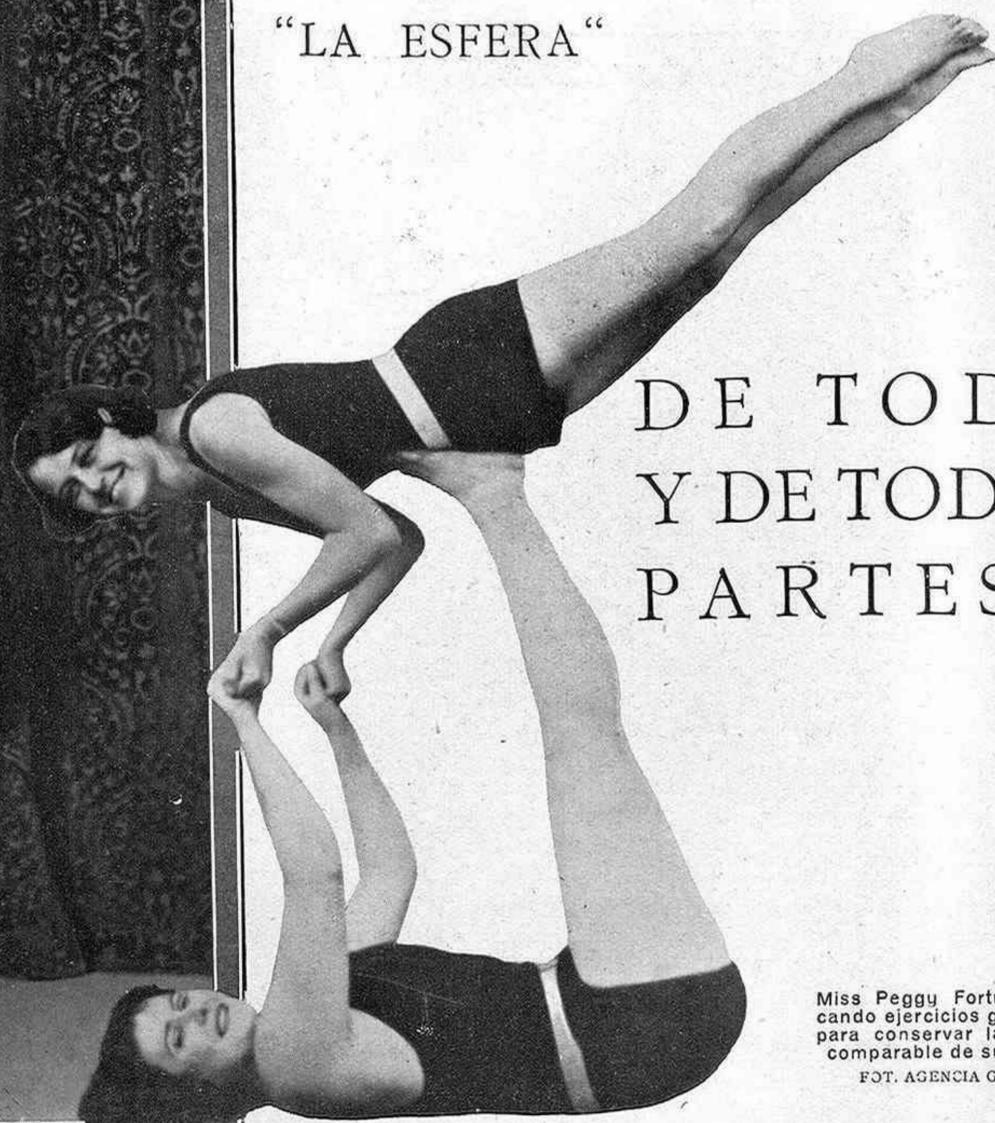
LA PINTURA FLAMENCA EN EL MUSEO DEL PRADO



MELEAGRO Y ATALANTA

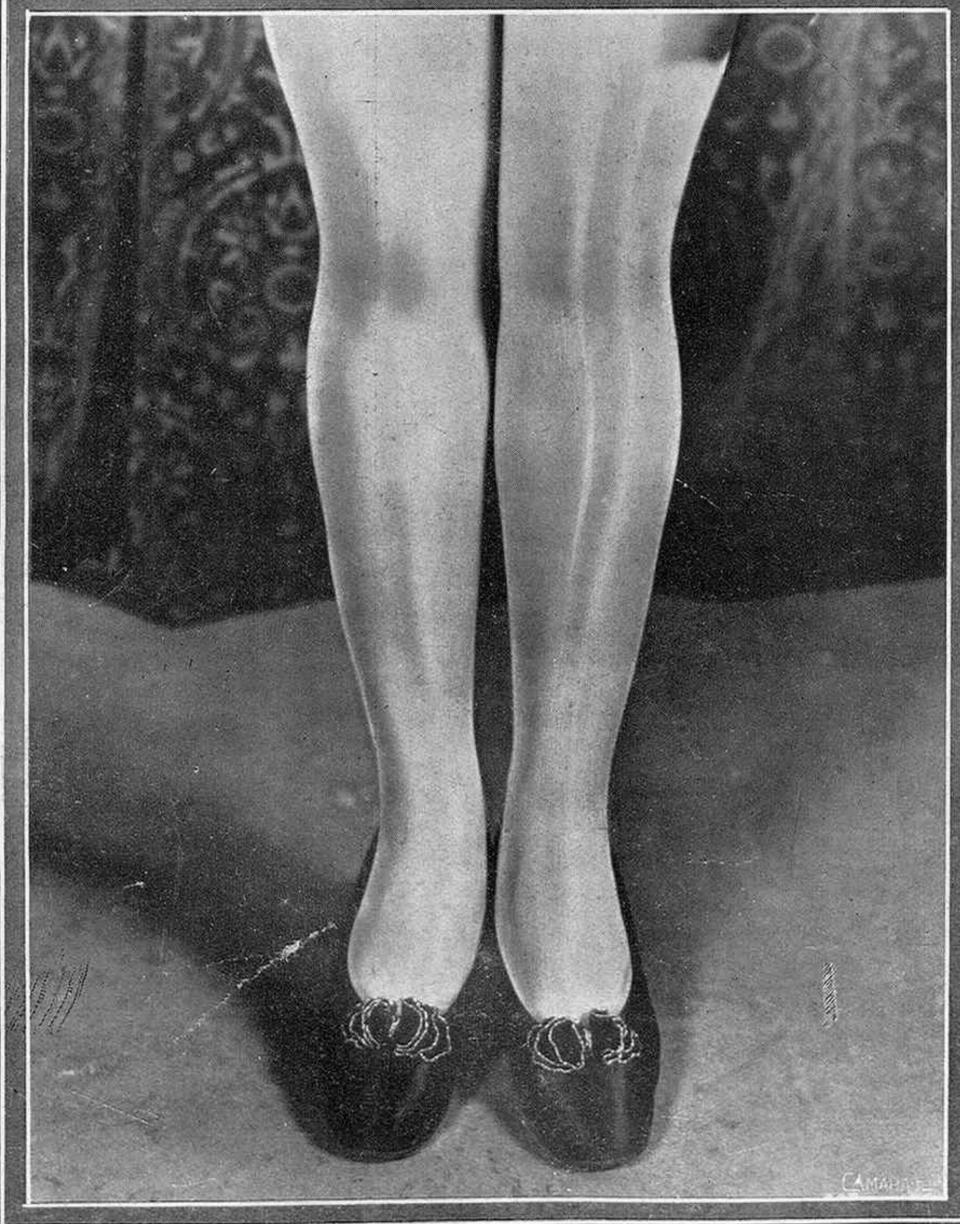
Cuadro original de Jacobo Jordaens, que se conserva en nuestra Pinacoteca Nacional

CRÓNICA DE
"LA ESFERA"



DE TODO
Y DE TODAS
PARTES...

Miss Peggy Fortune practicando ejercicios gimnásticos para conservar la línea incomparable de sus piernas
FOT. AGENCIA GRÁFICA



MISS FORTUNE, SUS PIERNAS Y SU FORTUNA

Miss Peggy Fortune, belleza norteamericana, brilla entre las deslumbrantes stars de la metrópoli del cinematógrafo: Los Angeles...

Miss Peggy Fortune es, pues, una estrella de primera categoría, con luz propia; y esa luz, ese encanto, no tiene su origen en la mirada de miss Peggy, ni en su voz, ni en su cabellera, ni en el esplendor de su busto, ni en la arrogancia de su figura; tiene su origen en la perfección absoluta de las piernas, únicas *in the world*.

Las piernas de miss Peggy no tienen rivales conocidas... Ni Betty Compson, ni Dorothy Dalton, ni Bebe Daniels, ni Pola Negri, ni Pearl White, ni Mary Pickford, ni Agnes Ayres, ni Constanca Talmadge, hermosuras de prestigio universal, pudieron mostrar jamás á los millones de espectadores de la pantalla un prodigio de humana forma comparable con las piernas de miss Peggy Fortune.

Para Ellas, y sólo para Ellas, se imaginan argumentos de *film*; se disponen escenas en que Ellas puedan aparecer con todo el esplendor del gran papel; se combinan decoraciones para especial lucimiento de Ellas, y todos los demás actores, lo mismo en el estudio que en los cuadros al aire libre, quedan relegados á segundo término, cuando no á la condición de figurantes, en cuanto aparecen, cautivando todas las miradas y atrayendo todas las admiraciones como ramas de maravilloso imán, Ellas...

Ellas, las piernas de Peggy, podrían, como la nariz de Cleopatra, cambiar los destinos del mundo si los hombres no hubieran venido muy á menos... Por esto, miss Fortune se contenta con filmar historias cinematográficas, sin pretender intervenir en la Historia, que, por lo demás, ya no tiene héroes...

Mis piernas son mi fortuna..., dice la señorita Peggy; y, para evitar la inesperada ruina, tiene asegurado ese capital por valor de algunos millones... Lo que no sabemos, y sería interesante conocer, son las condiciones impuestas á miss Peggy por las Compañías aseguradoras, para garantizar el buen trato y la debida conservación de tales piernas, que valen mucho más de lo que pesan en oro... Porque aún está reciente el caso de Mistinguett, que al llegar á New-York aseguró también sus piernas en muchos miles de dólares, y al día siguiente, para hacerse un poco de *réclame* á la americana, llevó á cabo una excursión por los tejados del rascacielos en cuyo enésimo piso había encontrado alojamiento.

Arriba: Miss Peggy Fortune, dueña de las piernas más bonitas del mundo

Abajo: Las piernas de miss Peggy, tal como quedan, imborrablemente, en el recuerdo del espectador
FOTS. AGENCIA GRÁFICA

ELEGANCIAS AMBULANTES Ó EL MODERNO «TREN EXPRESO»

Un modisto de Londres ha ideado y puesto en práctica el sistema de publicidad que podríamos llamar de maniqués ambulantes.
La cosa es sencilla.

Media docena de espléndidas muchachas, ataviadas con las últimas «creaciones de la casa», van tomando, día tras día, todos los expresos de lujo que salen de la metrópoli británica. No van iejos las maniqués. Viajan el tiempo necesario para recorrer el tren, de extremo á extremo, despacio. Luego se apean en la primera estación, donde se cruzan el expreso que salió de Londres y el que á Londres vuelve, y repiten en el nuevo convoy la parada; el paseo de exhibición á través de los departamentos y de los salones.

Todo viajero—sin más excepción que el recién casado en plena luna de miel y acompañado por su mujer, sueña al entrar en un vagón con el poema del tren expreso... El poema surge muy rara vez, sin embargo... Por ello, los solitarios y ensoñados que en estos días abandonan la capital de Inglaterra, ó llegan á ella, sienten una emoción muy dulce, la esperanza, al ver entrar en su vagón la media docena de espléndidas y elegantes muchachas... Entre seis mujeres jóvenes y hermosas ¿qué menos puede esperarse que un *flirt*, primera estrofa del amor en todos los países y en todos los tiempos?...

Pero la dulce emoción es breve y fugaz... Las seis reales mozas no se detienen, no se sientan; pasan, lentamente, sin mirar á los ensoñados, sonriendo al techo del vagón tan sólo, y sin más afán que el de hacer valer su «modelo».

El poema se trueca en lamentable prosa; la ilusión no es más que un anuncio; el «tren expreso» no ofrece ya un viaje por la divina ruta de la quimera, y jadea, tiranizado por el imperio abominable y cruel, inhumano y odioso como ninguno, de ese Moloch de nuestro tiempo que se llama Comercio...

CONSTANCIA TALMADGE BUSCA UN HOMBRE

Constancia Talmadge, la gran artista del cinematógrafo y una de las mujeres más hermosas y más ricas— financieramente hablando— del Nuevo Continente, desea casarse, y busca un hombre...

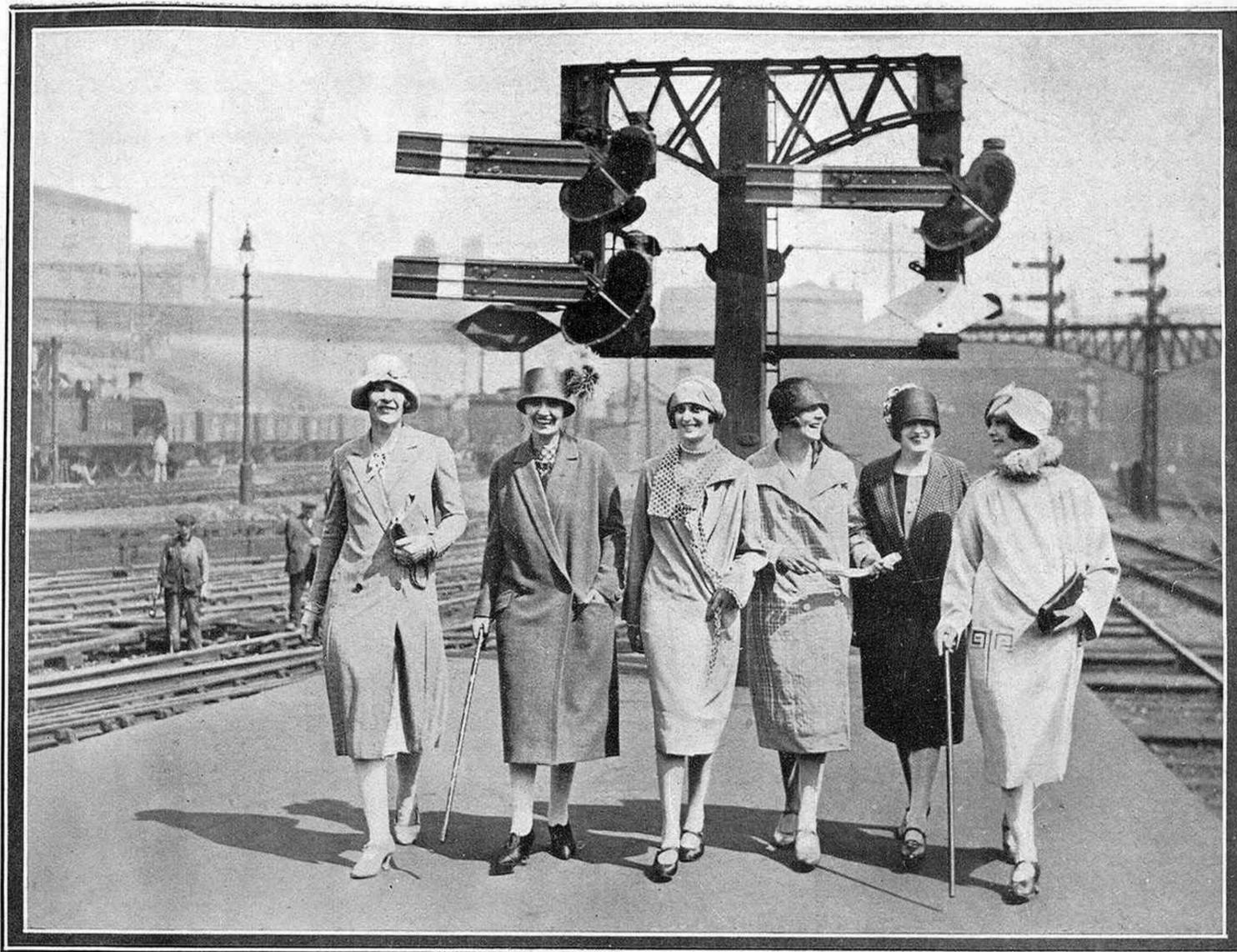
Parece absurdo que sea necesario *buscar*, en tales condiciones; pero todo está muy mal, y el matrimonio peor que todo... Constancia Talmadge ha tenido, pues, que anunciar su propósito, y esta circunstancia nos ha hecho conocer las cualidades y los defectos que son necesarios para agradar á la famosa actriz.

Constancia Talmadge busca un hombre:

Que no use tacones de goma.

Que no use cosmético.

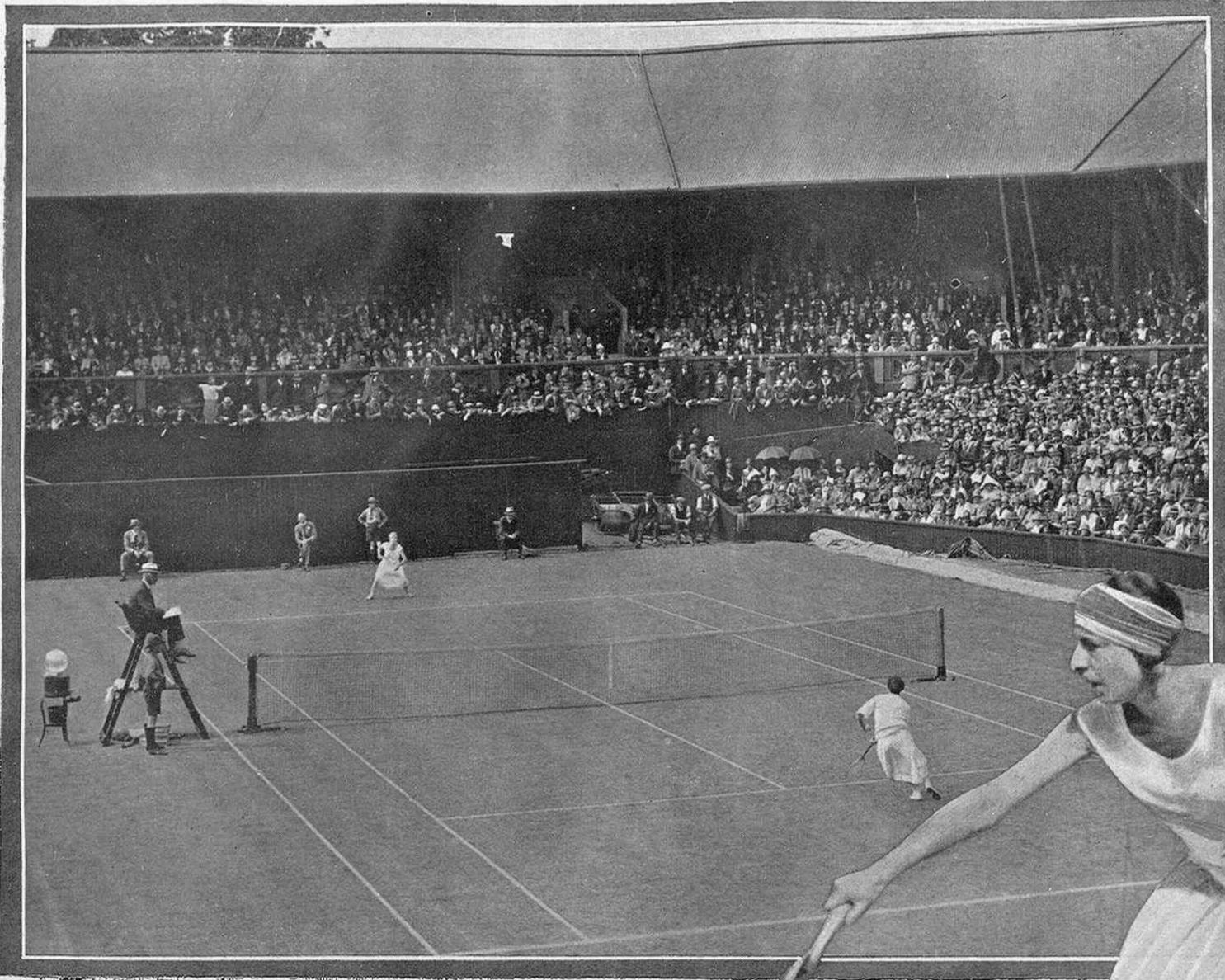
Que no pise á su pareja cuando baile.



Los viajeros que en estos días abandonan la capital de Inglaterra ó llegan á ella, sienten la dulce emoción de la esperanza al ver acercarse á su vagón las seis espléndidas muchachas... Pero el poema se trueca en lamentable prosa: la ilusión no es más que un anuncio... FOTS. AGENCIA GRÁFICA



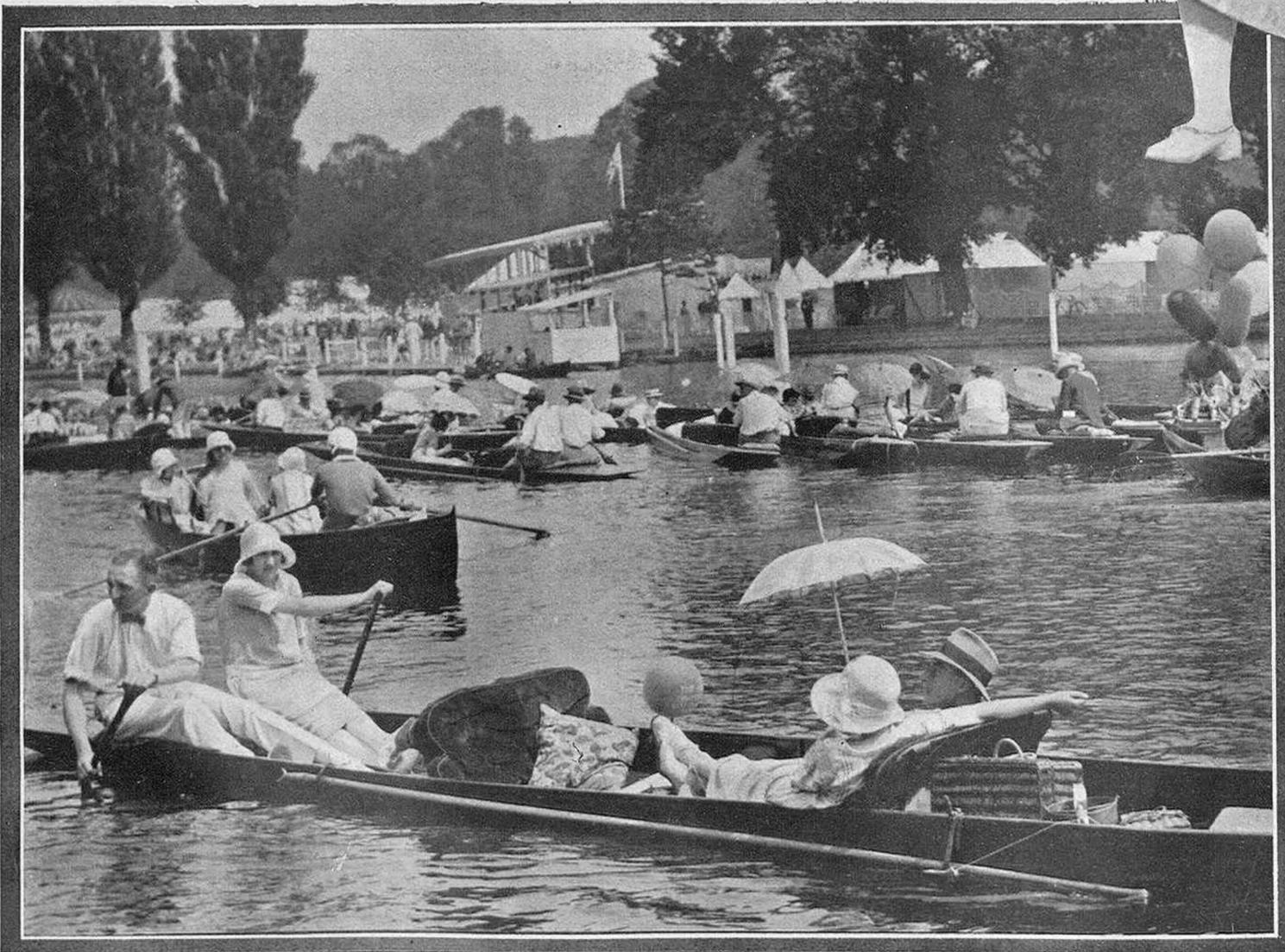
BIENHECHOS DE BIBLIOTECA



El momento más emocionante del torneo internacional de "tennis", en Wimbledon, cerca de Londres. Mlle. Lenglen (al fondo del "court") jugando contra miss Ryan (en primer término) durante la final del campeonato femenino FOT. ORTIZ

Que no tenga un hombre más alto que otro.
 Que no use camisa de sport, escotada.
 Que no se afeite las cejas.
 Que tenga cara de salud.
 Que tenga buen humor y ría todas las gracias de Constanza Talmadge, aunque sean repetidas.
 Que sepa jugar al mah-jong y al poker.
 Que tenga conversación.
 Que sepa montar á caballo.
 Que tenga afición á la música.
 Que sepa llevar bien el frac, aunque no le haya pagado.
 Que atienda á todos los caprichos de su mujer.
 Las pretensiones de Constanza Talmadge no son exageradas, y aun lo parecen menos teniendo en cuenta sus méritos...
 ¿Dónde está, pues, el hombre dispuesto á ha-

Susana y Lenglen jugando en Wimbledon FOT. ORTIZ



Sportmen y sportwomen ingleses asistiendo á las célebres regatas de Henley FOT. AGENCIA GRÁFICA

cer la dicha de Constanza Talmadge?

EL REY Y EL CIUDADANO

El rey Jorge de Inglaterra acababa de asistir á un match de tennis en Wimbledon, y había estrechado la mano descarnada y ágil de Susana Lenglen, cuando un espectador, seguido de un niño, se acercó á él y le dijo:
 —Yo soy americano...
 ¿Quiere usted dar la mano á un americano, Rey?...
 Jorge V accedió al deseo del yanqui, pero éste no se dió por satisfecho, y añadió:
 —Ahora, ¿quiere usted dar la mano á mi hijo, Rey?...
 El Soberano inglés extremó su condescendencia y dió la mano al chiquillo. Entonces el americano concluyó:
 —Así vale la pena de viajar... Desde que estamos en Europa hemos estrechado la mano de dos reyes...



Julia Faye, la "star" cinematográfica norteamericana, se baña en el mar con un traje que no puede ser más de circunstancia, decorado con "temas" de redes, algas, peces y demás elementos marinos. Claro está que este traje no se debe al "ingenio" de un modisto, sino al gusto personal y al talento decorativo de miss Faye

FOT. PARAMOUNT

—¿Cuál fué el otro?—preguntó Jorge V, sonriendo...

—El otro fué el rey del boxeo, Jack Dempsey, á quien encontramos en París...—respondió el americano.

El Rey de Inglaterra, gran deportista, no dejó, por ello de sonreír.

LA HISTORIA DE UN DIVORCIO EN DOS MIL SEISCIENTAS DIEZ PÁGINAS

Los periódicos andan mal de original desde que

la censura esgrime el lápiz rojo... Del otro lado del Atlántico se les ofrece ahora un asunto curioso y extenso, que no ha de causar alarmas políticas á los censores. Se trata de la solicitud de divorcio presentada al juez competente de Filadelfia por Mr. Joseph Gabriel, marido descontento, que ha necesitado de 2.610 folios para dar cuenta de los defectos, las ligerezas y las extravagancias de su mujer.

Al recibir semejante escrito, el magistrado creyó deber protestar:

—Carlyle—dijo—ha escrito en ochocientas pá-

ginas toda la historia de la Revolución francesa. Otro autor ha consignado en dos volúmenes de cuatrocientas páginas cada uno todos los excesos de Mesalina y de Lucrecia Borgia. No creo que las ligerezas y los excesos de la señora Frieda Gabriel necesiten de más espacio que Mesalina, Lucrecia Borgia y la Revolución francesa, reunidas...

El señor J. Gabriel tendrá que hacer un resumen de sus indignaciones. Por ello el texto completo y sugestivo queda á la disposición de los editores.

MAX BLAY



El Bósforo visto desde la orilla de Asia

¿CONSTANTINOPLA, STAMBUL Ó ISLAMBUL?

Después de Leningrado y de Oslo aparece Islambul. Después del nacionalismo ruso y del noruego aparece el nacionalismo turco en cosa que podrá parecer superficial, pero que no deja de tener su importancia como signo. Los bolcheviques antes de hacer de Petersburgo la ciudad de Leningrad habían cambiado la forma alemana del nombre por la forma eslava: Petersburgo por Petrogrado. Los noruegos no quisieron perpetuar en el nombre de su capital una época de opresión. Los turcos ahora quieren acabar hasta con el concepto histórico de Constantinopla. Si el lector tiene que enviar una carta a algún amigo de Constantinopla, hará bien en no poner esa dirección en el sobre, sino Stambul. La Administración de Correos turca ha desuelto ya muchas cartas con esta nota: "¿Constantinopla? Ciudad desconocida."

ESAS viejas estampas, litografías de lápiz francesas, como tantas otras que inundaron el mundo a mediados del siglo XIX, recuerdan lo que era el Bósforo, cuando todavía no había aparecido entre Asia y Europa la ambición patriótica de los «Jóvenes Turcos». Era la época de opresión y de tiranía sorda, bajo el régimen de los sultanes. Era también antes de la guerra rusoturca, sostenida tan tenazmente. La página de Plewna, asegurando el prestigio militar del ejército turco, afirmó también el régimen antiguo. Hacía falta la guerra grande que lo ha cambiado todo para que se viniera abajo lo antiguo y resucitara el famoso «hombre enfermo». El turco está otra vez en pie y, sin duda por afirmar su posesión de ese pedazo de Europa que tantas veces ha visto en peligro, quiere nacionalizar hasta el nombre de la capital.

La vieja *Byzancio* acabó al llegar ellos, y comenzó *Stambul*. Pero *Stambul* tampoco es completamente turco. La palabra es corrupción del

griego dórico, que significa ciudad de la fe; pero más bien deberían decir *Islambul*. Probablemente esta forma, mucho más expresiva, será la que ahora triunfe: la ciudad del Islam.

Con uno u otro nombre, Constantinopla, *Byzancio*, *Stambul* ó *Islambul*, es siempre una ciudad que ocupa uno de los lugares más maravillosos del mundo. Está construida en anfiteatro sobre siete colinas—como Roma—, á orillas del Bósforo, el canal que une los dos mares. En la época que recuerdan esas láminas, Constantinopla formaba un triángulo, cuyo vértice, ocupado por el Serrallo, estaba entre el puerto, el Bósforo y el mar de Mármara.

El Serrallo era un amontonamiento confuso de palacios, pabellones y jardines; la mezquita de Santa Sofía,alzada por Justiniano, destacaba entre viejos y miserables edificios. Por el lado del mar de Mármara los arrabales de la ciudad terminaban en el desmantelado castillo de las Siete Torres. Por

el lado del puerto se mantenían las antiguas murallas, hasta el castillo de Blanqueima. Y del otro lado, hacia el interior, había una triple muralla muy pintoresca, con sus piedras ruinosas y su hiedra, pero completamente inútil para la defensa. El aspecto de Constantinopla era admirable del lado del mar, del Bósforo y del puerto; pero sus calles eran estrechas, sucias, malolientes, con casas pequeñas y feas. Los perros vagabundos de Constantinopla han llegado con su mala fama á los cuaderos de notas de todos los viajeros durante algunos siglos. Entonces Galata, al pie de las colinas, surtía de leche á la ciudad. Pero estaba rodeada de murallas y fosos. Al acabar el Cuerno de Oro—es decir, el brazo del Bósforo—en el barrio de Eyub, podía verse aún al nuevo Sultán cuando llegaba á la Gran Mezquita para ceñir el sable de los Osmanlis. Más allá empezaba el verde valle de Aguas-Dulces, el paseo más frecuentado de Constantinopla.

Peró por mucho que le haya transformado el paso de tres cuartos de siglo, las grandes líneas son las mismas. En vez de esos barcos de vela, limpios y esbeltos, pasan ahora los vapores, que manchan de humo el incomparable cielo del Bósforo. Lo pintoresco, sin embargo, no ha desaparecido. Puede decirse que se ha depurado y se ha limpiado un poco. Realmente, esta última modificación, aunque le haya quitado carácter, le estaba haciendo mucha falta á la ciudad del Islam.

Por un momento—quizá en la hora más difícil de la guerra europea, cuando los turcos reforzaban su famosa línea de Lalla-Burgas—pudo creerse que la limpieza definitiva de la orilla europea del Bósforo iba á realizarse expulsando á los turcos á la otra orilla. Pero los turcos se han obstinado valerosamente en permanecer y en hacer ellos su propia reforma. Téngase en cuenta que antes de 1898 había empezado ya el movimiento de los «Jóvenes Turcos», y que su primer trabajo fué el de dar un ideal nuevo á los intelectuales, para que éstos consiguieran caldear el ánimo del pueblo.

Desde el primer día se inició este movimiento con marcado carácter nacionalista. «El pueblo osmanli, que sabe batirse, y si es preciso muere combatiendo, quiere vivir.» Comenzó por destronar á los tiranos del Yildiz; acabó luego con los otros. «Nos inspiramos—decían en sus propagandas los amigos de Kemal bajá—en la historia gloriosa de nuestros antepasados y resucitaremos todo el esplendor, toda la magnificencia de nuestro viejo pue-

blo. Probaremos al mundo que el turco no ha perdido su valor y que tiene todavía un alma, un orgullo nacional. Nuestra raza vivirá con sus virtudes y su honor. Y si nosotros sucumbimos, nuestros descendientes sabrán realizar nuestro ideal. Nosotros somos pasajeros y débiles; pero nuestra raza es eterna y todopoderosa.»

Los últimos acontecimientos, á partir de la encarnizada resistencia de los Dardanelos, donde se estrellaron ingleses y franceses, con todos sus auxiliares y colaboradores, ha demostrado que, en efecto, Turquía puede vivir. Su victoria sobre Grecia y su transformación política interior—incluso la reforma de costumbres, que eran como obstáculos y ataduras para el libre desenvolvimiento de su vida de relación—han ayudado á realizar el programa de los «Jóvenes Turcos». Pero hasta llegar al buen camino, ¿cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios!

Los escritores, los universitarios, los poetas, fueron los primeros en dar el impulso. «Nada peor—decían, siguiendo á los pensadores europeos de Occidente, desde Nietzsche y Sobineau, hasta Bergson y Fouillée—, nada peor para un pueblo que la auto-sugestión de su decadencia; á fuerza de repetirse que cae, acaba por darse á sí mismo el vértigo y por caer. Como en el campo de batalla la persuasión de la derrota trae seguramente la derrota, así el desánimo nacional arrebata á los caracteres su resorte, de manera semejante á la obsesión del suicidio. Creyendo en frases absurdas, como «fin de raza»

«fin de pueblo», se confunde la impotencia individual con el destino que pesa sobre todo un pueblo, y que llega á tomar el aspecto de una fatalidad física. «En realidad, esa fatalidad no existe.»

Los poetas ayudaban también: «¡Oh, Turcos! ¡Oh, juventud turca! ¡Levántate, si no quieres hundirte para siempre con tu glorioso pasado! Unidos, hijos de los Turcos, ó desapareceréis. Sólo un pueblo egoísta tiene derecho á la vida. Considera el estado lamentable de tu patria, joven patriota. Está despedazada, repartida entre sus enemigos, ¡y tú duermes aún!

¡Ay! ¡Quién podía imaginar que el país de los grandes conquistadores vendría á ser presa de las bestias feroces! ¡Quién podría imaginar que el Turco, el glorioso triunfador, sería condenado á languidecer miserablemente en un sombrío rincón de Anatolia!

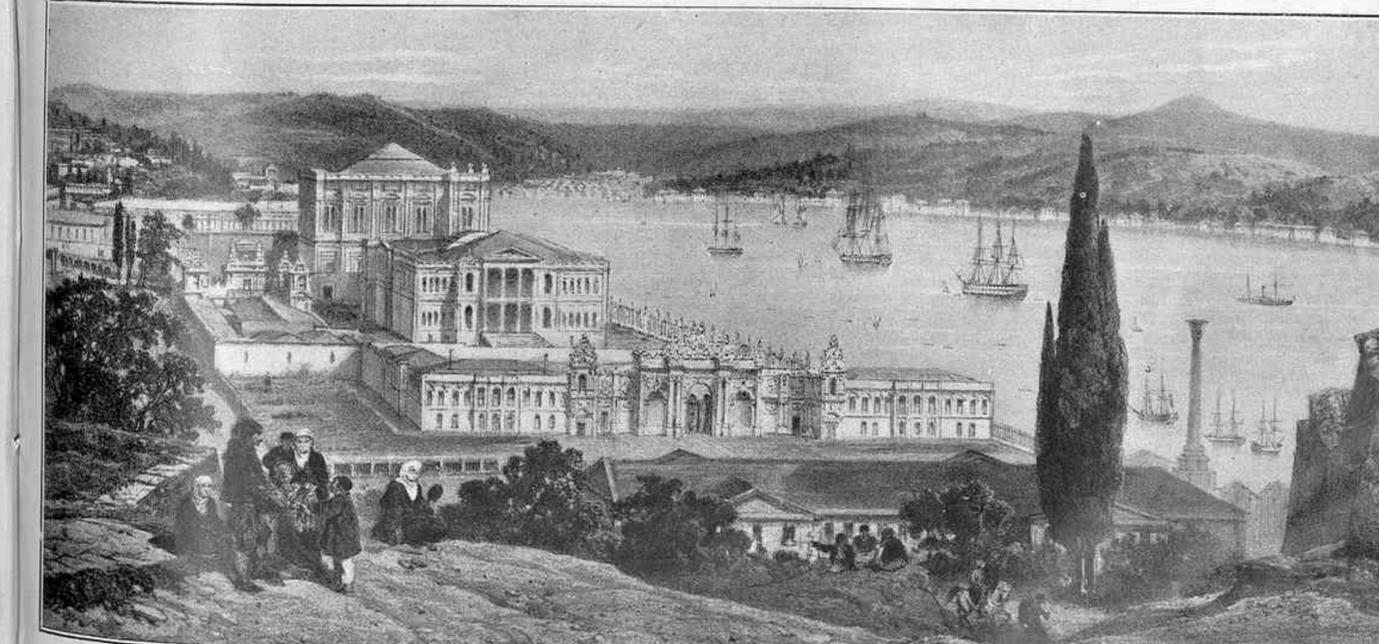
Mira á ese pobre campesino turco, al verdadero turco. No tiene bienes. No tiene sino su alma. Y la ofrece de buen grado, sobre el altar de la nación. ¡Imítale, oh, Joven Turco! ¡Llévas en tus manos la muerte de tu pueblo!

Esta poesía de Mahomed Emín, como otras muchas del mismo género y como la entusiasta obra literaria, política, social y científica de los «Jóvenes Turcos», ha levantado el espíritu de Turquía, nación que bien puede permitirse la inocente demostración nacionalista de poner *Stambul* donde antes se dijo Constantinopla.

A. DE TORMES



Vista panorámica de Constantinopla



El antiguo Palacio del Sultán



LAS INFANTAS NIÑAS Y EL PALACIO VIEJO



Interesante cuadro, propiedad del Convento de las Descalzas Reales, en el que aparece la vista más antigua que se conserva del Alcázar de Madrid (1570)
FOT. MORENO

MUSEO curioso y valiosísimo es el que constituye el acervo artístico que en pintura, imaginaria, orfebrería y telas preciosas guarda en su clausura el Monasterio Real de Clarisas de Nuestra Señora de la Consolación, vulgarmente conocido por el de las Descalzas Reales. De este histórico convento madrileño ha podido sacar la Sociedad de Amigos del Arte, para la Exposición de retratos de niño que ha celebrado últimamente, este lienzo á que vamos á referirnos, que con otros dos sólo se ha conseguido su temporal salida y pública exhibición, después de laboriosa solicitud para decidir la cual ha sido menester hasta el requisito de una licencia expedida de Roma.

Recuerdan, sin duda, las franciscas descalzas que hubieron de perder la maravillosa *Anunciación*, de fray Angélico, que de ese convento salió por empeño del Rey Don Francisco de Asís, y á cambio de la cual regaló un cuadro D. Federico de Madrazo. Bien que ello ha sido en beneficio del Museo del Prado, donde se ofrece á la contemplación de todos aquella obra del beato pintor.

Harto deteriorado y desvaído se halla el cuadro de que tratamos, cuyo tema principal es el retrato de las Infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, hijas de Felipe II y de su tercera mujer Isabel de Valois. Las niñas representan una edad de tres á cuatro años la primera y de dos á tres su hermana, pues la futura duquesa de Saboya aparece sujeta al sustento de una pollera, máquina solamente empleada para criaturas de cortísima edad.

No existían entonces modelos de trajes propiamente infantiles, y así los que vestían los niños se diferenciaban sólo en el tamaño, que no en la traza, de los que usaban las personas mayores.

Así aparecen estas Infantas ataviadas como damas diminutas, opresas y agobiadas por los pesados trajes, que entorpecerían sus movimientos y esclavizaban sus miembros. Las abrumadas y las ahogadas las escaroladas cuellos. En el fondo, á la izquierda de la que fué hija predilecta y único tierno amor del severo Monarca, ábrese un ventanal, desde el que se ve la principal fachada del alcázar de Madrid. He aquí una nota interesantísima del lienzo. Es seguramente esa la primera vez que el pincel da un traslado de aquel edificio y le representa en plena época de su transformación. Isabel Clara nació en Valsain el 12 de Agosto de 1566. El cuadro, por lo tanto, nos dice cómo era en 1570 el palacio viejo.

El sombrío palacio que en aquellos días en que trágicos dolores habían cruzado por sus solemnes aposentos no había visto sonreír la gracia más que en la presencia de estas niñas, que fueron la sola sucesión femenina de Don Felipe. Las primeras risas de Isabel y los primeros balbuceos de Catalina eran la única promesa de optimismo y realidad feliz en los días de 1568 cuando moría preso en el mismo alcázar el Príncipe Don Carlos y cuatro meses después la madre de estas niñas, la gentil Isabel de la Paz.

En 1570 Felipe II contrae su cuarto matrimonio, enlazándose con su sobrina carnal, Doña Ana de Austria, que había sido prometida del Príncipe Don Carlos y del Rey de Francia. Faltan todavía once años para que la madre de la nueva Reina, la Emperatriz Doña María, venga á residir en las Descalzas Reales, de cuya Comunidad será ejemplar figura otra hija suya: en el claustro, sor Margarita de la Cruz.

Y el año de la última boda del Rey prudente cúmplense dos desde que Isabel de Valois yace enterrada en las Descalzas, pues hasta 1573 no se verifica su traslado á El Escorial. He ahí lo que puede ser el motivo sentimental de que las egregias clarisas quisieran poseer estos retratos de las infantinas. Otra esposa tomaba el Rey, la esperanza de nuevos Príncipes surgía y las monjas quisieron tal vez fijar en aquellos momentos las efigies de aquellas niñas cuya madre reposaba entre los muros conventuales de las Descalzas, aquellas Princesitas, alguna de las cuales pudo llegar á ceñir la corona de dos mundos.

Y ahí están con el alcázar á sus espaldas y lejos. Por el momento, si el Rey muere, Isabel Clara será la legítima heredera del más opulento y dilatado imperio. Si ella perece entonces la vacilante Catalina cambiará por la pollera el Trono. Pero una descendencia varonil llega con la nueva Soberana. Nacen D. Fernando, D. Carlos Lorenzo y don Diego, que son jurados Príncipes; pero mueren precozmente, y al fin D. Felipe, que ha de ser el tercero de los de su nombre. Sin embargo, Isabel Clara, después de haber tenido como candidatos á su mano al duque de Anjou, Francisco Hércules, el más pequeño de los últimos Valois, que murió antes que Enrique III; al Rey Don Sebastián de Portugal, á Rodolfo II de Austria y á Enrique de Navarra, que fué IV de Francia, casó con el archiduque Alberto y fué gobernadora de Flandes, donde rigió como soberana. Y Catalina Micaela, casada con Carlos Manuel de Saboya, tuvo copiosa prole, y desciende de ella el actual Rey de Italia. Por lo que se ve que si al abolengo quería atenderse no tenían razón las damas españolistas

que cerraron contra Don Amadeo de Saboya, quien contaba como abuelo al propio Felipe II, más antiguo en estirpe que la hija de Felipe IV, casada con Luis XIV.

Sánchez Coello y Pantoja de la Cruz fueron los pintores de la juventud de esas Infantas. Isabel Clara, protectora de las artes, vióse luego retratada por la mayor parte de los grandes pintores de su tiempo, entre ellos Rubens y Van Dyck, el que la copió en sus últimos años. De Catalina Micaela se supone que es trasunto la misteriosa imagen de la *Dama del armiño*, pintada por el Greco. Y de todos esos retratos ese de las Descalzas, el primero, sin duda, de aquellas Princesas, ofrece el encanto de su gracia inocente ajena á las ambiciones y á las amarguras y el interés de recordar cómo las dos niñas sobre cuyas candidas frentes podía pesar la corona de las Españas, aparecen ya teniendo el alcázar de la Corte de dos mundos á espaldas de ellas y lejano.

Detalle importante del cuadro es, como ya se ha dicho, la vista del palacio viejo. De esa época existe en Viena otra pintada por Juan de las Viñas. En el ángulo Suroeste aparece la torre dorada ó del Rey, y comenzada á construir en tiempo de Carlos V y terminada en el de Felipe II, y en la que el Monarca tenía sus aposentos de invierno. A la derecha de ella se ve el arranque de una tapia, que era la que limitaba el jardín del Rey, porque á la italiana, privado del Monarca, en el que había estatuas y templetas, unas cuadas con pinturas del Tiziano, y un pasadizo secreto ornado de azulejos y adosado con estatuas, por el que se bajaba al Parque de Palacio, ó Campo del Moro, y la Casa de Campo, que en 1562 había comprado el Rey á los herederos de los Vargas. En una de las cuadas ya referidas, y con lo que no se quiere indicar albergue de cabalgaduras, sino salas espaciosas, colocó Felipe II la mesa de jaspe que San Pío V le envió como presente por la victoria de Lepanto, acaecida en 1571, mesa preciosísima que se conserva en el Museo del Prado.

Tiene en esa pintura ya sus tres puertas el alcázar, y entre las laterales y la principal ostenta el edificio dos cuerpos salientes. Al lado de Oriente hay una fachada cuyo balconaje y galería superior siguen la traza de la parte meridional, y una tapia se extiende á la derecha de ese lado, en el lugar donde en tiempo de Felipe III fué construída la torre de la Reina, á cuyos gastos de construcción ayudó la Villa de Madrid, que creó una sisa para esas atenciones de la ampliación del palacio.

Por efecto de la perspectiva aparece detrás del segundo cuerpo saliente la espadaña de la capilla con la campana y la cruz. Capilla que después de terminado el alcázar vino á quedar casi en el centro del edificio, entre los dos patios principales. Delante del palacio, en lo que entonces se llamaba Campo del Rey y ahora es plaza de la Armería, representa el pintor escenas pintorescas. Algunos soldados, arcabuz al hombro, entran por la puerta principal. Es acaso un relevo de la guardia, como si dijéramos hoy día la parada. Un caballero, jinete en corcel engualdrapado, se dirige á la regia mansión precedido y escoltado de servidumbre á pie. Un coche que puede recordarnos al de la vizcaína del *Quijote*. Y una cabalgadura que acaba de descabalar á su jinete, castigando al aire con

un ágil par de coces, probablemente en señal de protesta por no haber sido conducido al abrevadero que se divisa al lado delante de la tercera puerta, formado por uno ó más de un tronco hueco, y que sostienen pilarillos de piedra.

Por la puerta inmediata á la torre dorada se ven penetrar dos hombres portando una viga. Las obras del alcázar prosiguen. Existe otra vista del mismo, que es la que se reproduce en la rara edición de *Le passetemps de Jean Lharnite*, curiosas memorias de aquella época, en que reproduce esa fachada en 1596, con motivo de una fiesta acrobática que dieron los gimnastas llamados Buratines, uno de los cuales se arrojaba por una cuerda desde la galería alta del segundo cuerpo saliente. La Inquisición prendió á los titiriteros por suponer que tenían pacto con el demonio, quienes se arriesgaban á ejercicios tales, y en poco estuvo que no pagaran caras sus habilidades funambulésicas. En esta otra vista ya aparece casi concluído otro cuerpo de edificio que sobresale de la fachada oriental, y que en el dibujo del plano de Texeira, al siglo siguiente, queda detrás de la Torre de la Reina, que en tiempo de Felipe II, cuando ya habían desaparecido esos dos cuerpos salientes que afean durante el siglo XVI la fachada principal, carecía todavía de chapitel. Este le fué puesto durante la regencia de Doña Mariana de Austria por D. Fernando de Valenzuela, quien condujo al frontispicio de aquella fachada para cuya coronación situó presidiéndola la admirable estatua de Felipe IV, que estaba en el Retiro, y ahora se halla en la plaza de Oriente. Poco duró en aquella altura esa hermosa obra de arte, pues no tardó en ordenar su descenso Don Juan de Austria el Chico, cuando alcanzó el poder, y en poco estuvo que para deshacer cuanto hizo el favorito caído no volvió á dejar sin nombre la Torre de la Reina.

La vista del alcázar en el cuadro de las Descalzas nos ofrece la transformación, todavía solamente iniciada, del antiguo castillo, la atalaya romana y moruna. La fortaleza que aseguró Alfonso VI y reedificó Don Pedro I, en cuyo reinado tuvo que hacer valer su utilidad castrense en las luchas contra Don Enrique de Trastámara. Consta que León V de Armenia, á quien Don Juan I concedió en un rasgo caballeresco el señorío de Madrid, reconstruyó las torres del Alcázar, donde se cree que habitó. Allí habitaron y dieron fiestas solemnes Don Juan II y Enrique IV, quien celebró la famosa de toros en el Campo del Rey, que dió ocasión al episodio del chapín de la reina azotando la glaucas carnes de doña Guiomar. Y en los días de las Comunidades, el alcázar volvió á ser castillo que tomaron los comuneros después de una brava defensa de doña María Lago, la mujer del alcaide, que peleaba por el Emperador.

No todos los Monarcas habían residido en el alcázar. El palacio que se hallaba donde luego fué edificado precisamente el convento de las Descalzas Reales; las casas de los Lasso de Castilla en la plazuela de la Paja, y las de Vozmediano, frente á Santa María, donde luego se alzó el palacio de Uceda, hoy de los Consejos, sirvieron de aposentamiento á los Reyes cuando posaban en Madrid. En esas últimas vivió Carlos V, cuando rendido á los encantos de esta villa, determinó que al alcázar comenzase á ser dispuesto como pala-

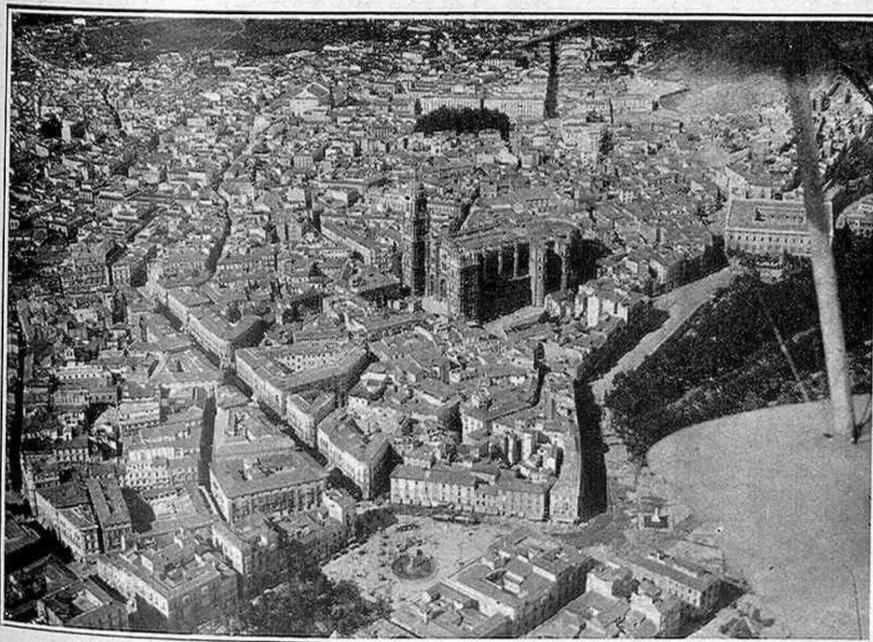
cio adecuado para la residencia de los Soberanos.

Y así empezó á ser transformada la antigua ciudadela. La que había sido más de una vez prisión de estado. Como cuando Don Juan II puso preso en ella al Infante D. Enrique de Aragón, que tuvo por cárcel una torre que estaba sobre la puerta del alcázar, detalle que nos da una idea de ese edificio á fines de la Edad Media, y allí permaneció hasta que fué llevado al castillo de Mora, donde estaba preso D. Jaime, conde de Urgel, por orden del Rey don Fernando de Aragón, y al conde le mandaron traer al alcázar de Madrid. A Garci Fernández, que luego fué conde de Castañeda, pusieronle preso como cómplice del Infante en otra torre dentro del alcázar, que caía á la parte del campo. Don Enrique IV prendió aquí mismo al propio alcaide del alcázar, Pedro Munzanes, llamado Perucho, de quien se sabía cierta la parcialidad á favor del Infante D. Alfonso, y en tiempo de los Reyes Católicos, el año 1502, Gonzalo de Córdoba mandó prisionero á Madrid al duque de Calabria, D. Fernando, hijo del Rey Don Fadrique de Nápoles. Más conocida es la prisión en el mismo edificio del Rey de Francia Francisco I, quien en recuerdo de ella hizo construir en París y en el Bosque de Bolonia, un trasunto de aquél, que se conservó hasta fines del siglo XVIII, y se llamaba «Chateau de Madrid».

Ya nos aproximamos al palacio tal como aparece en el cuadro de las Descalzas. El 7 de Mayo de 1561, nueve años de la pintura de ese lienzo, Felipe II escribía desde Toledo á su arquitecto Luis de la Vega, que ya desde tiempo de Carlos V entendía en las obras del palacio, diciéndole que había determinado trasladarse á esta villa con su casa y Corte, y que deseaba que aquellos trabajos estuviesen concluídos en el plazo de un mes, prohibiendo al mismo tiempo que nadie sin su licencia viese los aposentos y recovecos de la casa. Y luego pedía que le enviara otra traza de los cuartos del Mediodía, que según allí dice, son los principales. Y esta palatina mansión que es la que vemos, aún sirvió de cárcel tenebrosa, cuando á las once de la noche del 18 de Enero de 1568, al acabar de ser cerrado el palacio, el Rey, con el duque de Feria, capitán de la Guardia, y asistido también de los Consejos de Estado y de Guerra, y del sumiller de Corps, Príncipe de Éboli, del caballero mayor D. Antonio de Toledo, y del gentilhombré D. Diego de Acuña, que le alumbraba con una vela, penetró en las habitaciones del Príncipe D. Carlos, que estaban en los entresuelos del patio á mano derecha, y le dejó reducido á estrecha prisión de que sólo le sirvió como liberadora la muerte.

He ahí el alcázar tal como, sin alcanzar ni aun la mitad de lo que fué cien años después, pues Felipe IV llegó á hacer de él casi un verdadero pueblo, era en los días en que el Rey de España tenía más Estados que regir, y un año antes de ganar nuestra armada la batalla de Lepanto. Días en que sobre la pesadumbre del corazón adusto, entenebrecido por las sombras de la tragedia, casca-beleaba la inconsciente alegría de los juegos de las Infantas niñas, cuyo candor florecía en aquel tétrico paraje, como los rosales en las tumbas.

PEDRO DE RÉPIDE



MÁLAGA EN LA FOTOGRAFÍA AÉREA.—He aquí dos interesantes fotografías de Málaga, la linda capital andaluza, tomadas desde un aeroplano. En las perspectivas pueden apreciarse las múltiples bellezas que hacen de Málaga una de las ciudades de España en que la Naturaleza parece superarse á sí misma juntando bajo un mismo cielo purísimo el más férax panorama campestre y la majestuosa atracción del mar, como paisaje de una de las urbes al mismo tiempo más pintorescas y modernas de Andalucía.



CARLOTA CORDAY
(De una estampa de la época)

TODO el mundo conoce la historia amarga y dramática del asesinato de Marat. Nadie que haya leído algo relacionado con la Revolución francesa desconocerá los detalles de aquella muerte, ya juzgada por la Humanidad. Tampoco habrá muchos que hayan podido olvidar la figura extraña, sublime y terrible de Carlota Corday, joven heroína que según palabras de Vergniaud «mató, pero nos enseñó a morir».

Alma de mártir y santa, llena de ese misticismo que nos purifica, sintió en su corazón los peligros y tormentos que sufría su patria, y con resolución valerosa quiso librar a su pueblo de la tiranía y la ignominia. Largo tiempo estuvo madurando su plan en las soledades de su provincia, adonde llegaban las noticias de los crímenes de Marat, tal vez con un poco de exageración. Y ella, que era sensible, apasionada y verdadera revolucionaria, creía que las ideas deben triunfar por la dulzura, el amor y la piedad, y nunca por el terror. Por consiguiente, se propuso exterminar al monstruo aquel, que cometía toda clase de crímenes en nombre de la Libertad, y como lo pensó lo hizo.

Nadie la inspiró. Conocidas son sus frases:

«Yo no necesito inductores. Me basta mi propio corazón.»

Con singular entereza compareció ante sus jueces. Un público numeroso se disputaba los sitios para presenciar el acto de juzgar y sentenciar a la ejecutora de una justicia suprema. En uno de los primeros asientos, cerca del lugar ocupado por un célebre pintor que nos ha dejado admirables croquis de las principales figuras de la Revolución francesa, cerca del pintor David, sentábase un joven doctor alemán que había ido a estudiar a París, y que diariamente robaba al verdugo algún que otro cadáver para estudiar el secreto de la vida con el auxilio de la muerte...

Llamábase el doctor Adam Kunz, y, habiendo oído hablar a todo el mundo de la pobre Carlota Corday como de una verdadera furia, quiso conocerla. Al verla aparecer quedó asombrado. Nunca había visto criatura semejante. Aquella desventurada tenía algo de sobrenatural y casi divino. Su juventud era tan en-

LAS INDISCRECIONES DE LA HISTORIA

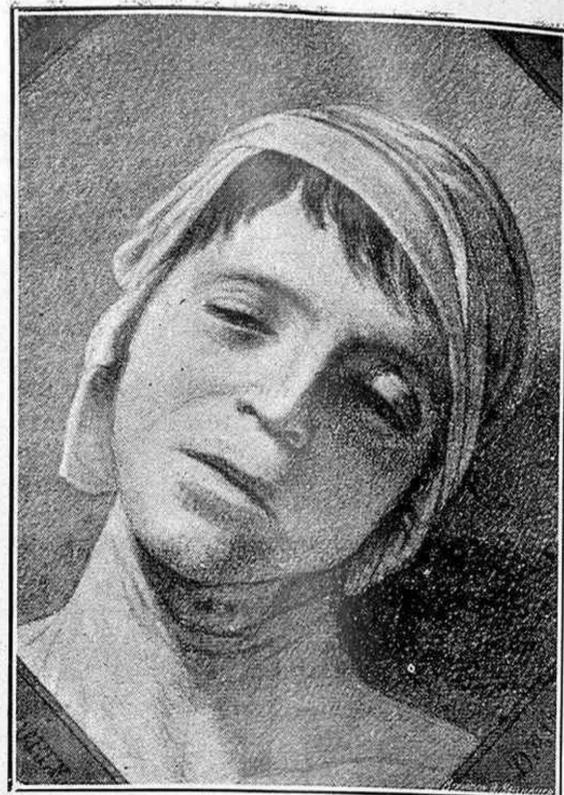
UN FIEL ENAMORADO
DE CARLOTA CORDAY

cantadora como su belleza, sugestiva y adorable. Mirándola y mirándola, quería sorprender en ella algún detalle revelador de la supuesta ferocidad que la atribuían. Y una vez se hallaron sus ojos. Cruzáronse sus miradas, y con ese mudo lenguaje de las almas elegidas y afines se hablaron sus corazones, que al momento se comprendieron.

El joven sabio alemán olvidó cuanto le rodeaba, y no vio más que aquella cara pura y virginal, y aquellos ojos de mirar sereno y profundo que tenían toda la inocencia y toda la ternura con que se podía soñar. Y cuando Carlota Corday, entre doble fila de soldados, se retiraba sin oír las injurias ni los denuestos de la plebe enfurecida, Adam corrió a su casa y rompió a llorar, llena su alma de súbito é incendiario amor á aquella desventurada...

Como un loco asistía á las sesiones. No quería dejar de ver un solo día á la que consideraba dueña de su corazón.

El día 17 de Julio de 1793, Carlota Corday fué llevada al cadalso. Dando pruebas de la entereza de siempre, caminaba hacia el suplicio. Nadie la



"Retrato de Marat después de muerto", apunte del natural por Luis David

vió desmayar ni acobardarse. Risueña y alegre, parecía que en su corazón cantaban todos los pájaros de un presunto paraíso. El verdugo no tuvo nunca víctima tan dócil ni encantadora. Era como una flor que se dejaba cortar, dando su perfume al mismo que la destrozaba.

En primera fila hallábase el alemán. Quería ver por última vez á la adorada de su corazón, que le reconoció á distancia y le dirigió un mudo saludo y una muda súplica. Sus miradas volvieron á hallarse, y sus ojos cambiaron la última caricia.

Luego se cumplió la justicia de los hombres, esa justicia que no tiene apelación en este mundo; y cuando el verdugo, para congraciarse con la plebe, cogió la cabeza de Carlota Corday y asestó en su cara una bofetada trágica y profanadora, cuentan los testigos que al mismo tiempo que las mejillas de aquella cabeza sin cuerpo se coloreaban, enrojecidas por el rubor y el dolor, al mismo tiempo que subía el carmín á ellas, escuchábase al alemán que decía: —¡Cobarde! ¡Cobarde!

Inmediatamente fué detenido. Costó gran trabajo librarlo de la furia de la canalla. El, sin arrojarse, seguía insultando á todos. Llevado á la prisión, dedicóse á escribir acusaciones contra los jueces y contra todos. Los jueces, por rara piedad, comprendiendo que se trataba de un pobre romántico, quisieron perdonarle. Llegaron á ofrecerle la libertad si se retractaba; pero el doctor se negó, persistiendo en sus ataques. Ante aquella rebeldía y tan absurda abnegación, el Tribunal vióse obligado á condenarlo á la última pena.

El sentenciado oyó su condena sonriente. Poco después, con la alegría suprema del que iba á reunirse para siempre con la adorada de su alma, era llevado al suplicio, siendo cercenada su cabeza por la misma cuchilla que privó de la existencia á la desventurada Carlota Corday, que es una de las figuras más interesantes y sugestivas de la Revolución francesa, que, más que página histórica, parece una novela fantástica y sangrienta, urdida por la imaginación de un poeta loco, terrible, delirante é implacable.

JUAN LOPEZ NUÑEZ

CARTA ESCRITA POR CARLOTA CORDAY
A SU PADRE
CUATRO DÍAS ANTES DE SER EJECUTADA

pardonnez moi mon cher papa d'avoir disposé de mon existence sans votre permission, j'ai vuje bien d'innocentes victimes, j'ai prevenu bien d'autres desastres, le peuple un jour desabusé, se rejouira d'être delivré d'un tyran, si j'ai cherché a vous persuader que je passais en angleterre lorsque j'esperais garder l'incognito mais j'en ai reconnu l'impossibilité, j'espere que vous ne serez point tourmenté en tout cas je crois que vous auriez des defesseurs a Paris, j'ai pour defenseur gustave doolcet, un tel intellect ne permet nulla defense cest pour la forme, adieu mon cher papa je vous prie de moublier ou plutôt de vous reposer de mon sort la cause en est velle, j'embrasse ma soeur que j'aime de tout mon Coeur ainsi que tous mes parents, noubliés par le vers de Bernelli

le crime fait la honte et non pas l'effaud

Cest demain a huit heures que lon me juge, le 10 juillet

Corday

PATRAÑAS DEL TIEMPO VIEJO

EL PERRO DEL MONASTERIO

No siempre llueve á gusto de todos», dice un adagio castellano, y muy bien puede aplicarse su sentido figurado á la construcción del famoso é imponente monasterio escurialense, en el que Felipe II dejó la más profunda huella de su paso por la Monarquía de España.

Mientras unos pensaban que alzaba el más suntuoso monumento á la cristiandad, no faltaba quien tuviese el criterio de que antes que el panteón de los Reyes de España labraba la fosa común de la Hacienda pública.

Justo y triste es decir que á estos últimos no dejaba de asistirles más razón que á los otros, y cada malaventura que acaecía en la colosal obra atribuíanla á enojo que experimentaba el Supremo Hacedor ante soberbia tan desmedida.

No siendo la Orden jerónima, que fué favorecida para habitar y regentar la nueva casa de Dios, las demás instituciones religiosas no hartábanse de recordar—aunque solapadamente—que Cristo vino al Mundo en un establo y feneció en la humildad sacrosanta de un madero.

A castigo divino achacaron la huelga de los obreros, que fué ahogada con sangre y con el fuego que en la noche del 21 de Julio de 1577 estuvo á punto de trocar en cenizas todo lo fabricado. Desde luego que la catástrofe vino del Cielo entre los fragores de una horrible tormenta que removió la Naturaleza y puso espanto en los corzones. De las nubes, como rayos disparados por una ira omnipotente, desprendiéronse varias exhalaciones, que cayeron en diversas partes del Monasterio en construcción.

En poco tiempo tomó el incendio terribles proporciones, que eran imposibles de atajar.

Avisado el Monarca, salió de su aposento acompañado por el anciano duque de Alba, el marqués de los Vélez y otros caballeros de su séquito, y fue á presenciar los efectos destructores del siniestro al claustro llamado de la enfermería, que está en ángulo opuesto á la parte que las llamas prometían no dejar cosa á vida.

El viejo caudillo de Flandes, acostumbrado á los peligros de la guerra, no temió los del fuego, y aunque harto le molestaban los padecimientos de la gota, quiso acudir á la torre incendiada, que era la de la parte del Poniente; organizó en manera tan diestra los trabajos de extinción, que presto se comenzó á notar su eficacia. Así y todo fué prolija y famosísima la jornada, aun cuando al cabo de siete horas quedó enteramente dominado el peligro, contra el que no hubo mortal con salud y bríos que no pusiese su esfuerzo.

Diz que en aquella noche, como en otra no muy lejana á cuyo amanecer se amotinaron los operarios, también habíase oído el lúgubre aullar de un perro...

Esto traía de mala guisa y preocupados á todos los moradores del nascente monasterio. Cuando el silencio era más completo en todo el vasto recinto percibíase el triste y prolongado lamento del can, pero por más que buscábasele por todas partes, sin perdonar rincón ni guardilla, no se conseguía dar con él.

Los espíritus apocados y llenos de prejuicios llegaron á decir que era cosa sobrenatural, en la que, sin duda de ninguna suerte, tenía parte un ánima en pena. Otros, como ya queda dicho, daban por seguro que era amenaza divina por la fanática soberbia del Monarca.

Decían que, á veces, dejábase ver el misterioso animal saltando por andamios y castilletes, y que sus descomunales ojos despedían resplandores de ascuas, y de su boca caída y babeante, como si estuviese tocado del terrible mal de la rabia, salían llamas de color de azufre y oíase un espantoso arrastrar de cadenas.

La especie saltó los límites de la villa escurialense, llegó á la Corte, y desde allí, como piedra arrojada en el agua, describió círculos por toda España. No había rincón, por apartado que estuviese, á donde no hubiera llegado la tétrica fábula del perro negro de El Escorial.

Los partidarios de la fundación, que eran todos cuantos de ella vivían (frailes, alarifes y operarios), daban por cosa cierta, como artículo de fe para salvarse, que el tal monstruo no era sino el mismísimo demonio, que venía á poner espanto en los obreros para que no contribuyesen con sus esfuerzos á la construcción de un templo en donde habría de hacerse tan encarnizada guerra.

«Hasta la política—dice el historiador más autorizado de El Escorial—hacía al perro negro intérprete de sus ideas, diciendo que era un aviso por el recargo de la alcabala; que los aullidos no



EL DUQUE DE ALBA, por Antonio Moro

significaban otra cosa que los gemidos de los pueblos, y las cadenas, la opresión en que los ponían exorbitantes tributos...

Mas pronto la realidad vino á poner de manifiesto y tan claro como la luz del sol en una siesta de Agosto lo que de cierto había en el caso.

Fué una noche, poco distanciada de aquella en la que tan grande peligro hubo de correr la formidable fábrica, de perecer—á usanza de la época—entre las llamas.

A «naitines» asistían los monjes cuando comenzaron á oírse más lastimeros y cercanos que nunca los lamentos caninos. Cesaron en su devoción los benditísimos padres, mas que Dios se querellase de que le dejasen á El por las niñerías del mundo, y escucharon, poniendo en el sentido del oído todas las tres potencias del alma.

Los terribles aullidos parecían venir de junto á las ventanas de la regia estancia, que estaba debajo del coro de la iglesia primitiva.

Por un buen espacio los reveréndos ministros del Señor no se atrevieron á mover pie ni mano, ni de sus bocas acertó á salir una sola palabra. Los de mayores arrestos estaban tan cuitadicos y temblones como niños de la Doctrina. Contribuía á poner más espanto lo avanzado de la hora y lo desapacible de la noche.

El padre Villacastín, alma verdadera del monasterio, como hombre culto y horro de prejuicios,

fué el único que, pasados los primeros instantes de confusión, supo sobreponerse.

El y otro monje, que sin duda era de la prudentísima y sensata opinión de Santo Tomás, determináronse á salir del coro y dirigiéronse á la parte en donde pensaban que había de estar el can alborotador.

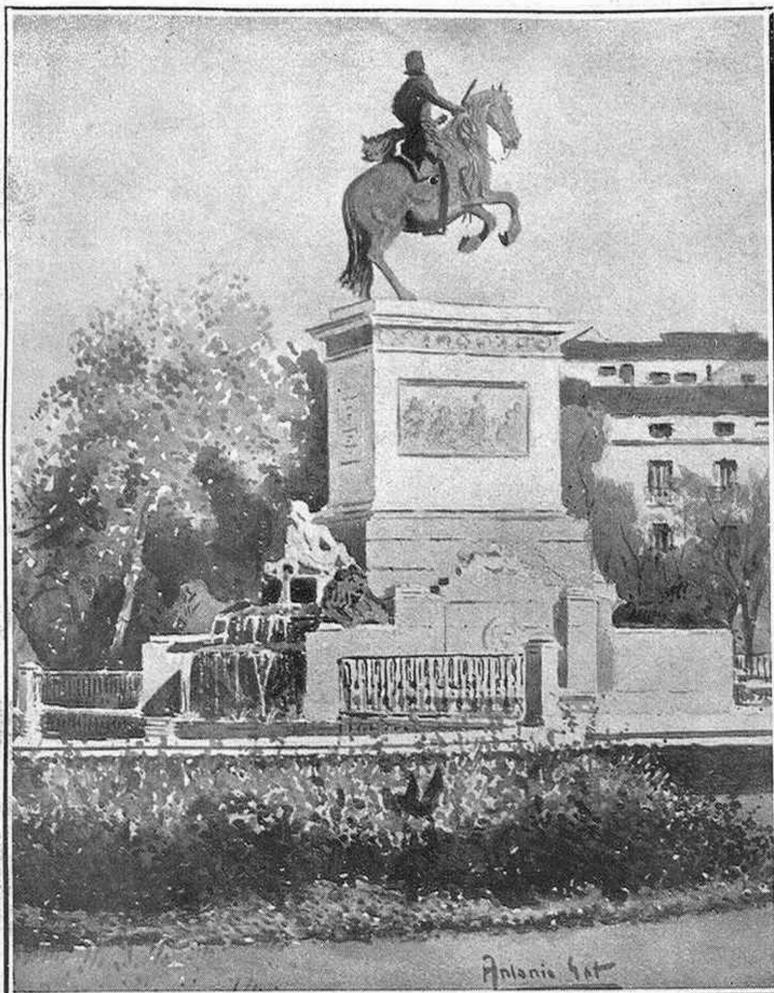
Presto advirtieron que el «temible» animal estaba refugiado en una de las bóvedas que caen debajo de los jardines. Penetraron «denonadamente» en el pavoroso recinto y, cuando sin duda pensaban toparse de manos á boca con el mismísimo «Cerber», halláronse con un mansísimo sabueso, que dócilmente se dejó asir por el collar y aún parecía mostrarse agradecido por entender la infelice bestezuela que acudían á ponerla en libertad.

Los aprehensores, á pesar de la mansedumbre que mostró el animalito, no quisieron dejar sin castigo el susto que les había dado, y sin más formación de causa le ahorcaron de un antepecho del claustro principal, para que al día siguiente pudiese ver todo el mundo que se había acabado el «coco».

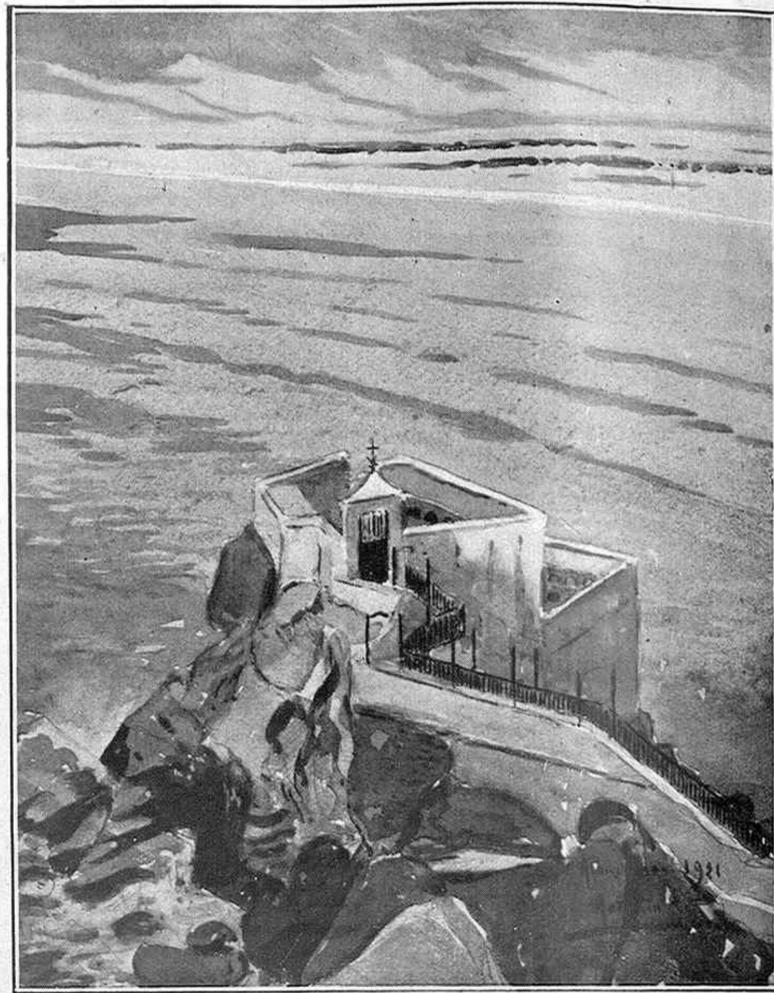
Sólo el marqués de las Navas recibió harta pesadumbre de la canina «justicia», porque el inocente ahorcado resultó ser uno de los mejores perros de muestra de su magnífica jauría; pero la sentencia estuvo tan bien ejecutada que no hubo lugar á la apelación...

DIEGO SAN JOSE

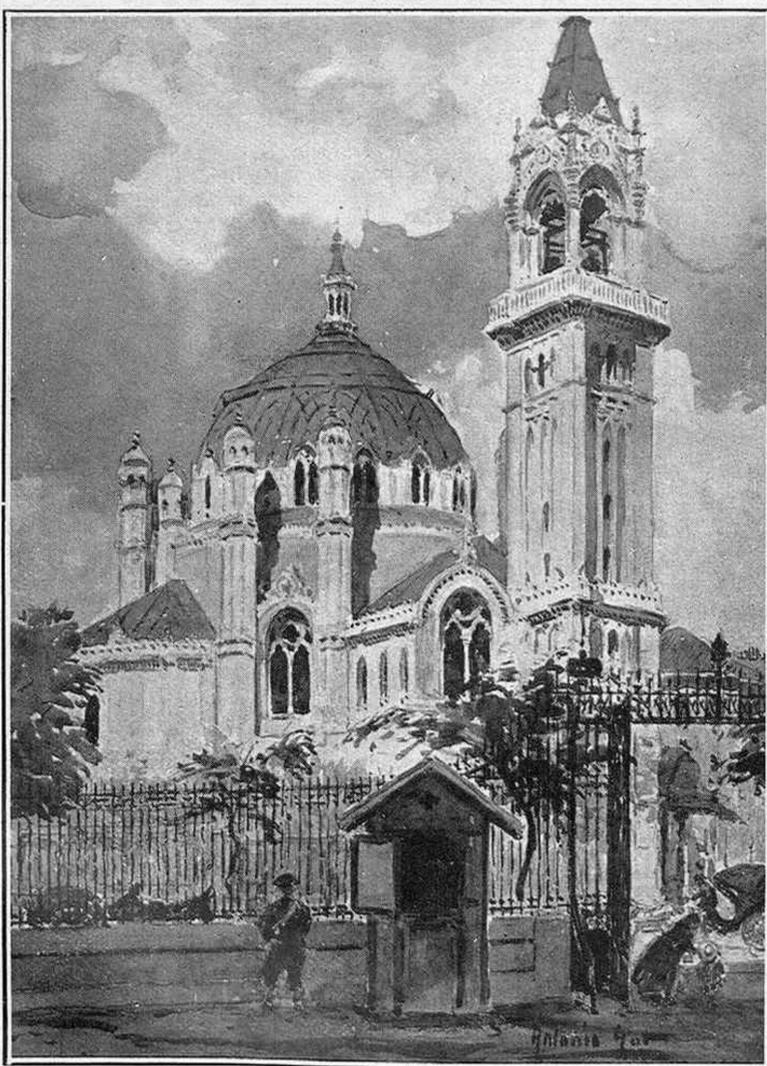
NOTAS ARTISTICAS



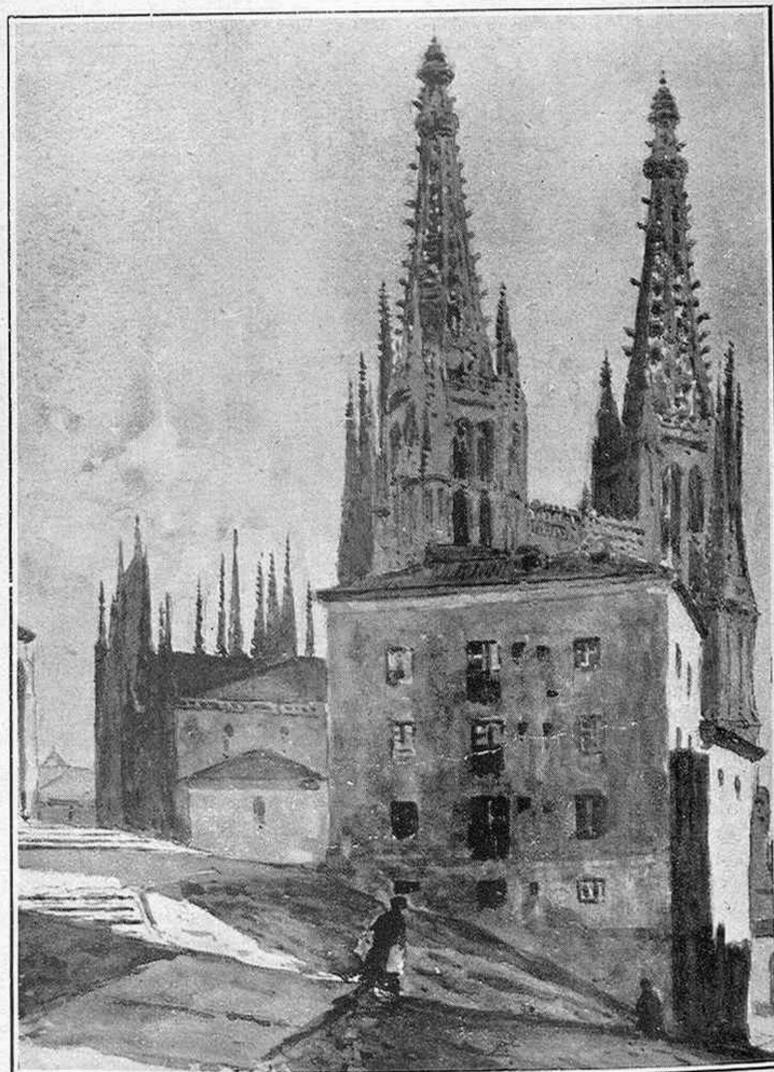
"La estatua de Felipe IV en la plaza de Oriente, de Madrid"



"El Peñón de Vélez de la Gomera, visto desde una altura"



"La iglesia de San Manuel y San Benito, de Madrid"



"Un aspecto de la Catedral de Burgos"

Acuarelas de Antonio Got, que figuraron en una reciente Exposición celebrada en Madrid

La carretera atraviesa por un llano interminable y tendido, muy poblado de robles y de encinas, en donde pacen la hierba húmeda y abundante las toradas de un famoso ganadero.

Al pasar nosotros, jinetes en sendas jacas de campo, un toro cárdeno y enorme, de brava y poderosa cabeza, que ahora levanta y estremece con gesto de desafío, clava sus ojos en mí.

Yo debo palidecer un poco, porque el montaraz que me acompaña se precipita á tranquilizarme:

—Aquí, en la dehesa, no hay caso, señorito. Pase sin temor y sin cuidado. Ese toro no se mueve. Y si por un casual se arrancara, ¡menudas jacas son éstas! El cárdeno correría detrás sin alcanzarnos...

Yo me apercibo á rasgar con las espuelas los ijares de mi cabalgadura, apenas adelante un paso

de donde vienen, y veo, con terror y entre los troncos de los robles y de las encinas, que los vaqueros galopan con sus yeguas en dirección á dos toros que entrecruzan los cuernos formidables y se golpean con rabia las testuzas...

Salgo á todo galope, huyendo empavorecido, y el montaraz tras de mí...

El llano es como una hoguera de sol; parece que llamea la carretera, y aunque las jacas se cubren de una espuma blancuzca y jadean rendidas, yo no sé detenerme en el frenético galope...

Al fin, ya muy lejos de los toros, refreno mi cabalgadura y mi inquietud...

—¡Hemos escapado de buena, amigo!—exclamo viendo un poblado próximo.

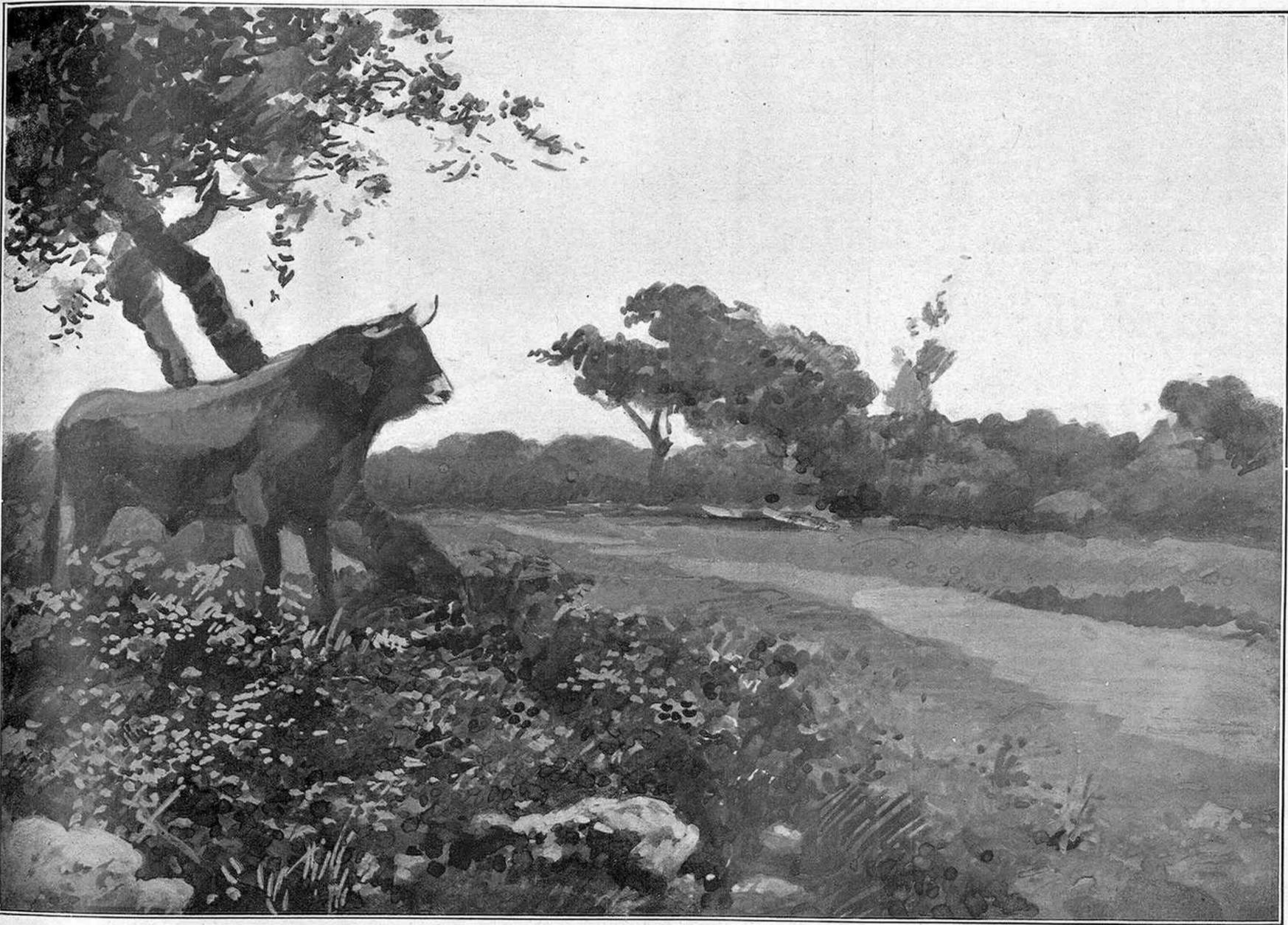
—¡Las jacas son superiores!—me replica, orgulloso, el montaraz.

lleva hasta el poblado, que álzase en una altura, con su campanario y su castillo. Descansamos en un mesón. Va muriendo la tarde, y un crepúsculo de fuego, con resplandores de oro y de amatista, incendia las encinas y los robles, que se extienden innúmeros á nuestros pies, en el llano interminable...

Un viejo ajusta cuentas con la mesonera, monta después en un borrico y se aleja de nosotros sobre el asno...

Es un viejo que hiede. Toda la pobreza de Castilla parece impregnada en la faja y en la chaqueta y en los pantalones de este hombre. Sólo su sombrero es tan viejo como sus alpargatas. El y su rucio, lleno de huesos y de mataduras, parecen una misma podredumbre...

Tiene, sin embargo, este viejo, tieso y enjuto,



el toro... Mas el hermosísimo animal, aquietando mis sobresaltos, vuelve mansamente á pacen la hierba abundante y húmeda...

La voz del montaraz, recia y pausada, torna á sonar tranquilizadora en mis oídos:

—Los toros en el campo, cuanto más bravos, más nobles. Y cuente que ese cárdeno que dejamos atrás no hará en todavía un mes saltó al camino y arremetió á cornadas contra un camión de viajeros. Lo «trujon» los periódicos de Madrid...

—¿Ve usted cómo acometen?—pregunto con inquietud, volviendo la mirada receloso.

—Pero es porque reñía. Y cuando riñen dos, el que pierde la pelea sale ciego y acomete á todo lo que se le pone por delante. Pero no riñendo unos con otros, con las vacas y en la dehesa, velos ahí más mansos que corderos...

Las voces de unos vaqueros, á la siniestra mano, suenan imperiosas y vibrantes. Miro hacia el lugar

En la cuneta del camino nos hace señas un mendigo para que detengamos los caballos. Es un fornido mocetón, segador antaño, que ha vuelto de Africa con media pierna de menos. Apóyase en dos muletas, y vaga miserable por los estos pueblucos de la llanura, arreglando paraguas y bastones. Lleva unos viejísimos bajo el brazo, y unos rollos de alambres orinientos. Cúbrese de andrajos, y cruza la cinta mugrienta de su sombrero—el único adorno de su juventud—una pluma de pavo real.

Lo que este sin ventura nos pide es que le llevemos hasta el pueblo en la grupa de una jaca. Yo descabalgo, compadecido; le tomo en brazos, y le dejo á mujeriegas en la yegua del montaraz. Después, á paso de andadura, vamos todos hacia el pueblo que tenemos cerca; un pueblo que tiene un nombre de fuerte y evocadora sonoridad castellana: El Cubo de Don Sancho...

Dejamos la carretera, y una vieja calzada nos

un gesto de entereza y de autoridad que desconcierta y sorprende.

Y pensamos en aquellos soldados castellanos, tan pobres y tan miserables como él, que acompañaron á Pizarro al Perú, y á Cortés á la conquista de México, y pensamos que este desprecio y este olvido de la carne fué también tan grande en nuestros místicos...

Y es que acaso lo heroico y lo ascético—los dos timbres más altos de Castilla—, como al abono la tierra, necesitaron para fecundarse esta gran pobreza, esta gran podredumbre castellana...

Y miramos, respetuosos y conmovidos, á este viejo enjuto y miserable, que desaparece sobre su asno entre los robles y entre las encinas, en el fuego del poniente, como en un ocaso de los dioses...

ALBERTO VALERO MARTIN

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EL ARTE DEL PROFESOR FREUD

No hay duda de que, independientemente de la ciencia, el profesor Freud tiene su arte. Ser un sabio es ya algo; pero ser un sabio leído y comentado con apasionamiento es mucho más. ¿Cómo puede ser popular un hombre de ciencia? ¿Cómo puede conseguir hoy el puesto de héroe en nuestra sociedad—tan dinámica—un señor de aspecto obscuro que se pasa la vida en su biblioteca, y en su clínica y en su laboratorio? Convengamos, sin embargo, en que, hoy por hoy, el mundo es de los médicos, y que se nos imponen con tal tiranía que parecen tomar venganza del maltrato que les sometió la literatura clásica de muchos siglos. Los doctores mandan. Los doctores llegan a lo más alto a que puede llegar un sistema científico: a convertirse en sistema filosófico.

Y es que el profesor Freud conoce la vida y sabe que en su fuente, en su génesis, está lo que más intensamente interesa al hombre... y a la mujer. ¿Habría sido verosímil en la época ya lejana del romanticismo el espectáculo que ofrece una damita delicada y bella leyendo estos grandes libros de la psicoanálisis, que son ciencia—pura ciencia—, aunque lleven mezcladas y en suspensión tantas arenas y tanto barro, es decir, tanta influencia de *lo libido*? «Esto somos», dirá la aristocrática, la refinada lectora, atraída involuntariamente por el extraño interés de las observaciones, de los datos y de las consecuencias.

Nosotros nos resistimos a creer que seamos eso, y exceptuamos, por de pronto, a la linda lectora, que nos parece demasiado espiritual para ser de la misma arcilla de que están compuestos esos casos clínicos. Como transacción con la terrible realidad podemos decir que esas son, en efecto, nuestras dolencias, nuestras anomalías...

Pero el profesor Freud es implacable, y al oírnos no se conformará, seguramente, con sonreír: «¿Dónde está el paso de la normalidad a la anomalía?», dirá, clavándonos los ojos y descubriendo en nuestra defensa de la bella lectora un interés que entra sin ninguna dificultad en cualquiera de sus cuadros gráficos sobre los gestos sintomáticos. «¿Cómo hablaremos de la normalidad si en

plena salud es cuando, precisamente, tiene más fuerza el instinto cuyas leyes voy persiguiendo?»

Un doctor bordelés, M. Hesnard, al resumir con gracia verdaderamente gala la doctrina del profesor Freud, le presenta como jefe de una escuela psico-

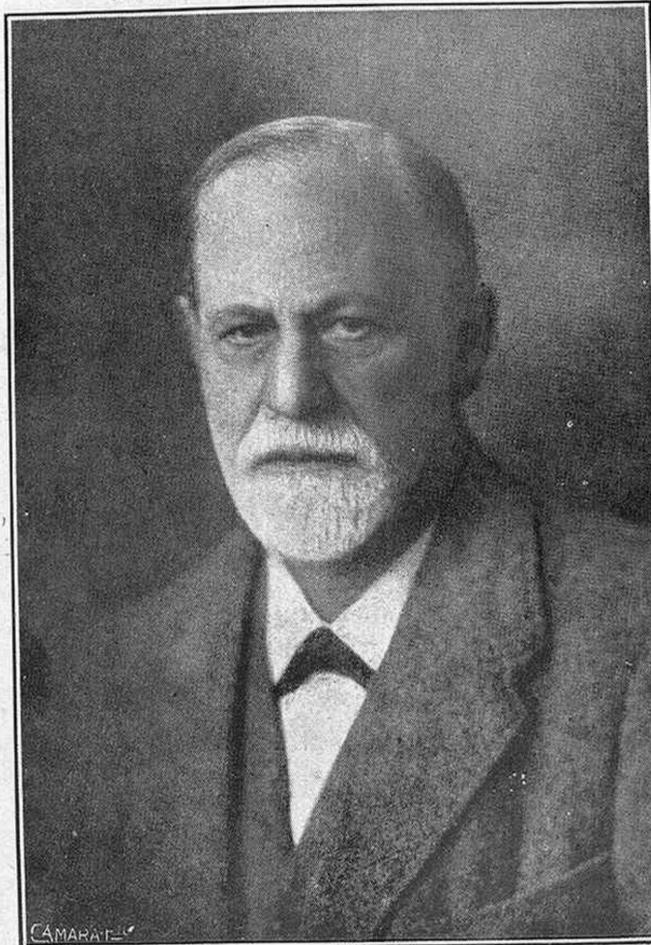
estudió y fué el primero en el *Gymnasium* durante siete años. Darwin le inspiró una gran curiosidad por las observaciones sobre la humanidad. La lectura de un ensayo de Goethe sobre *La Naturaleza* le decidió a inscribirse en la Facultad de Medicina.

«La Universidad, a cuyas aulas comencé a asistir en 1873, me procuró al principio sensibles decepciones. Ante todo, me preocupaba la idea de que mi pertenencia a la confesión israelita me colocaba en una situación de inferioridad con respecto a mis discípulos, entre los cuales resultaba un extranjero. Pero pronto rechacé con toda energía tal preocupación. Nunca he podido comprender por qué habría de avergonzarme de mi origen, ó como entonces comenzaba ya a decirse, de mi raza. Así mismo renuncié sin gran sentimiento a la connacionalidad que se me negaba. Pensé, en efecto, que para un celoso trabajador siempre había un lugar, por pequeño que fuese, en las filas de la humanidad laboriosa, aunque no se hallase integrado en ninguno de los grupos nacionales.

Pero estas primeras impresiones universitarias tuvieron la consecuencia importantísima de acostumbrarme desde un principio a figurar en las filas de la oposición y fuera de la «mayoría compacta», dotándome de una cierta independencia de juicio.»

Estudió en el laboratorio fisiológico de Bruecke histología del sistema nervioso, y luego, como médico auxiliar, trabajó en el estudio de las enfermedades nerviosas. Fué en París un gran discípulo de Charcot, por el que tiene verdadera reverencia, y luego volvió a establecerse como neurólogo en Viena. Su historia, pues, es la de sus trabajos, la de sus libros. Tras unos años de práctica de la profesión para asegurar el bienestar material de los suyos, Freud vuelve a los estudios científicos. Lo que ha conseguido en veinticinco años es realmente una de las novelas más interesantes de la vida del sabio. Pero cada capítulo es un libro. Un libro de ciencia que las gentes se empeñan en leer como si fuese un libro de aventuras, y que acaso deba ser interpretado así, ya que no hay ciencia sin imaginación.

A. DE T



DR. SEGISMUNDO FREUD
Insigne psicopatólogo checoslovaco contemporáneo

lógica que acaso haya recibido él mismo como una sorpresa más de su laboratorio. Su teoría nació para explicar y tratar las neurosis y enfermedades mentales, y poco a poco se ha convertido en un vasto sistema de psicología normal y patológica con múltiples aplicaciones que alcanzan a todos los dominios de la cultura: Arte, Literatura, Pedagogía, Ciencia religiosa... «Freud es hoy el jefe de una escuela psicológica que cuenta con adeptos entusiastas en el mundo entero, principalmente en Austria, en Suiza y en América. Y su método de tratamiento y de profilaxia psíquicos, practicado ya en la clínica de enfermedades nerviosas, ya, incluso—como *cura moral*, simplemente—, por directores de conciencia y educadores, fuera de los centros médicos, está hoy universalmente extendida.»

Aceptemos el resumen de M. Hesnard: «La Psicoanálisis es célebre, sobre todo por la importancia asombrosa que atribuye en el mecanismo del pensamiento humano—normal ó morboso—á las manifestaciones de instinto sexual (*libido*), á las que Freud convier e en el principal y casi único resorte de la Psicología.»

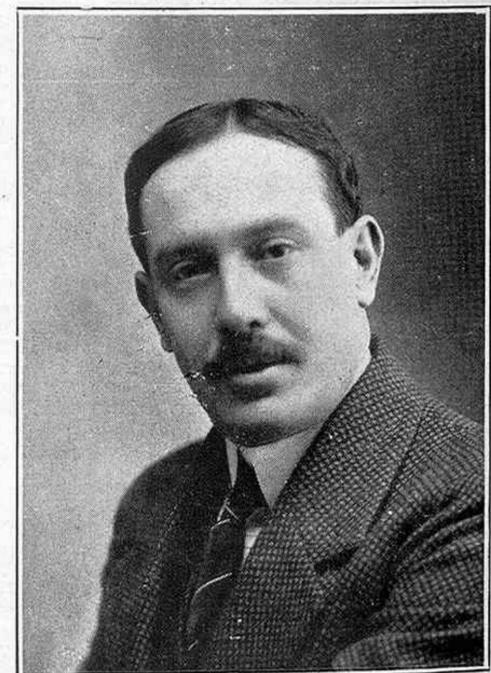
¿Se comprende ahora el interés y el éxito no puramente científico, sino más amplio, más general, de la obra de Freud? Quizá no empezara por comprenderlo él, sino sus editores, viendo la atracción que estos libros ejercían sobre gran número de personas cultas que no tenían estudios en la especialidad. Ante el éxito, Freud ha desarrollado un vastísimo plan de trabajos—y de propaganda—y ha llegado a crearse una relevante personalidad. El mismo ha trazado su biografía.

Sigmund Freud es checoslovaco. Cuando nació—en 1856—, su pueblo, Freiberg, de la Moravia, era sencillamente austriaco. «Mis padres eran judíos—dice—, confesión á la que he seguido perteneciendo. De mis ascendientes por línea paterna creo saber que vivieron durante muchos años en Colonia, emigraron en el siglo XIV ó XV hacia el Este, obligados por una persecución contra los judíos, y retornaron luego en el siglo XIX á través de Lituania y Galitzia, fijándose en Austria.» A los cuatro años los padres le llevaron á Viena, y allí



SEÑORITA VICTORIA KEN
Abogada, que es la primera mujer que ha informado ante los Tribunales españoles

En los continuos avances triunfadores del feminismo, España aporta también su esfuerzo abriendo á las mujeres el camino de todas las actividades. Un gallardo ejemplo del feminismo español lo ha dado la bella señorita Victoria Ken, la primera mujer que en nuestra patria ha vestido la toga y que ante la Audiencia de Madrid pronunció un brillante informe como abogada defensora.



MANUEL MACHADO
Ilustre poeta, nuevo director de Investigaciones Históricas del Ayuntamiento de Madrid

Manuel Machado, uno de nuestros mejores poetas y documentado crítico, ha sido objeto por el Ayuntamiento de Madrid de un nombramiento que es un tributo de justicia á los méritos del ilustre escritor. Al frente de la Sección de Investigaciones Históricas del Municipio madrileño, Manuel Machado encontrará ocasión de hacer patente una vez más sus gustos de artista y su depurada cultura.

LA ÚLTIMA CALAVERADA



CUANDO los socios del Casino, es decir, los que formaban aquella «peña» amistosa, decidieron celebrar con una alegre comilona el éxito literario obtenido por uno de ellos, Gutiérrez de Noval se apresuró á decirles:

—No podrá ninguno de ustedes dudar de la satisfacción que tengo por el triunfo de nuestro amigo; pero yo no iré á la comida esa.

—¿Está usted á régimen?

—No; afortunadamente el estómago funciona perfectamente, siendo una de las partes más sanas de mi cuerpo, al que no llamaré saleroso porque no está bien que me jalee á mí mismo. No voy porque tengo jurado no comer fuera de casa y hacerlo siempre en compañía de mi mujer.

—¿Es una promesa?

—Es un castigo no por lo de comer con mi mujer, sino por haberme impuesto yo el día en que realicé mi última calaverada.

—¿Pero ha realizado usted la última?

—Indudablemente.

Aquí hubiera dado Gutiérrez del Noval por terminado el asunto si los amigos y consocios que le ofan no hubieran insistido en pedirle más explicaciones, queriendo conocer los más pequeños detalles de lo que él llamaba «la última calaverada». Tanto hubieron de insistir, que Gutiérrez del Noval se vió precisado á dárseles, y como quien explica una conferencia se aprestó á hacer un relato de la aventura que tal trascendencia había tenido para él.

—Verán ustedes. Hace algunos años, no muchos, pero tampoco diremos cuántos para que no cotejen las fechas y saquen á la vergüenza mi edad, que unos amigos y yo organizamos una noche de expansión. No se trataba de nada trascendental ni definitivamente orgiástico. Todo se reducía á cenar en un reservado de conocido «restaurant» en compañía de unas cuantas artistas de varietés sin posteriores miras, á lo menos por mi parte.

—No hace falta que nos descubra por completo sus intenciones.

—Repito que eran las que dejo dichas. Pero, ¡ah!, entre las cinco ó seis muchachas pintadas, retocadas y estorbáticamente vestidas que fueron nuestras compañeras de mesa hubo una, no la más joven, por cierto, que desde el primer momento llamó mi atención y hacia ella fueron mis distinciones.

—De modo que los honrados propósitos...

—Ustedes se callan porque soy yo el que habla. Los propósitos no se quebrantaron; pero lo que sucedió merece la pena de contarse. Sentado al lado de aquella mujer, una cupletista «á gran voz», según me dijeron, al hacer su presentación, sin duda por broma, porque luego supe que puesta á cantar lo hacía como si estuviera en la alcoba de un enfermo grave, me esforzaba en recordar dónde la había visto anteriormente, pues su cara no me era desconocida.

—En el teatro en que actuaba.

—No había estado en él y mis recuerdos me parecían que eran de fecha relativamente lejana. Comimos, bebimos y reimos de lo lindo. Además del «champagne» había buen humor, y de ninguna de ambas cosas hicimos ahorro. Las conversaciones,

dada la clase de «comensales» que nos acompañaban, ya se las pueden figurar. Intrigas de teatro, modas, relatos de amoríos y alguna que otra ordinaria suelta, porque las hijas más tendrían toda la belleza necesaria para que los adoradores formasen apiñados grupos como los manojos de boquerones fritos, pero la educación la tenían ligeramente descuidada.

—¿Por Dios! ¿Qué iba usted á buscar en aquel ambiente?

—Yo, nada; registro el dato, ya que ustedes han querido conocerlo todo. Debo confesarles que sosteniendo la conversación con mi pareja iba apreciando en ella detalles físicos que eran muy de mi agrado. Se lo fuí insinuando de una manera clara, y por toda contestación no obtenía más que unas

carcajadas tan francas y tan sonoras que hubieran sido la felicidad de un autor si las pesca en un estreno. No es que mis frases fueran graciosas; es que á la cupletista se lo parecían. Yo estaba encantado, y he de confesar que comencé á ser la envidia de los amigos que se hallaban conmigo cuando surgió la tragedia.

—¿Demonio! ¿Hubo tragedia?

—Espantosa. Un timbal de turbot con ensalada rusa que nos sirvieron fué la causa. «Esto está soso», dijo alguien. «Yo no lo encuentro así», repliqué yo. Entonces mi pareja me miró solapadamente, y con cierto retintín irónico me dijo: «¿Se ha hecho usted más fácil de contentar en lo referente á la sal?» Aquella frase me desconcertó y repliqué vivamente: «Señorita: ¿A usted le consta si yo pongo peros á la comida por estar ó no salada?» «Sí, señor. Ya lo creo.» «A usted, ¿por qué?» «Porque he sido seis meses su cocinera y me tengo llevado cada regaño...

—Estupendo.

—Definitivo.

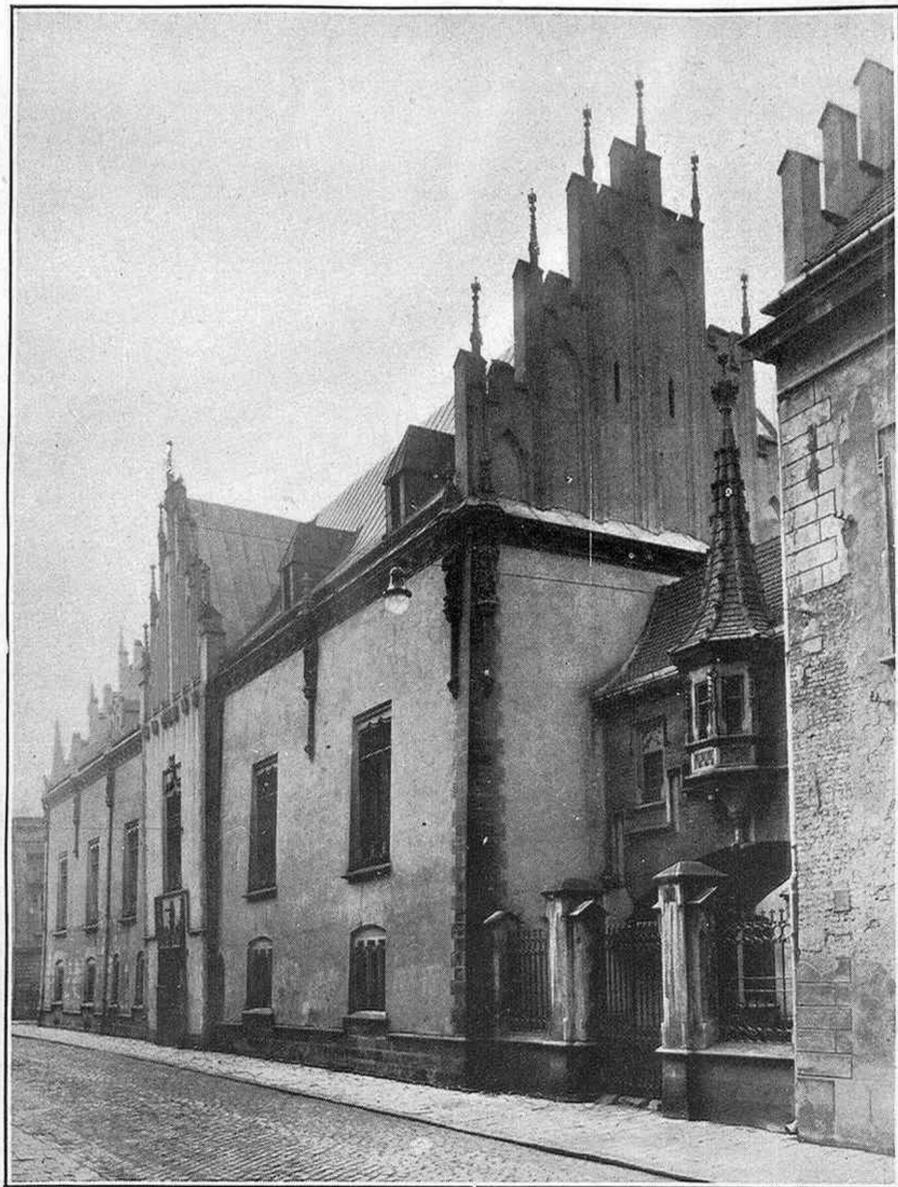
—Por eso reconocía usted aquella cara.

—Como que era la de la Nemesia, fámula que pasó por mi casa, como otras muchas, sin que yo la prestara gran atención. Así se reía de mí la condenada. Aquella fué mi última calaverada. Desde entonces no como fuera de casa para evitar sorpresas. Tengo la seguridad de que por parte de mi mujer no he de tenerlas, que ni se pinta para desfigurarse ni desconoce cómo me gustan de salados los alimentos.

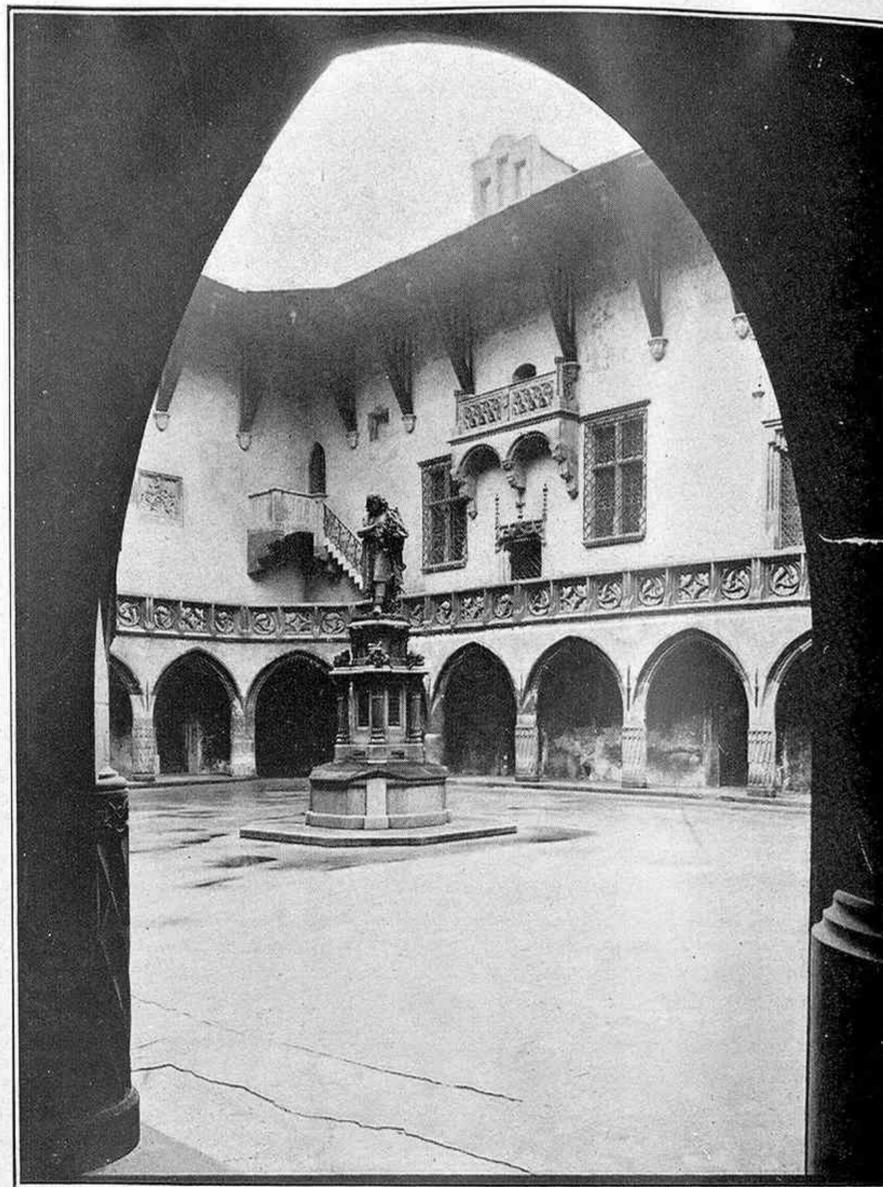
A. R. BONNAT



DE LA VIEJA POLONIA

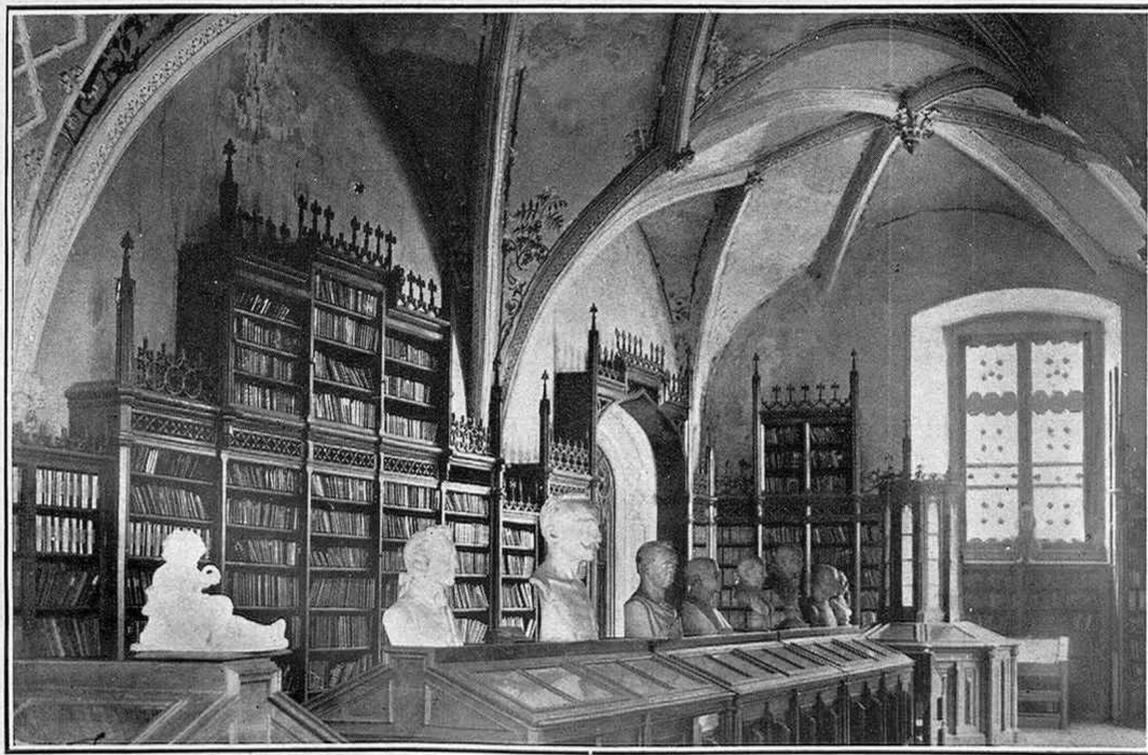


Fachada de la Biblioteca de la Universidad de Cracovia, fundada a mediados del siglo XIV y que está considerada como la más rica de Polonia

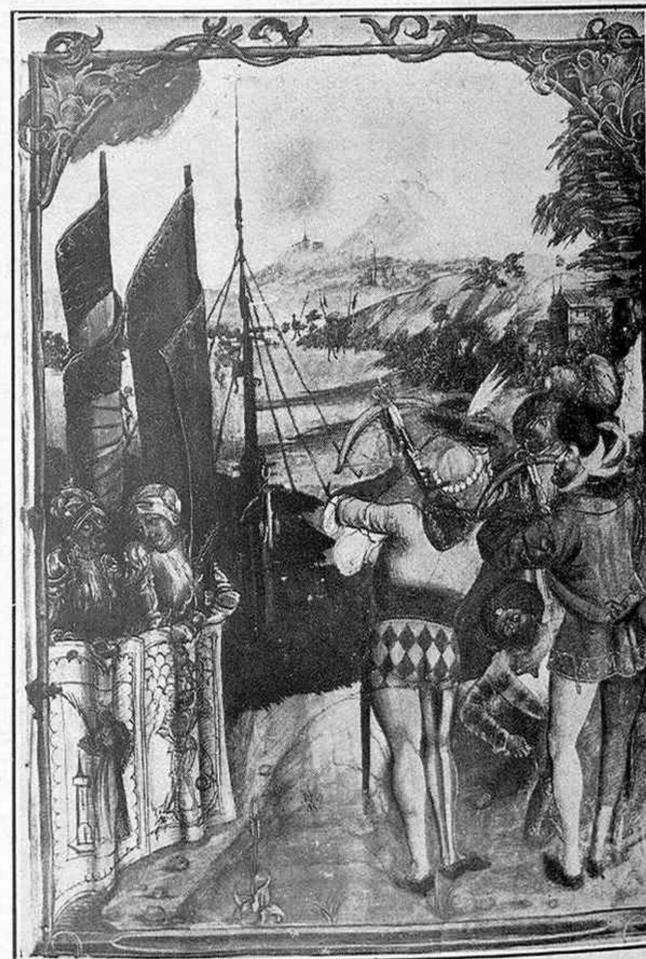


Patio central de la Biblioteca de la Universidad de Cracovia, con el monumento del célebre astrónomo Copérnico

Entre los numerosos monumentos que atesora la antigua ciudad de Cracovia, es de los más interesantes la Universidad, célebre por sus enseñanzas durante la Edad Media; y de la que fué alumno el célebre astrónomo Nicolás Copérnico, cuyo monumento, obra del escultor Godebski, hubo de ser erigido en 1890 para conmemorar el V Centenario de la fundación de la Universidad. Posee ésta una de las bibliotecas más ricas y antiguas de Polonia, pues está constituida por más de 600.000 volúmenes, y fué fundada en el año 1364. Entre sus manuscritos más valiosos figura el célebre "Codex Picturatus", de Baltasar Behem, redactado en el año 1505. Dirige actualmente la Biblioteca universitaria el Dr. Frederic Papee, que sucedió en el cargo al célebre Estreicher.



Sala Obiedzinski, la más antigua de la Biblioteca de la famosa Universidad de Cracovia



Una página del "Codex Picturatus", de comienzos del siglo XVI, que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Cracovia



“En un día nacieron y espiraron”

dijo el poeta, refiriéndose a las flores. El tiempo las marchita; de un día a otro pierden lozanía y aroma.

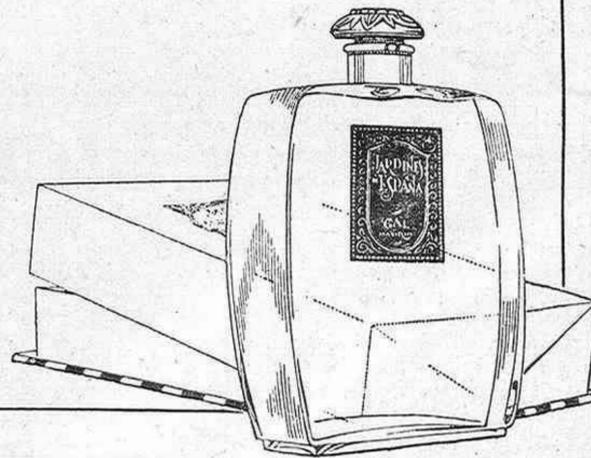
Pero también hay flores que se conservan fragantes en cualquier época del año, frescas, sin espinas... Las que entregaron su aroma para crear los nuevos productos “Jardines de España”, que se distinguen por la persistencia y originalidad de su perfume.

Destapar un frasco de Esencia “Jardines de España” y aspirar su delicioso aroma, equivale a internarse en un jardín de olorosas flores.

Jardines de España

*Jabón. - Polvos. - Colonia.
Extracto. - Loción, etc.*

Perfumería Gal.-Madrid.



RIBAS.

Productos **PECA-CURA**



¿No acertáis á comprender, vosotros, viejos varones, por qué hoy día la mujer inspira tantas pasiones? Porque tiene tal belleza desde que usa **PECA-CURA**, que no amarlas es simpleza, y aborrecerlas, locura.

CREMA; JABON; POLVOS en los siguientes colores: Blanco; rosa números 1 y 2; rachel 1, 2 y 3; morunos 1, 2, 3 y 4, y Malva; **AGUA CUTANEA; LOCION** para el cabello; **MASAJE FACIAL; AGUA DE COLONIA**

CORTÉS HERMANOS, Barcelona (España)

HESPERIA Revista teosófica
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y **12** en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de **10 ptas.**
Descuento del 25 por 100 á librerías y corresponsales.



SI VIAJA USTED ESTE VERANO
NO SE OLVIDE DE COMPRAR
TODAS LAS SEMANAS SU
-:- REVISTA PREFERIDA -:-

**LA NOVELA
SEMANAL**

LOS MEJORES AUTORES -:- LAS OBRAS MAS SELECTAS
TREINTA CÉNTIMOS EL NUMERO

Los niños disfrutan cuando sus madres, previsoras, les dan a tomar la **CARNE LIQUIDA**, cuyo poder alimenticio, sin adición de drogas, es superior al de ningún preparado similar.

Tanto los niños como los mayores deben tomarla en las convalecencias, anemia, tuberculosis y como sobrealimentación eficaz y económica



CARNE LIQUIDA
DEL DR. VALDÉS GARCIA
DE MONTEVIDEO



¿Confidencia?

Mi felicidad, simpáticas lectoras, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **Depilatorio** marca **Belleza**. Es inofensivo. De venta en Perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argenté Hermanos. Badalona (España)

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS
CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briaes Ron
San Antonio. — Camino de Churriana. — MÁLAGA

Lea usted todos los viernes la Revista
NUEVO MUNDO
50 céntimos el ejemplar en toda España

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

...Te diré lo que es amor

INTERESANTE NOVELA DE

ENRIQUE GONZÁLEZ FIOLE



EN UN VOLUMEN DE 400 PAGINAS
CON ILUSTRACIONES DE

LUIS DUBÓN

EL LIBRO PREFERIDO
DE LAS MUJERES

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermsilla, número 57.

INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- ~ Ingeniería civil,
- ~ Minas y metalurgia,
- ~ Electricidad y mecánica,
- ~ Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.

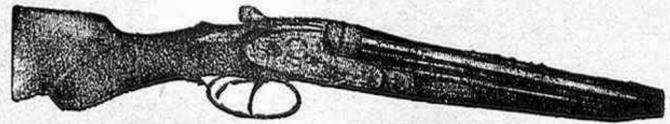


De venta en todas las farmacias y droguerías.

AVISO

A todos los señores abonados á nuestras Revistas que con motivo del veraneo se ausenten de Madrid, les serviremos los ejemplares correspondientes — sin aumento alguno de precio — al punto donde se trasladan, bastando para ello con que nos indiquen la dirección á que hemos de consignar
:: :: :: :: los envíos :: :: :: ::

Escopetas finas de precisión y caza PARA TIRO DE PICHÓN



EIBAR. — Victor Sarasqueta
Proveedor y fabricante de S. M. el Rey D. Alfonso XIII y de S. A. la Infanta D.^a Isabel

DIAZ FOTOGRAFIA

:: DE ARTE ::

FERNANDO VI, 5. — MADRID



¡Una pierna bonita!...

La modelación se consigue de un modo rápido y consecuente. Los gruesos se marcan prudencialmente y van disminuyendo en las curvas hasta terminar finalmente en la canilla para aprisionar suavemente las separaciones pronunciadas del tobillo. Toda mujer amante de su físico debe usar MHARY.

Pida folletos gráficos adjuntando sello correo 0,35 á
INSTITUTO ORTOPÉDICO
SABATÉ y ALEMANY, Canuda, 7, Barcelona.

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO

DISPEPSIA

ACEDIAS Y VÓMITOS

INAPETENCIA

FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS

y Adultos que, a veces, alternan con

ESTREÑIMIENTO

DILATACIÓN Y ÚLCERA

del Estómago

DISENTERIA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

Lea usted la hermosa Revista
de Modas

ELEGANCIAS

TRES pesetas ejemplar en toda España



HELIOS

Artículos
de sport.

Pida esta marca

Anuncios PUBLICITAS